

Año XII Tomo XXXII Núm. 125

Ateneoa

Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



23 MAR 1970



SUMARIO

Arturo Alessandri P.
Alfonso Hernández Catá
Albert Schweitzer
Augusto d'Halmar
Carlos Préndez Saldías
Heráclito Lobato
Tomás Lago
Luis Alberto Acuña

Puntos de vista
Augusto Orrego Luco
Canción del anhelo cobarde
Goethe, pensador
Quito uno y quedan dos
Alberto Guillén
Una generación en demanda de destino
Chillán, ciudad de sueño
Introducción al estudio del arte precolombino

Ramiro Troncoso y Enrique Molina: *Discursos*.—LOS LIBROS.—
Hernán Díaz Arrieta (Alone): *La decadencia de la Historia en Chile*.
Anatomía de Barros Arana.—Fernando Alegría: *Mariano Latorre y «On*
Panta».—Montiel Ballesteros: *«Indecisión y desengaño de la juventud»*
por Domingo Melfi—Luis Durand: *Lejanías en el desierto*, por Estela
Miranda.

SEÑALES — EL MES ARTÍSTICO — NOTAS DEL MES — LIBROS
RECIBIDOS

MCD 2018
Precio: \$ 3.50

Noviembre 1935

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año..... \$ 30.00
Un semestre..... 16.00

Suscripción a los países extranjeros sólo
anual: 4 dólares, o su equivalente se-
gún el país.

Número suelto..... 3.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

SANTIAGO
Ahumada 125
Casilla 2298

CONCEPCION
Barros Arana 800
casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLISHED
BY THE AMERICAN
ASSOCIATION OF TEA-
CHERS OF SPANISH.

DIRECTOR

Alfred Coester

**STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA**

AMERICA

Revista de Cultura
Indoamericana

Publicación Trimestral del
GRUPO AMERICA



Encargados de la Dirección

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo.



Dirección Postal
GRUPO AMERICA

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras,
fundada en 1918

Director Fundador

Víctor Andrés Belaunde

APARTADO NUM. 176

LIMA PERU

LEONARDO

Rassegna Bibliográfica
diretta da

FEDERICO GENTILE

Direzione ed Amministrazione:

Vía Palermo, 10-12

MILANO (111)

REVISTA CUBANA

Publicaciones de la Secretaría
de Educación

DIRECCION DE CULTURA

LA HABANA

CUBA

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

TRAPALANDA

UN COLECTIVO PORTEÑO

CRITICA,
INFORMACION,
BIBLIOGRAFIA

—
Director:

ENRIQUE ESPINOZA

Rivera Indarte 1030

BUENOS AIRES

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre
la aplicación del Cine a la educación en
cada una de sus ramas (universitaria,
primaria, secundaria, agrícola), así a la
científica como a la popular, y a la hi-
giene social. Se publica en cinco edicio-
nes: inglesa, francesa, italiana, española
y alemana.

Director:

Doctor LUCIANO DE FEO

Dirección:

Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española:
dólares 4; pesos chilenos, 32.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XII

Noviembre de 1935

Núm. 125

Puntos de vista

Inquietud en el Brasil

Heráclito Lobato, uno de los escritores del Brasil actual, decía en octubre de este año, refiriéndose a la juventud de su país: «No es posible quedarnos inactivos a la vera de la encrucijada. Estamos a no dudarlo en el pórtico de un mundo nuevo, de una verdad nueva; pero hay tantos caminos que prometen llevarnos a ella que no sabemos por cual decidirnos. Y vagamos errabundos dentro de la angustia de esa duda, como ciegos que han perdido sus lazarillos. Todo lo nuestro es un tanteo, un ensayo todo lo que se hace porque no creemos nosotros mismos que haya en ello alguna cosa de definitivo, de cierto, de seguro. Estamos en un camino lleno de sombras y esas sombras son nuestras inquietudes, nuestras dudas, nuestras incertidumbres».

Según Lobato, había pues en la gran república amazónica un estado agudo de desconcierto espiritual. El proceso que acaba de tener una de sus crisis, en los Estados del Norte del Brasil, es simplemente una parte de esa exaltación social que está invadiendo lentamente a los países de este lado del mundo. El Brasil, no obstante su enorme potencialidad económica, no ha escapado al fermento revolucionario. Si se consultan las revistas de sociología y literatura de aquella república, anteriores a los sucesos, se encontrarán en ellas los signos del descontento, la inminencia casi tangible del estallido que conmovió durante una semana a los países de América. El Brasil mantiene sobre el continente hispanoamericano el eslabón del

equilibrio internacional. Rota por la lucha social su configuración espiritual, política y geográfica, podrían ocurrir en América del Sur desviaciones peligrosas para la paz continental. La zona de influencia moral resbalaría para hacer más aguda la crisis de fronteras que no está resuelta en estos países y veríamos surgir peligrosos imperialismos.

La potencialidad económica del Brasil, como decimos es formidable. El área brasileña ocupada por florestas es en extensión la segunda del globo; aproximadamente un billón de acres o sea, cerca de cuatro mil millones de kilómetros cuadrados. Sólo el área florestal de Rusia excede a la del Brasil. No obstante, gran parte del subsuelo de ese inmenso territorio, el ochenta por ciento, en el que existen riquezas mineras considerables como petróleo, estaño, plata, etc., permanece desconocida o ha sido apenas explorada. El profesor Escudero, declaró hace poco que en el distrito federal, el pueblo vive en estado de subalimentación. La proporción entre las masas trabajadoras que no están convenientemente atendidas en su parte material e intelectual y el estado de holgura de las clases dirigentes, es marcadamente visible. Por ejemplo, Pedro de Martins, ha expresado en un estudio publicado en la La Gazeta de Petrópolis, en julio de este año, su pensamiento frente a estas enconadas diferencias. «El lujo de las clases pudientes—escribía—se exhibe escandalosamente en orgías «nababescas», mientras millones de seres sufren de la mala alimentación que no les permite fortalecer su capacidad de trabajo; el gobierno derrocha en gastos suntuarios. Millones de individuos que crean riqueza, apenas tienen como cubrir sus carnes».

Es la queja universal, por otra parte, que se encuentra a lo largo de todas las publicaciones europeas y americanas. Pero en el Brasil se ha agravado esta tensión por la diferenciación de razas, por la división ostensible entre el hombre de color, condenado por su propia tragedia racial y el hombre blanco que mantiene el señorío indisputable en todas las actividades superiores. Florece además en el Brasil, una literatura rica de contenido social. Los escritores de las nuevas generaciones han buscado entre los elementos del pue-

blo, en las «fazendas» en las usinas, en los enconos del mestizaje, en las grandes explotaciones de la selva los motivos para su esfuerzo dramático. Cada libro, crudo, sin velos, como extraído de intento de las más brutales formas de la realidad brasileña, condiciona la vitalidad de esa literatura que pasa por ser una de las más originales y con más sentido moderno del continente. El observador siente a través de esas narraciones e interpretaciones, la fermentación de un estado social nuevo. Las mismas frases de Lobato citadas de un artículo que se publica en este número, contienen en potencia el germen de una inquietud que es el signo universal de la transformación espiritual de la juventud.

Pero en el Brasil como en los demás países de América, no existe aún claro y concreto el pensamiento de lo que debe hacerse y de lo que se hará en el futuro. Explosiones y estallidos, obedecen más que a motivos de orden general, de orden humano, en el concepto verdadero de la palabra, a diferencias locales, a formas enconadas de la política, suplantación de personas o cambios de hombres. Y en la lucha económica, entre organismos armados con todos los instrumentos que franquea la riqueza, y los organismos nuevos con un confuso sentido social de lucha, el triunfo se decide siempre por aquéllos «Seiva».

El Brasil, con sus climas diversos, con sus costumbres variadas, con sus mentalidades tan diferentes, carece de unidad en su pensamiento. Tiene un cerebro en el Norte, otro en el Sur y otro en el Centro. Así se expresaba un escritor brasileño en la primera página de una revista literaria «Seiva».

Y tal vez esta observación explique en parte la historia de los fermentos revolucionarios de ese país de tan extraordinaria y rica expresión intelectual.

La Semana del Libro

La Sociedad de Escritores organiza actualmente la semana del libro. La primera reunión de esta naturaleza se realizó hace

dos años en uno de los salones de la Biblioteca Nacional y la premura con que fué organizada y el hecho de serlo por la vez primera en nuestro ambiente, hizo que ella se resintiera de algunas deficiencias.

No eran deficiencias de mayor importancia. Faltó la organización de los ciclos literarios para una rápida comprensión de la evolución del libro. Es probable que una semana del libro en el concepto corriente, pueda parecer sólo una acumulación de volúmenes y una presentación de casas editoras. Esta o aquélla, han alcanzado tales o cuales progresos en materia de tipografía, de presentación en el lujo de los libros o de buenas y correctas ediciones. En apariencia, decimos puede así creerse. Pero en países como estos en que el libro no ha logrado convertirse en el elemento de integración de los individuos, que es todavía como un accidente de quita y pon, que acompaña apenas en el ocio fecundo y se le tira cuando ya ha cumplido su misión transitoria, conviene mostrar la evolución, o si se quiere, la carrera seguida a lo largo de un siglo de vida.

En el libro hay que distinguir no sólo su calidad material y su presencia física. Hay la otra, la interna, la del espíritu, la de su evolución paralela a la evolución histórica, política y social de un pueblo. El libro ha venido acompañando las vicisitudes de la formación intelectual y política de la nación. Para llegar a esta especie de crecimiento, de hipertrofia editorial, se han necesitado muchos quebrantos, muchas penurias y desvelos y caídas. Los primeros volúmenes fueron tan tímidos en su salida como los primeros síntomas de la emancipación.

Y para hacer llegar al alma del pueblo—pueblo en el sentido universal, pueblo en todas sus capas, tanto arriba como abajo—es preciso mostrar, por lo menos en algunos de sus aspectos esta evolución de que hablamos. ¿Quiénes fueron aquellos primeros héroes del pensamiento aprisionado en volúmenes? ¿Cómo desde ese día se fué avanzando en perfección y en qué forma los hombres del siglo recibieron estas primeras manifestaciones del intelecto chileno? No sólo en presencia con las ediciones originales, a la vista, a ser posible,

sino con la palabra de algunos de los escritores que quisiera tomar a su cargo esa tarea de ilustración. Podría igualmente mostrarse la evolución del cuento, de la novela, aun de la historia, de la ciencia y de la sociología.

En uno de los kioskos que se destinarían al muestrario de los libros chilenos, podría realizarse esta evocación histórica. No es necesario acumular todo lo escrito. De sobra sabemos que fueron más los libros mediocres que los auténticamente fuertes. Quizás si esta presentación cronológica pudiera servir para desarrollar de una vez la verdadera línea de una crítica histórica, que no tenemos, que nadie ha abordado, con selección y gusto evidentes. En la novela se podrían realizar algunos prodigios, desde Blest Gana a Joaquín Edwards. La novela ha tenido una rara fortuna: la de contar con un novelista cíclico como Blest Gana que tampoco ha sido estudiado en profundidad, con verdadero sentido de la crítica, del ambiente y de la sociedad en que se formó. Habría que exceptuar los estudios que se leyeron en la Biblioteca Nacional en conmemoración del novelista, sobre el pueblo en las obras de Blest Gana y sobre la sociedad en las obras del mismo. Estudios, indudablemente serios.

En fin, las insinuaciones que acabamos de presentar pueden ser materia de más largo estudio. Quisiéramos que ellas sirvieran simplemente como ayuda a las comisiones que se han designado y sólo con el propósito de que puedan ser aprovechadas en lo posible.

Arturo Alessandri Palma

Augusto Orrego Luco

EL POLITICO Y EL PATRIOTA

El Doctor Don Augusto Orrego Luco fué una figura de gran relieve en nuestros círculos científicos, literarios y políticos. Alternó sus estudios médicos con los de la investigación histórica y la política. Fué Ministro de Estado en varios gobiernos. Fué parlamentario, hombre de letras y en la historia de medio siglo de nuestro desenvolvimiento, su nombre ocupó siempre un lugar de viva resonancia. Sus libros merecieron siempre la más fervorosa acogida y los retratos que trazó de grandes figuras históricas americanas y europeas, quedan como expresiones acabadas de su profunda penetración psicológica y de su personal manera de enfocar hombres y sucesos.

El Presidente Alessandri que acaba de ocupar en la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Española, el sillón que a su fallecimiento dejara vacante el Sr. Orrego Luco, ha cumplido en su valioso discurso de incorporación, la revisión de la obra múltiple del eminente servidor público. El Sr. Alessandri, no sólo trazó la silueta de su antecesor con minuciosa documentación, sino que rastreó desde sus comienzos los sucesos más importantes de la vida política chilena, poniendo a la vez de relieve, las figuras más destacadas del parlamento desde la constitución del Senado en 1814 y 1818, hasta el instante mismo en que el parlamentarismo desvirtuado, por la revolución de 1891, hace crisis en 1924. Esta revisión importa un magnífico aporte en el estudio de esa rama de las ciencias políticas en Chile y el análisis de algunas figuras parlamentarias como las de Cruchaga Montt, Lastarria, Manuel Montt, Antonio Varas, Manuel Antonio Matta, Manuel José Irarrázaval, Enrique

Mac-Iver y Eliodoro Yáñez aparecen envueltas en la sugestión de una atmósfera cálida y apasionada.

Reproducimos algunos de los fragmentos del discurso del Sr. Alessandri, en la parte correspondiente a los Sres. Orrego Luco, Enrique Mac-Iver y a la génesis y formación de la República.—(N. de la D.)



DADA la indiosincrasia de nuestro país y la época en que le cupo actuar en la plena posesión de su vigor físico y florecimiento de sus facultades intelectuales, no era dable que se sustrajera a las seducciones de las actividades políticas.

Era uno de los períodos más esplendorosos de nuestro Parlamento. En él se congregaban los ciudadanos de mayor valía. Orrego Luco, digno de ellos, al lado de ellos, ocupó asiento prominente en la Cámara de Diputados y dirigió con segura habilidad sus debates desde el alto sitio de la Presidencia de la Corporación.

Su cultura superior, científica y literaria, sus rebeldías contra la rutina y su afán de progreso, lo inclinaron a las filas de los partidos de avanzada. Miembro destacado del liberalismo, propició y sostuvo las reformas doctrinarias alcanzadas tras agitadas luchas, de las leyes de matrimonio civil y cementerios laicos. Sus discursos, en defensa de estos proyectos, lo señalaron como orador de vastas miras, brillante forma, elevado pensamiento, formidable dialéctica y seductor lenguaje.

Entre aquellos discursos memorables es digno de especial mención el que pronunció el 19 de agosto de 1884, defendiendo el proyecto del Gobierno en que se

suprimía la religión del Estado, se otorgaba la libertad de cultos y se mantenía el patronato nacional.

Ese discurso, impregnado de un espíritu de tolerancia, lleno de elevación, es una lección nutrida de ciencia y de historia.

Las corrientes de opinión se dividieron en tres orientaciones. Quería el Gobierno el Estado sin religión, la libertad de cultos y la conservación del patronato. Querían otros la separación absoluta y la independencia completa de la Iglesia. Otros rechazaban íntegramente la reforma.

La innovación proyectada no se realizó. El régimen de unión entre la Iglesia y el Estado y de preferencia para el culto católico continuó hasta el año 1925, fecha en que los acontecimientos nos permitieron alcanzar la reforma, fracasada en 1884, sobre bases más liberales y de mayor tolerancia.

Fué para mí una gran satisfacción haber podido servir al país mediante la solución tranquila y armónica de uno de aquellos problemas que afectan a la conciencia humana, motivo por el cual exaltan el sentimiento, enardecen los ánimos, perturban la tranquilidad y se traducen muchas veces en estallidos armados y sangrientos. La discreción y la tolerancia, sinceramente practicadas nos marcaron el camino y nos llevaron al fin de la jornada de paz y respeto al santuario de la conciencia humana.

Fué Orrego Luco un apóstol irreductible de la escuela liberal individualista.

Atribuía al Estado, como única función, la de res-

guardar el orden, defender y amparar el libre ejercicio de los derechos ciudadanos y dejar que, a la sombra de esa protección y de ese amparo, se desarrollaran amplia y libremente las facultades humanas. No transigió nunca con la necesidad que tiene el Estado de intervenir en muchos casos dentro de la complejidad de la vida moderna para regular y dirigir las funciones económicas de los países. No quiso, tampoco, aceptar la necesaria limitación de muchos derechos individuales en pro del bien común y en beneficio de la colectividad, compensando así y pagando las ventajas y beneficios que reporta al hombre la vida en sociedad.

Es explicable, dentro de su credo, que apareciera, por última vez, en las columnas de los diarios, protestando contra el control de cambio, que reputaba un atropello a la libertad y a los derechos inalienables, para él, de libre comercio. No encontraba ninguna justificación que hiciera lícita y tolerable aquella incómoda medida defensiva, impuesta transitoria y accidentalmente por la actitud de la moratoria de los países. La libertad en todos los órdenes de la actividad humana le era sagrada, inviolable y absoluta. Toda restricción o limitación de aquella libertad, cualesquiera que fueran las consideraciones de orden social o general, eran inaceptables. No quiso nunca renunciar a la integridad de su doctrina.

Su vida política culminó en el desempeño de las elevadas funciones de Ministro de Estado, desde donde impulsó afanosamente el progreso del país y de la enseñanza pública.

Preñadas de ingratitudes, asechanzas y desengaños, estas actividades le proporcionaban una íntima satisfacción ciudadana, pero no saturaban su mente con el placer supremo de sus éxitos literarios y científicos. Pasó por el campo político como un meteoro luminoso.

Empero, su amor a la Patria no sufrió jamás un leve quebranto. En 1905, alcanzaba los 57 años, edad en que otros buscan el rincón sereno del reposo. El no. Dirigía la Escuela de Medicina. Una horrorosa epidemia de viruela estalló en Valparaíso, su ciudad natal, con caracteres desoladores. Nadie lo vió vacilar siquiera. Con todos los alumnos de la Escuela, se trasladó a aquella ciudad y emprendió la más enérgica, certera y eficaz campaña de profilaxia. La epidemia fué dominada y extinguida.

RETRATO MORAL Y RECUERDOS PERSONALES

Era el doctor Orrego Luco un espíritu de selección. Donde puso su mano y ejercitó su voluntad, dejó huella imperecedera de superioridad intelectual. En él se consuma la afirmación de Aristóteles: «la pluralidad de aptitudes es el sello con que la Naturaleza marca al hombre de genio».

Era, a la par, un gran señor: la finura de su trato, la amplitud de su cultura, la amenidad de su conversación, la agilidad de su vivaz pensamiento, la diversificación de sus ideas, le permitían alternar con brillo con toda clase de interlocutores, a quienes causaba admiración con sus observaciones penetrantes y agudas.

La característica dominante en todas sus producciones, es el sentimiento de arte que en ellas domina.

Ante todo y por sobre todo fué artista como hombre de ciencia, artista como pensador, artista fino y deleitoso como escritor, artista como orador y hasta en las rudas y descarnadas tareas del hombre de Estado, en los actos más frívolos había siempre un rayo de luz, una nota fina de arte; en medio de la mayor aridez donde actuaba Orrego Luco, aparecía el perfume de una flor y el colorido risueño de una mañana de primavera.

Los años inclementes y destructores, se llevan a jirones lo que ellos pudieran destruir. Pero el espíritu de Orrego Luco, su sensibilidad exquisita, su emotividad, conservaron hasta sus últimos años toda la bizarría de la juventud. Sus ideas crepitaban nítidas, frescas, vigorosas en su mente; la nobleza de sus sentimientos, la intensidad de sus afectos se conservaron inalterablemente con toda la agilidad de la juventud. La vejez encontró allí en esa alma de selección, una barrera insalvable. Se llevó la materia; el espíritu quedó iluminando el camino, marcando el sendero. Rara fortuna de cerebros privilegiados, de naturalezas superiores, que cruzan el sendero de la vida como ejemplos y para la admiración de sus contemporáneos.

En las horas eternas de un destierro inmerecido e injusto, tuve la oportunidad de ver y frecuentar al doctor Orrego Luco. Una puerta pequeña, perdida entre muchas en la rue Latour, del barrio de Passy, daba acceso a un largo y angosto pasadizo que conducía a un

jardín, el cual se ensanchaba y crecía por el fondo de los edificios colindantes. Se subía por una escalera corta, desmantelada y sencilla, hacia uno de los costados del jardín, que conducía a una pieza baja, modestamente amoblada. Y frente a una mesa de trabajo, llena de libros, papeles sueltos y manuscritos con letra pequeñísima y casi indescifrables, se ocupaba el doctor Orrego Luco en dar la última revisión a su obra póstuma «La Patria Vieja», manuscrito que entregaba a quien pudiera entenderlos para que los copiara a máquina y facilitara así la impresión. El doctor Orrego Luco era el mismo, absolutamente el mismo que yo conocí y cuya amistad frecuentaba por los ya lejanos años de 1897 a 1899, durante la administración del Presidente Errázuriz Echaurren, quien distinguía al doctor Orrego Luco con afecto, y cuyo consejo solicitaba y seguía con frecuencia.

Pertenecía yo, entonces, al grupo de los diputados más jóvenes de la Cámara y para contener y orientar nuestras naturales inquietudes, propias de los años, como apoyo y cooperación al Presidente Errázuriz, semanalmente el doctor Orrego Luco nos invitaba a comer en su casa solariega de la calle Catedral. No olvidaré nunca aquellas reuniones. La charla liviana, alegre, nutrida de ingenio, de erudición y de recuerdos del doctor Orrego Luco, sumada a la cultura y distinción de su compañera de hogar, la señora Martina Barros de Orrego, hacían las delicias de los asistentes. Muchas leyes, muchas medidas necesarias para el gobierno fueron acordadas en aquellas veladas inolvida-

bles, y me expliqué entonces por qué la casa solariega de la calle de Catedral, fué durante más de medio siglo, centro de reunión y de alta cultura. Casi no ha llegado a Chile, en los últimos sesenta años, un visitante ilustre que no haya frecuentado aquel hogar donde muy pronto se advertía el influjo de la distinción y la cultura, que constituía el señorío que caracterizaba a don Augusto Orrero Luco y a doña Martina Barros de Orrego.

El doctor de la rue Latour, el que también se sentaba frecuentemente a mi mesa de desterrado en rue Boissiere, era el mismo de las tertulias a que me he referido, cuando aquel se hallaba con todo el vigor y la lozanía de su juventud.

Su suave e incisiva ironía no había cambiado, su voz débil y acogedora era la misma, se mantenía inalterable, su sensibilidad exquisita de hombre de sentimientos delicados, de aquéllos que saben saborear y transmitir el encanto mágico del arte y de la belleza infinita de la naturaleza en sus creaciones de perfección imponderable.

Juzgaba los hechos pasados y presentes con una claridad maravillosa de vidente. Mitigaba las inquietudes de mi desconsuelo, clavando en mí con fuerza su mirada tranquila, penetrante, escrutadora, como la de un mago; sus ojos conservaban todavía el fulgor de otros años; en ellos ardía la fuerza de su convicción y me repetía: «no se preocupe, mi amigo, tenga fe. La libertad nunca muere, no puede morir. Los días de la dictadura están contados. Ya se ve en el horizonte la leyenda fatídica del banquete de Baltasar».

Con una mirada de visionario desarrollaba, en seguida, una argumentación poderosa, para demostrar que el fin de la dictadura se aproximaba: fué profeta. El optimismo y la esperanza, fuerzas creadoras que alumbran el camino e iluminan el horizonte de todas las posibilidades, prenden sólo en las almas jóvenes. El optimismo y la esperanza de mejores días para su patria, que Orrego Luco preconizaba con fe de apóstol, comprobaban una vez más que los años habían tropezado con una roca indestructible. Su espíritu era siempre joven: continuaba produciendo, creando y esperando.

.....

GENESIS Y FORMACION DE LA REPUBLICA

La primera Junta de Gobierno, organizada el 18 de septiembre de 1810, convocó al país a elecciones generales, para que eligiera un Congreso Constituyente, en cuyos representantes el pueblo debía delegar sus facultades para organizar el país sobre la base de una Constitución Política.

Don José Miguel Infante y un grupo de chilenos de ideas avanzadas pedían que las elecciones se efectuaran sobre la base del sufragio universal; otros, cuya opinión prevaleció, lo querían limitado. Triunfó esta tendencia y se dió el voto, simplemente, a los jefes de las administraciones, a los prelados de las comunidades y a los vecinos notables de la capital. Después de muchas dificultades y postergaciones se eligieron los representantes de Santiago, para sumarse a los ya designados por las provincias.

La apertura del primer Congreso se fijó para el 4 de julio de 1811 y la ceremonia se efectuó en aquel día. A las 9½ de la mañana llegaban a la plaza los miembros de la Junta de Gobierno, los diputados, los miembros del Tribunal de Apelaciones, que la Junta de Gobierno había creado pocos días antes para substituir a la Real Audiencia, el Cabildo, los jefes militares y los vecinos notables. Esta brillante comitiva, en medio de salvas de artillería y por entre una columna de tropa que presentaba armas, entró a la Iglesia Catedral para oír una misa solemne y un sermón elocuente del célebre fraile de la Buena Muerte, Camilo Henríquez, que desde el púlpito predicó las doctrinas encaminadas a establecer la independencia de Chile, esforzándose con palabra ardorosa y llena de fuego y brillo para probar que la independencia y la libertad no estaban reñidas con la Iglesia ni tampoco con su dogma y doctrina.

En seguida de haber prestado juramento de fidelidad a Fernando VII, la comitiva fué abandonando la Iglesia Catedral para reunirse en la sala en que durante tres siglos la Real Audiencia había celebrado sus sesiones.

Don Juan Martínez de Rozas pronunció el discurso de apertura, exhortando a los diputados al cumplimiento de sus deberes. El orador, con elevada y sólida elocuencia, en este primer discurso parlamentario que aparece en los anales de nuestra historia política, hizo un cuadro desolador de la situación de España bajo la espada conquistadora de Napoleón I. Entre los párrafos salientes se encuentra uno que dice:

«Aquí los vivientes protestan que no obedecerán sino a Fernando; que están resueltos a substraerse, a toda costa, a la posibilidad de ser dominados por cualquier otro y a reservarle estos dominios, aun cuando los pierda todos».

Y más adelante agregaba:

«¿Qué cosa más natural ni más lógica que un pueblo tan lejano de la madre patria y tan aislado, se encargue de su propia defensa? Además, ¿no es éste un ejemplo que nos da la misma España? ¿Formándonos en Junta y dándonos una Constitución, no obramos nosotros según estas mismas inspiraciones?».

La historia reconoce que Martínez de Rozas fué uno de los pocos patriotas que desde los primeros momentos comulgaron con la Independencia de la Patria. Ello, no obstante, su inmenso talento lo hacía encubrir su propósito hasta donde le era posible para no provocar reacciones violentas, para no herir el sentimiento dominante. Cuidadosamente filtraba en los oyentes el sentimiento de libertad e independencia. Este mendocino, aventajado discípulo de las Universidades de Córdoba y San Felipe, catedrático y abogado, tenía en su talento y en su oratoria correcta y fecunda, los elementos necesarios para llegar hasta donde deseaba.

El discurso a que no hemos referido es una página severa de elocuencia doctrinaria, que constituye la más nutritiva pieza de enseñanza pública. Hay en su fondo, rasgos que consagran al maestro de la palabra y de la ciencia política, y en cuanto a la forma, su estilo es correcto y majestuoso.

Una vez terminada la ceremonia; se procedió a elegir Presidente y Vicepresidente. Este Congreso Constituyente de 1811 duró en funciones sólo cuatro meses. No hay constancia de sus debates y, fuera de los discursos ya mencionados de Henríquez y Juan Martínez de Rozas, se sabe que habló don Juan Antonio Ovalle. Le cabe a esta Corporación la gloria de haber aprobado la ley sobre libertad de esclavos; y en seguida, a iniciativa de don Manuel de Salas, la de ordenar el primer censo general de la República. Rastreando las actas aparece también que el 26 de septiembre de 1811, el Diputado doctor don Antonio Alvarez de Jonte, representante de la Junta de Buenos Aires, se despide en un elegante discurso exponiendo las ventajas de la amistad y unión de Chile con el Río de la Plata.

Las actas dejan también testimonio de que, el 3 de octubre de 1811, el Diputado por Concepción, Padre Fray Antonio Orihuela, denuncia que, «amenaza su provincia una contrarrevolución o el ataque de enemigos exteriores atraídos por inteligencia con los mal contentos». No hay versión literal del discurso, sino sólo una relación de los conceptos que emitió. El 7 de octubre de 1811 habló el Diputado por Huasco, don Ignacio José Aránguiz, pidiendo que se le nombrara un substituto como Regidor por Santiago. Más importantes que estas intervenciones oratorias, aparece la de don Juan Egaña en la sesión de 24 de octubre de 1811.

El acta a este respecto dice:

«El doctor don Juan Egaña, Catedrático de Retórica y Secretario del Tribunal de Minería, leyó una disertación sobre la educación que convenía establecer para hacer comunes las virtudes útiles a los letrados; y, después de recibir la aprobación de todos los concurrentes, se acordó que se reservase y se buscase los medios de darla al público».

Ha ílegado también hasta nosotros la versión de un discurso pronunciado por don Bernardo Vera y Pintado, en la sesión en que se recibió como Diputado de las provincias del Río de la Plata.

Entre otras cosas dijo:

«Soy chileno por elección, patriota por justicia y por principios y apoderado de Buenos Aires en Chile, con el solo objeto de consolidar entre ambos una federación capaz de hacer incontrastable el sistema que hemos adoptado y que pondrá en confusión a nuestros enemigos cuando nos vean auxiliándonos recíprocamente y afianzándonos sobre aquellas máximas de verdadera unidad que forman la barrera invencible de los pueblos libres y generosos».

Terminó formulando votos de adhesión a favor de Fernando VII.

.....

ENRIQUE MAC-IVER (1876-1922)

Durante cuarenta y seis años ilustró el Parlamento de Chile con el brillo incomparable de su elocuencia y con la energía de su cerebro privilegiado y poderoso.

En 1868 era un joven estudiante y fué entonces cuando apareció por primera vez Mac-Iver con un discurso pronunciado en el Club de la Reforma y se reveló, desde luego, como un gran orador. La opinión pública se sentía conmovida y se apasionaba con el debate histórico memorable, desarrollado en la Cámara de Diputados con motivo de la acusación presentada contra la Excma. Corte Suprema de Justicia, acusación que fué aceptada por aquel organismo. La opinión pública se sacudió; la juventud, generosa y justiciera, se congregó en grandes manifestaciones de protesta contra aquel acto que era considerado como fruto, no de la justicia, sino de la pasión política. Un comité de la juventud universitaria procuraba encender en los espíritus la llama fecunda y creadora de una fuerza espiritual colectiva en apoyo de lo que para ellos era la justicia y la verdad. Presidía aquel comité don Abraham Köning, el amigo leal e inseparable de toda la vida de don Enrique Mac-Iver, quien comisionó a su compañero y amigo para que interpretara en un discurso las aspiraciones de los universitarios y para que llevara sus anhelos al Club de la Reforma. El estudiante Mac-Iver habló y lo hizo con tal elocuencia, que desde aquel instante quedó consagrado como un gran orador, reputación que se acentuó en el curso de su vida con nuevos y brillantes triunfos, tal como crecen los caudales de los ríos, engrosados con las corrientes que recogen en sus dilatados trayectos, desde la elevada cumbre de la montaña hasta que se pierden en la extensión infinita y profunda del mar.

El estadista y gran orador de más tarde dijo en aquella ocasión:

«A esta numerosa asamblea la reúne aquí un sentimiento de justicia. Ese mismo sentimiento reunió a la juventud universitaria, que cree que para amar a la Patria y para condenar lo malo y aplaudir lo bueno, no se necesita peinar canas. El patriotismo no reconoce edades: se alberga en todos los corazones nobles.

«Ella, la juventud, no hace el negocio de ningún bando político, ni hace tampoco la apología de partido alguno. Débil su voz por los pocos años y la inexperiencia, vale tal vez mucho, por ser la expresión de almas a las cuales no guía el odio que ciega ni la ambición que precipita.

«La enseñanza que la une no es la de éste o aquél partido, no; es ese simpático tricolor chileno a cuya sombra peleará mañana los combates de la idea. Su aspiración es el bien de la Patria; los medios que empleará para conseguirlo, la verdad y la justicia. Sostendrá con ánimo entero y voluntad firme la bandera de la República: a ella hará el sacrificio de su inteligencia y de su corazón y, fija la vista en su refulgente estrella, marchará siempre por el camino de la libertad y del derecho».

Tal era el evangelio de patriotismo que inspiraba a la juventud de aquellos años: el amor a la Patria y el respeto a la bandera que la simboliza.

¡Noble ejemplo que debiera iluminar siempre el espíritu generoso de quienes empiezan las jornadas de la vida!

Apenas cumplidos los treinta y un años de edad, en 1876, don Enrique Mac-Iver fué llevado al Congreso Nacional en representación de su pueblo natal, el departamento de Constitución.

Desde el primer momento se destacó como un gran orador parlamentario. Llamó la atención el método vigoroso de su exposición, la claridad inimitable del lenguaje, su sobriedad serena y reflexiva, el colorido en los conceptos y el brillo elegante y sencillo de las imágenes.

Como lo dejó dicho, ilustró al Parlamento desde el día de su llegada hasta el año 1922, en que lo abandonó para no volver más. Quedó vacío su sillón por primera vez, sin haber faltado a él desde su primera elección, sino durante el Congreso elegido en la revolución de 1891. Intervino en los más importantes y trascendentales debates durante los cuarenta y seis años de su vida parlamentaria. Inolvidables son y serán sus notables discursos pronunciados con motivo de la Guerra del Pacífico en el año 1880. Imprimió rumbos y señaló el camino que debía seguirse ante los graves problemas que aquel doloroso acontecimiento reclamaba al patriotismo y al sacrificio nacional.

El laicismo de las instituciones, cementerios laicos, matrimonio y Registro Civil, separación de la Iglesia del Estado, fueron los temas debatidos en las horas en que su oratoria alcanzó el mayor brillo y elevación.

La libertad de conciencia era defendida con inmensa altura, desprovista de todo sectarismo e inspirada siempre en nobles, generosos y sinceros sentimientos de tolerancia. No aparece nunca el propósito de perseguir y hostilizar ningún sentimiento religioso; por el contrario, emerge siempre la convicción doctrinaria y profunda y el deseo de respetar el santuario sagrado de la conciencia humana.

En 1886, cuando se debatía la acusación contra el Intendente de Valparaíso, surgió la cuestión relativa a las atribuciones de cada Cámara y separación de los Poderes Públicos. Don Enrique Mac-Iver caracterizó con maestría las funciones del Estado y de cada uno de los Poderes Públicos. Abordó siempre, con sabiduría y doctrina, lo relativo a la formación y a la discusión de la ley de presupuestos, ley de herencias, impuesto al salitre, subsidios para la guerra, anexión de Tarapacá, ascensos militares, empréstitos interiores, papel moneda y conversión. Atacó con rudeza los Gabinetes en 1890, cuando se preparaba la guerra civil del año siguiente y fué su más constante preocupación, en especial durante el período propiamente parlamentario, es decir, después de la gran revolución de 1891, todo lo que se relacionaba con las leyes monetarias de este país. Intervino en todos los debates relativos a la conversión metálica intentada en 1892 y establecida en 1895. Defendió el valor de la moneda, hasta donde era posible, en las leyes sucesivas sobre papel moneda de 1898, 1901, 1904, 1906, 1907, 1909 y 1912. Siempre terció en estos debates con doctrina uniforme y con gran elevación de espíritu. Ya en 1880 sostenía que debía darse subsidios para el sostenimiento de la guerra con un empréstito y no con papel moneda. Manifestaba su repulsión sobre esto último y ya en aquellos años decía:

«No son los capitalistas, los poderosos, quienes más sufren con el papel; ellos se defienden porque tienen habilidad y recursos para defenderse. Son los pobres, los débiles,

son las mujeres y los huérfanos, los pequeños industriales y los pequeños rentistas, los hombres de profesión y los obreros, los que experimentan lo más duro de la carga que esa fraudulenta moneda arroja sobre una sociedad».

Estos mismos conceptos, que eran para él una doctrina económica y un precepto de honestidad ciudadana, los mantuvo y defendió durante todo el curso de su vida y los reiteró en las numerosas oportunidades en que terció en las discusiones sobre política monetaria a través de su larga actuación parlamentaria. Cuando se discutía la primera ley de conversión metálica en 1892, propuso para realizarla y restablecer el circulante monetario de oro una Caja de Conversión que acumulara lenta y naturalmente los recursos para hacer posible aquella delicada operación, sin trastornos. Era la solución científica del problema. No fué oído. La conversión se hizo sin ir graduando paulatinamente las exigencias y las necesidades del mercado, y ocurrió lo que debía suceder; el oro se fué, se escurrió y la conversión metálica importó un sacrificio estéril y perjudicial para el país. Todo aquello se habría evitado si Mac-Iver hubiese sido atendido, y si él hubiera tenido tenacidad para imponer su solución y no abandonarla.

Poco antes de su muerte se buscaba afanosamente la creación de un organismo central que estabilizara la moneda y que diera elasticidad al circulante automáticamente y con relación a las exigencias del mercado. Mac-Iver hizo revivir su doctrina de 1892 y, en esta

ocasión como antes, tenía razón y los hechos se la dieron. El Banco Central, establecido en 1925, creado por un decreto-ley que lleva mi firma, responde al organismo imaginado por Mac-Iver tantos años antes.

Era discípulo y devoto convencido de la escuela liberal inglesa. Sus doctrinas eran para él un dogma en política y en economía; pero su inmenso talento, su cerebro privilegiado y superior, le hacían comprender que la rigidez de los principios impedía su aplicación integral en todos los casos y en todos los momentos de la vida de los pueblos. Comprendía la necesidad de subordinar las teorías, los principios abstractos, a la realidad positiva del tiempo y de las circunstancias.

En 1877, discutiendo la conveniencia de reservar para la marina mercante nacional el cabotaje de nuestras costas, definió su doctrina política y económica en los siguientes términos:

«Yo no soy proteccionista, señor Presidente; soy libre cambista. La escuela que tiene por base del arreglo social la libertad y cuyos principios sirven de programa al partido político en que milito, es lógicamente mi escuela económica. No concibo que se pueda ser, al mismo tiempo, liberal en el orden político y autoritario en el orden económico; que se restrinja la función del Estado tratándose de aquél, y que se la amplíe y extienda tratándose de éste.

«Pero los principios políticos y económicos, absolutos como son en sí mismos y como ideal, no lo son en su aplicación a un país dado y en cierto momento de la vida de un pueblo. Sobre todo en sociedades tradicionalistas, de civilización incipiente y en países nuevos, sin riqueza acumulada,

sin hábitos de trabajo y sin espíritu industrial, no cabe la rigidez de los principios, sin menoscabo o retardo a veces del mismo perfeccionamiento o progreso a que se aspira.

Precisamente, el arte del buen gobierno consiste, me parece, en armonizar el principio con el medio a que se aplica, en ceder de aquél en cuanto éste lo requiera y en exigir de éste cuanto pueda acercarlo a aquél.

«Por eso no falta a sus principios, ni se contradice a sí mismo, quien en casos especiales y para fines especiales también prácticamente recurre a medios, que no se conforman con el doctrinarismo político o económico, pero que son los únicos de resultados eficaces en la situación en que se emplean.

«Tal acontece en este asunto de la marina mercante nacional. Quiero que se la proteja, deseo que haya leyes de favor para ella, pretendo que aun con recursos artificiales se la ponga en camino de formarse y acrecentarse sólida y extensamente».

Estas mismas doctrinas fueron reiteradas por él en el Senado de la República en 1916 y poco antes de morir, cuando se discutía la ley relativa a la marina mercante nacional. Discrepaba de los que sostenían la amplia protección y reserva para el cabotaje nacional; pero de acuerdo con la doctrina que acabo de explayar, quería una protección razonable y que resguardara los intereses y la libertad de todos, impidiendo el perjuicio que pudiera ocasionar a la comunidad social, como resultante del abuso posible de los beneficiados con la protección, en lo cual no le faltaba razón.

Mac-Iver no era un hombre de iniciativas. No aparecen en su vida parlamentaria proyectos que, sugestio-

nados por él, se convirtieran en leyes; pero, en cambio, era un gran pensador, un maestro que inflamaba el alma de todos con el fuego arrebatador de su palabra. Fijaba siempre con nitidez y vigor la doctrina, daba rumbos, iluminaba el camino, hacía desaparecer la obscuridad, y las mentes dirigidas así por el vigor de su inmenso talento, alcanzaban la solución.

Se le escuchaba, constantemente, con verdadero respeto y agrado. Se podía discrepar de su opinión, ser diversa nuestra tesis a la que él sustentaba; pero era tanta la claridad de su exposición, tan vigoroso su razonamiento, tan suave y penetrante el metal de su voz, tanta la insinuación de su manera de decir, que siempre producía su discurso un intenso placer mezclado de un noble sentimiento de arte y belleza.

Lo oí con admiración, a poca distancia de su banco, en el año 1898, en la Cámara de Diputados, cuando el derrumbe de la ley de conversión metálica en 1895, obligó, para salvar a los bancos nacionales, a dictar primero una moratoria de treinta días y en seguida una emisión de papel moneda ascendente a cincuenta millones de pesos. La oratoria de Mac-Iver en aquellos momentos tuvo arranques de inmensa elevación. Lo oí igualmente, muchas veces, en el Senado de la República discutiendo sobre la ley de cabotaje, sobre problemas económicos y políticos, y cada momento crecía y se agigantaba su personalidad. El lenguaje y el raciocinio se vigorizaban a medida que avanzaba el discurso.

Tenía gran firmeza de carácter. No le preocupaba ni consideraba la opinión de los demás. Agradar o desagradar no le importaba ni lo tomaba en cuenta: daba siempre su opinión con entera independencia. No le interesaba y miraba con desdén el resultado de su esfuerzo; le bastaba hacerlo y dejar la semilla tirada en el surco. Su alma aparecía desprovista de ambiciones y se contentaba con enseñar y exponer sus doctrinas con sinceridad y valor sobre los problemas de más alto interés público.

No olvidaré nunca un rasgo saliente de su carácter. Durante la Convención que los partidos de avanzada celebraron en 1915, para elegir la persona que debía suceder en la Presidencia de la República a don Ramón Barros Luco, hubo un momento en que se produjo en la asamblea un verdadero vértigo de entusiasmo y se acumularon los sufragios, en número bastante para ser proclamado como candidato don Enrique Mac-Iver, que presidía la convención. Cuando éste se dió cuenta del resultado que arrojaría el escrutinio y que su nombre sería favorecido, no quiso proclamarlo, se opuso terminantemente y levantó la sesión. Lo rodeamos para exigirle que cumpliera el veredicto de la asamblea. El eminente tribuno sostuvo enérgicamente que no podía dar curso a un acuerdo que elegiría un candidato pero que no daría un Presidente al país y a los partidos allí congregados. Mac Iver creía, leal y honradamente, que en aquellos años el medio general del país tenía que resistirlo, porque consideraría excesivamente avan-

zado a un radical y estimó que se perdería la elección por tal causa. No permitió sacrificar el éxito a lo que para él era una satisfacción personal y un gran honor.

Creí entonces y sigue creyendo que Mac-Iver fué víctima de un profundo error y que seguramente habría triunfado. La moderación de sus doctrinas y la tolerancia de su espíritu no lo hacían temible para nadie. La noche permitió llevar a todos los ánimos el convencimiento, o mejor dicho, sirvió para dejar sin efecto la elección, respetando así los deseos del favorecido.

La cualidad descollante del señor Mac-Iver era su grande e inmensa personalidad, su valor para defender sus doctrinas y la fuerza vigorosa de su palabra para convencer e imponer sus opiniones. Quiero referir una anécdota que me ha relatado un testigo presencial, que comprueba mi aserto.

La Convención radical de 1906, se verificaba en el Club del partido, dice mi informante, en el ala de un edificio viejo de la calle de Huérfanos, reemplazado hoy por la Casa Gath y Chaves. Presidía la asamblea Muñoz Rodríguez. Hablaba resuelto y valientemente Valentín Letelier y atacaba reciamente a Mac-Iver por su doctrina individualista en política y en materias económicas. La juventud radical aplaudía frenéticamente. Mac-Iver no llegaba y ¡ay de él; lo que le esperaba! a juicios de los muchachos perturbados y exaltados por el discurso vibrante y nervioso de don Valentín Letelier, que era un gran maestro y también un vigoroso cerebro. Un movimiento inusitado en la

entrada de la sala indica que Mac-Iver llega. La concurrencia se estrecha en la puerta y los jóvenes abren paso al recién llegado. Avanza don Enrique, humilde y sencillo, por entre la concurrencia. Se le ofrece un asiento de honor al aproximarse a la mesa directiva; Mac-Iver lo rehusa y se sienta al pie de la tarima que ocupa la presidencia.

«Puede continuar el señor Letelier, expresa el presidente de la asamblea».

Don Valentín Letelier repite la primera parte de su discurso, robusteciendo los conceptos.

El señor Letelier se congestiona, se agita, habla con violencia y conmueve, subyuga, toma a la asamblea. La juventud sigue el discurso de Letelier e inquiere ansiosa, en el rostro de Mac-Iver, el efecto que le está produciendo. El permanece impasible y casi ausente, hay un gesto despectivo que marca una línea en su semblante imperturbable. Termina don Valentín, una estruendosa ovación cierra su discurso. La juventud parece haber dictado el fallo: es innecesario que hable Mac-Iver, Muñoz Rodríguez de pie ofrece la palabra al señor Mac-Iver, haciendo la siguiente previa advertencia:

«Señores, dice, no nos dejemos enredar en la malla de oro de la elocuencia maravillosa del señor Mac-Iver».

Don Enrique empieza débilmente, con voz apagada, humildísima. Su apariencia, dice el testigo presencial,

era la de un viejo notario de provincia, un viejo profesor pobre y anónimo. Y agrega:

» Yo me pregunto: ¿pero éste es Mac-Iver?, ¿éste el orador que yo soñaba encontrar cuando me hacía la ilusión de oírlo un día, allá en mi lejano terruño?».

De pronto su voz se eleva y registra un metal plateado y una entonación imprevista. Su mímica se hace expresiva, plástica y su argumentación coge y levanta a la multitud. La concurrencia está vencida y tomada por el orador. Destruye la argumentación de Letelier, lanza sátiras terribles y desliza la sensación de crítica como una serpiente que se arrastra por la sala.

— ¡Qué imbéciles somos— dice la gente— no haber visto una cosa tan clara! ¡Pero si es natural! ¡A quién se le ocurre pensar lo contrario!

La palabra del orador proyecta un rayo de luz sobre los hombres y las cosas. Al terminar Mac-Iver, la sala se pone de pie y le hace una manifestación delirante. La juventud ríe, llora, se aprieta y se confunde en una emoción incontenible. Hecho el silencio en la sala, se pone de pie un médico de Quirihue, un hombre de aspecto distinguido, pero fuerte como un gigante.

— Pido la palabra, señor presidente, dice.

— La tiene el señor delegado por Quirihue, contesta el presidente.

— Voy a decir breves palabras. Antes de esta asamblea hemos estado reunidos en comité con varios ami-

gos y hemos cambiado ideas para atacar al señor Mac-Iver. Armados de argumentos terribles, hemos llegado a esta sala seguros de pulverizar, de aventar al señor Mac-Iver con nuestra argumentación. Pero, ¿qué es lo que pasa, señor presidente? Que habla el señor Mac-Iver y apenas ha empezado su discurso vemos como negro lo que estimábamos blanco, y viceversa. ¿Es que estamos locos o somos unos grandísimos ignorantes? Al final terminamos por aplaudir locamente al orador, no obstante que nuestra conciencia nos dice que tenemos la razón. Me voy a permitir dirigirme al señor Mac-Iver para pedirle que se sirva hablar mal para poder discutir con él.

En esta anécdota está hecho el retrato fiel y exacto de lo que era la personalidad del señor Mac-Iver y la fuerza incontenible de su elocuencia. Triunfó en aquella asamblea contra la doctrina del señor Letelier que quería incorporar al programa del partido las doctrinas sociales que aparecían en el horizonte como una esperanza, por aquellos años, de reivindicaciones de justicia social y de solidaridad humana. Triunfó el señor Mac-Iver y no obstante tenía razón el señor Letelier; pero, la fuerza de su oratoria, que obraba sobre el corazón y los sentimientos de la multitud que lo escuchaba, fué más fuerte que la argumentación sólida y granítica del sabio escritor y profesor don Valentín Letelier. El señor Mac-Iver tenía siempre razón ante una multitud.

En otra oportunidad, se le obligó a hablar en un gran *meeting*, que se celebraba en la Alameda. Alguien,

con una voz estertórea, destemplada, bronca, como la de una campana rota, le lanzó una injuria. El señor Mac-Iver, como picado por una víbora, se volvió hacia atrás y exclamó:

«¿Quién es el cobarde que me ha herido por la espalda?»

La voz se apagó, no perturbó más aquel *meeting*, y el cobarde desapareció de entre la multitud, esforzándose por no ser visto.

En una de las tantas manifestaciones de homenaje a que dió lugar su sentido fallecimiento, se dejó constancia de que la prensa de Buenos Aires, cuando los vaivenes de la revolución lo llevaron allá en 1891, lo proclamó el primer orador americano. Igualmente en una ancianidad más gloriosa tal vez que la espléndida madurez que alcanzaba en la época revolucionaria, tuvo en 1918 que saludar al Embajador británico, Mr. Bunsen, en un discurso pronunciado en el Club de la Unión. Este Embajador, al dar cuenta en su patria del resultado de su misión, repetía que había oído en Chile a uno de los más maravillosos oradores del mundo y tal como era difícil que pudiera haberlos en Europa. Yo estimo, por mi parte, que este juicio imparcial y desinteresado corresponde a la verdad por lo que respecta a la oratoria del señor Mac-Iver.

Tuve siempre por él gran admiración; no obstante que no era retribuída, lo cual no me excusa para tributarle toda la justicia a que es acreedor. Sé, tam-

bién, que no fué partidario de mi candidatura a la Presidencia. Nunca tuve resentimiento por ello.

Ante su dilatada vida pública, sus grandes e inmensos servicios prestados al país, el brillo de los triunfos esplendorosos que había conquistado en el camino de su vida con su oratoria inimitable, era natural y explicable que no comprendiera cómo podía sobrepasarle otro hombre que no contaba con el cúmulo de sus merecimientos.

Por otra parte, la suerte, veleidosa como es, en reiteradas ocasiones, me dió éxitos profesionales, a pesar de tener como adversario a tan formidable contendor. Y era natural, todo aquello, a su edad, ante el prestigio merecido, debió distanciarlo.

La muerte de Mac-Iver fué un duelo nacional y se le tributó el día de su sepultación una verdadera apotheosis, que bien se la había ganado. Los ecos de esta manifestación resonaron de un extremo a otro del país. En todas partes hubo un discurso de recuerdo, una lágrima de afecto y dolor, un suspiro de admiración y respeto, consagrados a su memoria.

Canción del anhelo cobarde

Oí cantarme la sirena
orilla, orilla del mar.
Le pudo el miedo al deseo:
Di un paso atrás.

Vi llamarme el torbellino
orilla, orilla del viento,
Le pudo el freno al impulso:
Me quedé quieto.

Sentí hablarme la virtud
orilla, orilla de Dios.
Le pudo la arcilla al alma:
Desoí la voz.

Viví un sueño de soberbia
orilla, orilla del mal.
El terror pudo al orgullo:
Logré despertar.

Oh, sirena, torbellino,
voz celeste, voz de infierno,
¿por qué me buscáis a mí,
que orilla, orilla me quedo?

Funerales

Por los trozos de carne dolorida
que con violencia o ciencia nos arranca
La Fiera-Muerte cuando muere y huye
ante el golpe pujante de la Vida,
un doble de campanas y un suspiro:
(¡Que esperen bajo tierra a la otra carne
hasta que llame la trompeta a juicio!)

Por esas almas tenues, impacientes,
y torturadas,
que rompen la razón, se van, y dejan
casi un cadáver que aun exige y anda,
medio responso:
(Que no están muertos sin estar ya vivos,
los pobres locos).

Por aquel niño de candor y sueños
que había escapado de la Vida-Herodes,

y que hoy, a golpes de maldad, sacaron
de mi cuerpo de hombre,
un sollozo muy leve:
(A ver si ha sido malherido sólo...
¡A ver si vuelve!)

Albert Schweitzer

Goethe, pensador⁽¹⁾

I.—GOETHE Y LA FILOSOFIA DE SU TIEMPO



GOETHE fué un pensador que durante toda su vida se opuso a que lo consideraran como filósofo de sistema. En cierto verso se jacta de haber llegado a los magníficos resultados que ha obtenido, por no haberse perdido «en pensar sobre el pensamiento».

Su aversión por la filosofía se remonta, como dice en *Poesía y Verdad*, a la época de sus estudios universitarios. La filosofía racionalista del siglo XVIII que conoció en Leipzig (1765-1768) y en Estrasburgo (1770-1772), no le ofrece nada que ya no sepa por sí mismo, y le choca por su doctrinarismo. Le reprocha el haber permanecido contaminada de escolástica, sobre todo en su lógica y metafísica. En el «Fausto» da libre curso al resentimiento que le guarda.

Le es antipática también por su pretensión de expli-

(1) Artículo publicado en la revista *Europa*, 28, p. 681, 1932: «Número spéciale consacré à Goethe à l'occasion du centenaire de sa mort.

carlo todo. En su opinión, la filosofía racionalista muestra de esta manera, que no se da verdaderamente cuenta de la enormidad de los misterios de la naturaleza. Por ejemplo, el materialismo profesado por el Barón d'Holbach en su «Sistema de la Naturaleza» que apareció en 1770, durante la estada de Goethe en Estrasburgo y que se vanagloria de ser el cumplimiento de la filosofía racionalista, le parece, en su afán de dar al mundo físico y espiritual, las explicaciones más simples, una filosofía tierna y rancia.

Voltaire, a quien profesa, generalmente, un gran respeto, le disgusta porque para luchar contra la estrechez de la religión dominante ridiculiza a la Iglesia, guardiana de la tradición religiosa, queriendo al mismo tiempo conservar ciertas verdades religiosas fundamentales. Para Goethe, la tradición religiosa y moral consignada en la Biblia, es algo sagrado. Aunque sabe que allí no todo tiene el mismo valor, sea religioso o ético, no le gusta que se la toque con mano profana. Reclama que se reconozca la existencia de misterios en la religión como en la naturaleza y se les trate con respeto.

La posición tomada por Goethe en Estrasburgo, según lo afirma en *Poesía y Verdad*, frente a la filosofía francesa y alemana de su tiempo, será determinante para toda su vida. Cada vez que una nueva filosofía se le presenta, la examina desde tres puntos de vista: 1) ¿Aborda ésta la realidad de la naturaleza sin teorías preconcebidas y pone al hombre en relación directa con la naturaleza? 2) ¿Tiene en el dominio ético

una concepción profunda e ilustrada? 3) ¿Tiene el valor, al llegar a las cuestiones últimas planteadas por la investigación y el pensamiento, de reconocer que hay misterios insondables, o bien pretende ofrecer un sistema que explique todo? Toda filosofía que le dé una respuesta satisfactoria a estas tres exigencias fundamentales, es reconocida por él como plausible.

Cuando tiene el sentimiento de enfrentarse con pensadores eminentes, trata de penetrar en cuanto lo sea posible su idea y más bien sobreestimar el impulso que de ellos recibe.

Se esfuerza también por no dejarse dominar por la desconfianza que alienta instintivamente contra los filósofos. En una carta a Jacobi, del 23 de noviembre de 1801, formula su posición en estos términos felices: «A todo hombre que se apoya en la experiencia y que, si alcanza resultados notables es y permanece siempre siendo un filósofo sin saberlo, le concedo el tener una especie de aprehensión respecto a la filosofía y especialmente a la de nuestro tiempo; pero que esta aprehensión no degenera en aversión; que ella se resuelva más bien en una inclinación prudente y tranquila».

Examinemos ahora, uno tras otro, los sistemas filosóficos con los cuales Goethe se puso en contacto y la manera cómo reaccionó frente a cada uno.

No hay que imaginarse que haya roto completamente con la filosofía del racionalismo del siglo XVIII. Ve claramente que los progresos sociales, económicos e intelectuales realizados a su vista se deben al ideal éti-

co racional proclamado por esta filosofía. Sólo la concepción del mundo sobre la cual ella pretende fundar su ideal le parece inadecuada.

En el fondo, Goethe se propone el mismo fin que Kant: dar un fundamento más profundo y más seguro a los valores éticos y espirituales contenidos en la filosofía racionalista contemporánea. Kant intenta hacerlo elaborando una nueva teoría del conocimiento; Goethe, escrutando más a fondo la naturaleza misma y las relaciones que el hombre mantiene con ella. Kant da un rodeo; Goethe va recto al fin.

De Herder, a quien Goethe conoció en 1770, en Estrasburgo, él, entonces joven, recibió mucho. Encontró en Herder algo que todavía nunca había visto: a un filósofo desembarazado de todo doctrinarismo y que trataba de penetrar la realidad por la intensidad del sentimiento. Herder le permitió también las primeras ojeadas en los problemas del desarrollo espiritual de la humanidad, de los cuales Goethe no tenía aún noción alguna. Más tarde ambos tomaron caminos divergentes, porque eran hombres demasiado diferentes y porque Herder no podía comprender que Goethe quisiera acercarse a la naturaleza por trabajos de orden puramente científico.

Rousseau encanta a Goethe y a sus amigos de Estrasburgo, porque predica el retorno a la naturaleza, lo que concuerda con las ideas personales de aquéllos. Todavía en 1791, en la *Metamorfosis de las Plantas*, Goethe evoca al «paseante solitario aficio-

nado a las plantas», cuyas huellas ha seguido cuando se ocupaba de la Botánica.

En cambio los enciclopedistas, lejos de darle un impulso saludable, lo arrojan más bien a la confusión por la acumulación de materiales que han reunido.

Respecto de Diderot expresa un juicio muy curioso en *Poesía y Verdad*: «En todo lo que los franceses le reprochan, es un alemán verdadero».

Vuelto de Estrasburgo a Francfort, se dedica por primera vez (estamos en 1774), al estudio de Spinoza y encuentra en él al maestro que se impone y que satisface sus aspiraciones íntimas. En la *Metamorfosis de las Plantas*, declara que con Shakespeare y Linneo, Spinoza es uno de los tres hombres que han ejercido sobre él la más fuerte influencia.

Spinoza lo atrae con tan gran fuerza, porque encuentra en él, por primera vez, formuladas claramente ciertas ideas sobre las cuales tenía desde mucho tiempo atrás una convicción confusa y caótica: que Dios no esté fuera de la naturaleza sino en ella, y es idéntico a ella; que la moral tiene por fin dirigir al ser hacia la perfección, respetando al mismo tiempo su naturaleza propia; que la felicidad consiste en alcanzar la calma interior. Gracias al contacto con Spinoza, sus propias concepciones se aclaran, su alma se purifica. Puede uno preguntarse lo que hubiera sido del joven Goethe si en la hora decisiva la «*Ética*» de Spinoza no lo hubiera conquistado a su severa disciplina.

Sin embargo, en el recuerdo deferente y agradecido

que le dedica en *Poesía y Verdad* se demuestra plenamente consciente de haber conservado, con respecto a él también su independencia. He aquí como se expresa: «No podría distinguir claramente entre los pensamientos que he sacado de mi lectura de la *Ética*, y los que he puesto yo en mi lectura». Y más adelante: «Por lo demás, no hay que desconocer que las relaciones más estrechas no se establecen realmente sino entre contrarios».

En efecto, actúan sobre Goethe las ideas estoicas que encuentra en Spinoza; tan fuerte es la atracción que esas ideas ejercen sobre él que lo hace pasar por encima de la rígida lógica geométrica que les sirve de expresión.

En realidad Goethe es spinocista sólo en cuanto es estoico.

Su admiración por Spinoza lo pone en relación con Federico Enrique Jacobi, que fué uno de los primeros en atraer de nuevo la atención sobre este pensador entonces casi olvidado. Goethe va a visitarle a Düsseldorf en 1774 y siente hacia él, inmediatamente y por primera vez, lo que llama una «amistad espiritual». Pero más tarde, cuando Jacobi se alejó de Spinoza y publicó su obra «*Cosas divinas*» (1811), en que reclamaba una distinción neta entre panteísmo y teísmo y postulaba la existencia de un Dios trascendental y personal, la amistad de los dos hombres se enfrió.

En 1784, en Weimar, Goethe relee la *Ética* de Spinoza con Madame von Stein. Su spinocismo le man-

tiene algo apartado del movimiento filosófico de esa época.

Es interesante conocer el juicio que Schiller, en una corta estada en Weimar, expresó sobre Goethe, entonces en Italia, y sobre su círculo de fieles. «Un orgulloso desdén de toda especulación, una afición llevada hasta la afectación por la naturaleza y una resignación por no poder contar sino con sus cinco sentidos, en pocas palabras, es cierta simplicidad infantil en el razonamiento la que lo caracteriza, a él y a toda la secta que aquí tiene. Prefieren herborizar y practicar mineralogía, antes que extraviarse en vanas demostraciones especulativas». (Cartas de Schiller a Koerner, del 12 de agosto de 1787). ¡Qué magnífica mezcla de admiración y de burla!

A su vuelta de Italia, en 1788, Goethe debe definir su posición frente a Kant. Reinhold, uno de los admiradores entusiastas del filósofo de Königsberg, ha conquistado a Jena entera para la *Crítica de la Razón pura*, aparecida en 1781. «Desde hace algún tiempo, escribe Wieland en una carta del 18 de febrero de 1789, Goethe estudia la obra de Kant, la *Crítica de la Razón pura* con gran aplicación». Sin embargo, su conversión a Kant no es todavía muy avanzada en el momento en que, en 1794, conoce a Schiller y se liga a él con una gran amistad después de haberlo evitado mucho tiempo por encontrarlo demasiado revolucionario. Schiller, embebido en Kant, hace todos los esfuerzos para ganarse a Goethe al evangelio

de Koenigsberg. Por complacerlo, Goethe trata con toda buena fe de deshacerse de lo que llama en cierto lugar su «realismo impenitente». Es en vano; pues siempre vuelve a caer de nuevo en él. No puede consentir en no mantener con la realidad relaciones inmediatas e ingenuas. «El enorme edificio doctrinario» de la *Crítica de la Razón pura* le parece, como lo dice en 1813, en un discurso a la memoria de Wieland, «un dique que refrena nuestras libres y alegres incursiones en el campo de la experiencia».

Muy reservado hacia los descubrimientos de Kant en el dominio de la teoría del conocimiento, Goethe le reconoce, en cambio, «el inmortal mérito» de haber rechazado en ética, todas las concepciones que fundan la moral sobre la utilidad y de haber demostrado la independencia y la soberanía de la ética.

Alaba también a Kant por haber sostenido en la *Crítica del Juicio*, aparecida en 1790, esta verdad: que la naturaleza, igual que el arte, no está determinada por causas finales y que ella produce las cosas para sí misma. Así Kant trabaja lo mismo que él, en derribar las estrechas murallas que encierran la concepción del mundo elaboradas por el racionalismo del siglo XVIII, y en instaurar de nuevo a la naturaleza en todos sus derechos.

Pero no puede perdonar al pensador de Koenigsberg, haber sostenido en *La Religión en los límites de la Razón*, la idea de que hay en la naturaleza humana algo de «esencialmente malo». Ve en esa idea

una concesión indigna de un gran pensador, al dogma del pecado original, que le es tan antipático.

Esto no le impide, cuando recibe, el 20 de octubre de 1817 la visita de Víctor Cousin de cantarle alabanzas a Kant, y de declarar a Eckermann, el 11 de abril de 1827, que tiene a Kant por el más eminente de los filósofos modernos.

Llega hasta decir, en 1830, al ginebrino Soret: «Pues, a pesar de todo, yo también soy kantiano». Pero se apresura a agregar con circunspección que no adhiere sino a ciertas afirmaciones de la filosofía kantiana y que, sobre otros puntos, tiene una opinión completamente diferente.

Con los representantes de la filosofía postkantiana entró en relación, en su calidad de curador de la Universidad de Jena, donde enseñaron los tres más importantes de entre ellos: Fichte, de 1794 a 1799, Schelling, de 1798 a 1803, y Hegel, de 1801 a 1806.

Fichte, con su carácter apasionado, no le es nada simpático y no lo estima en su justo valor: siente aún que lo hayan llamado a Jena como sucesor de Reinhold. Cuando Fichte le envía su gran obra *Principios fundamentales de la teoría del conocimiento*, le contesta en forma muy diplomática: «En cuanto a mí, le estaré muy reconocido si me reconciliara con los filósofos de los cuales no puedo prescindir, pero con los cuales no podré jamás ligarme», (14 de diciembre de 1794).

Muy diferentes fueron sus relaciones con Schelling

y Hegel. En ambos encuentra su concepción mística fundamental, que el mundo es una manifestación del espíritu infinito y que el alma del mundo quiere tomar conciencia de sí misma en el espíritu humano. Pero esta concepción fundamental reposa en ellos sobre una base completamente diversa a la de él. Para ellos esa concepción resulta de una especulación lógica sobre las relaciones entre la naturaleza y el infinito; para él, de una contemplación que se hunde en los misterios de la naturaleza. Ellos constriñen tiránicamente a la naturaleza a plegarse a su sistema; es esto lo que cava entre ellos y Goethe, un foso que no atravesará ningún puente. Pero en la medida de lo posible; trata de penetrar en el modo de pensar de ellos.

Se separa de Schelling cuando éste, como otrora Jacobi, abandona la absoluta identidad de Dios y de la naturaleza y coloca la revelación de Dios dada por la religión revelada en más alto rango que la que da la naturaleza.

Hegel le es personalmente muy simpático; aprecia sus conocimientos científicos e históricos. Por su parte, Hegel defiende las teorías de Goethe sobre la luz y manifiesta una gran comprensión por las investigaciones de éste, en las ciencias naturales.

El 11 de febrero de 1829, Goethe declara a Eckermann: «Hegel es seguramente un hombre eminente y dice cosas excelentes siempre que uno las traduzca a su propia lengua».

En un té ofrecido por Goethe, el 18 de octubre de

1827, en honor de Hegel, entonces de paso en Weimar, el invitado celebra la dialéctica como el método infalible en el descubrimiento de la verdad; a lo cual el dueño de casa contesta haciendo notar que ella sirve también para hacer aparecer como verdadero lo falso, y como falso lo verdadero. Luego continúa ensalzando el estudio de la naturaleza, en donde uno se encuentra con la verdad infinita y eterna, que ninguna sutileza lógica podría alterar, (anotación de Eckermann del 18 de octubre de 1827).

Goethe siempre vió claramente que la filosofía especulativa, por más importante e interesante que sean sus concepciones, es insostenible; y que ella debe algún día abrir paso a una filosofía de la naturaleza que escrute objetivamente la realidad. En esta actitud de expectación, que él es el único entre sus contemporáneos en adoptar, es él quien tiene razón.

En suma, Goethe no pide nada prestado a ninguna de las filosofías con las cuales entra en contacto. Solamente, gracias al estudio concienzudo que hace del pensamiento ajeno, llega a un concepto cada vez más claro en sus ideas propias.

II. LA FILOSOFIA DE GOETHE

En ninguna parte ha hecho Goethe una exposición de conjunto de su concepción del mundo, pero las ideas contenidas en sus obras o dispersadas en sus cartas y

conversaciones, toman como por sí mismas su colocación en una filosofía simple y cabal.

La filosofía de Goethe es una filosofía de la naturaleza fundada en un concepto elemental de la realidad. Su idea dominante es que el conocimiento verdadero es sólo aquél que nada agrega a la naturaleza, ni por el pensamiento ni por la imaginación; aquél que no reconoce como válidos sino los resultados de una investigación, sin ideas tendenciosas o preconcebidas, que tiene de una voluntad pura y firme de encontrar la verdad, una meditación que penetra hasta el fondo de la naturaleza.

El conocimiento que tal investigación nos dará de Dios, del mundo y del hombre, que sea el conocimiento pequeño o grande, será suficiente—Goethe está persuadido de eso—para dar una razón de ser a nuestra vida.

Si el pensamiento se aplica en toda su simplicidad y verdad a la naturaleza, no podrá él admitir que haya una existencia fuera de la naturaleza. Debe entonces dejar de representarse a Dios como un ser que esté por encima de ella y que la dirige. Tal pensamiento no podrá concebir a Dios sino como existente en la naturaleza y actuando en ella. Reconocer la identidad de Dios y de la naturaleza, es pues, según Goethe, el punto de partida de todo pensamiento consecuente.

Así todas las cosas están en Dios, y Dios está en todas las cosas.

Esta mística panteísta la profesa Goethe a través

de diversas y siempre renovadas formas, en sus obras poéticas. En el fondo no es otra cosa que la convicción fundamental y siempre idéntica de la mística europea de la antigüedad, de la Edad Media y de la época moderna, la que al traspasar el obscuro estado del sentimiento, trata de elevarse al pensamiento. Eso hay de común entre la mística de Goethe y la de Giordano Bruno—y eso mismo la distingue de la de los estoicos, de los místicos de la Edad Media y de Spinoza—el estar ligada a una veneración y a una contemplación viva de la naturaleza. El carácter especial de la mística de Goethe reside en que lejos de desconocer las ciencias naturales o de escapar a ellas por un esfuerzo especulativo, quiere ser la resultante de ellas. De ahí su sabor serio y áspero.

El espíritu que anima a la filosofía de Goethe se revela de una manera sorprendente en una frase que dijo en su vejez, a Soret: «La naturaleza es siempre verdadera, siempre grave y siempre severa; tiene siempre razón, las faltas y los errores son siempre debidos al hombre. Ella desdena al incapaz, no se entrega ni revela sus secretos, sino al ser verdadero, puro y capaz» (13 de febrero de 1829).

Goethe profesa esa mística «de ser uno con el Dios-Naturaleza» en una época desprovista de todo sentido místico. A los ojos del racionalista del siglo XVIII, las relaciones de Dios, del hombre y del mundo son en efecto las siguientes: Dios dirige en la mejor forma posible un mundo que ha creado en la mejor forma po-

sible, el hombre practica en la escena del mundo, la obediencia frente a Dios. Esta concepción esencialmente isotérica tiene su origen en el cristianismo. La idea que el cristianismo se forma de Dios, es el resultado de un proceso histórico que ha elevado al Dios ético del pueblo de Israel—el Dios que se mantiene fuera del mundo—al rango de Dios, amo del mundo. Y el gran problema religioso que se plantea al cristianismo, es saber como aliar la concepción esotérica de Dios, que resulta de la contemplación de la naturaleza, a la concepción esotérica nacida de la historia, sin arruinarla por esto.

El cristianismo, sintiéndose amenazado por toda concepción de Dios surgida de la contemplación de la naturaleza, ha tomado instintivamente una actitud defensiva frente a toda mística y a todo panteísmo. Es por esto que mira al estoicismo, cuya moral está, sin embargo, tan próxima a la suya, como su enemigo mortal. Es así como Goethe profesando la identidad de Dios y de la naturaleza, ha de resignarse a aparecer ante los ojos de su tiempo, como un pagano.

Evidentemente puede invocar el discurso del apóstol Pablo a los atenienses. San Pablo, según refiere el libro de los Hechos de los Apóstoles, cita en ese discurso versos de Aratus, un poeta griego que estaba bajo la influencia del estoicismo: «Es en él donde tenemos la vida, el movimiento y el ser; de su raza somos», y parece con esto conceder a la mística del «ser uno con el Dios-Naturaleza», su derecho de ciu-

dadanía en el cristianismo. Y, en efecto, los admirables poemas de Goethe sobre Dios, el mundo y el hombre, hacen constantes alusiones a estas palabras de mística estoica citadas en los Hechos de los Apóstoles. Sin embargo, estas palabras no son, en el pensamiento del Nuevo Testamento y del cristianismo, sino como un bloque errante. Más aún, es muy problemático que Pablo las haya pronunciado en Atenas. En sus epístolas no encontramos ninguna huella de mística panteísta.

El pensamiento de Goethe, inicia pues una nueva fase en la interminable lucha que pone en parangón la concepción natural y la concepción cristiana de Dios.

¿Y de qué manera introduce Goethe el elemento ético en la filosofía natural? En efecto, el gran problema de toda filosofía de la naturaleza es pasar de la naturaleza a la moral. Goethe procede mucho más sencillamente que todos los otros panteístas. Estos, como por ejemplo el estoicismo clásico y Lao-Tse, afirman, sin poder probarlo, que la vida en armonía con la naturaleza, tiene por sí misma un carácter moral: o bien, como el estoicismo de Epicteto y de Confucio, atribuyen a la naturaleza un carácter moral, que ella no tiene. O, más aún, como Spinoza, instauran la ética por consideraciones que son extrañas en el fondo a su filosofía de la naturaleza y que ellos le vuelven a atar ulteriormente. Goethe admite como de un golpe y simplemente, que el elemento ético es dado por la naturaleza. La divinidad se revela en la naturaleza por

«fenómenos primordiales» (Urphänomene) no solamente físicos, sino también éticos (Goethe a Soret, 13 de febrero de 1829). La ética del amor, tal como se presenta en el pensamiento de los profetas israelitas y de Jesús, y en general en el de la humanidad, es uno de esos fenómenos primordiales de orden moral. Por experiencia, en el sentido más profundo y más amplio de este término, sabemos pues, así lo estima Goethe, que Dios, que es idéntico a la naturaleza, es por un misterio insondable para nosotros, no solamente fuerza creadora sino también voluntad moral. Si no fuera así, el elemento ético no sabría manifestarse en el pensamiento de la humanidad.

Así Goethe puede conceder que nosotros no encontramos ningún elemento ético en la naturaleza fuera de nosotros, y admitir, sin embargo, que el elemento ético es un fenómeno natural. La posibilidad de ser noble, bueno y caritativo, distingue al hombre de todos los otros seres. «Pues insensible es la naturaleza», dice él en el poema intitulado «Lo Divino»⁽¹⁾. Y siendo

(1) Das Göttliche:

Edel sei der Mensch,
Hülfreich und gut!
Denn das allein
Unterscheidet ihn
Von allen Wesen.
Die wir kennen.
.....
Denn unführend
Ist die Natur.

moral, el hombre se conforma a su naturaleza. Estar en el Dios-Naturaleza, significa, para Goethe, estar en el amor.

Tal es la manera como Goethe resuelve el problema de los problemas filosóficos, de llegar a una filosofía que, basada en la naturaleza, comparta naturalmente el elemento ético; es así como un panteísmo y cristianismo.

La concepción del mundo a la cual Goethe llega de este modo, encierra a su juicio todo lo que es indispensable para vivir. En todas las demás cuestiones a las cuales su sed de saber quisiera obtener una respuesta, puede él contentarse con un presentimiento, o resignarse a que ellos le oculten su secreto.

Desde entonces su voz de orden será: «En el dominio de lo finito llevar las investigaciones en todas las direcciones y captar lo accesible, hasta los fenómenos primordiales; en cuanto a lo inaccesible, venerarlo con modestia». Esto es lo que quería hacer comprender a Eckermann, cuando le decía: «El hombre no ha venido al mundo para resolver el problema del universo, sino para buscar donde comienza el problema y, en consecuencia, para mantenerse en los límites de lo accesible» (15 de octubre de 1825).

Habiendo descubierto por la sola contemplación directa de la naturaleza lo esencial e indispensable de su concepción del mundo, Goethe puede renunciar a lo que se entiende generalmente por metafísica. Lo que se enseña corrientemente del mundo suprasensible, lo caracteriza él como palabrería sin fundamento ni significado. «Dios te ha castigado dándote la metafísica, es-

cribe a Jacobi el 5 de mayo de 1876, y a mí me ha bendecido regalándome la física».

«Si quieres marchar hacia el infinito, dice en una bella máxima, conténtate con recorrer en todas direcciones lo finito». Y más:

¿Qué es lo infinito?

¿Por qué atormentarte tanto?

Adéntrate en ti mismo:

Y si no encuentras el infinito en tu ser y tu pensamiento,
no habría entonces forma de ayudarte ⁽¹⁾.

Todo lo que debemos y podemos saber de lo sobrenatural, es que todo lo que es natural tiene un fondo espiritual, que nada es únicamente espiritual, ni únicamente material, y que no hay espíritu sin materia, ni materia sin espíritu. «La verdadera metafísica es lo que era, es y será—antes, con y después de la física». (De las ciencias en general).

En cuanto a saber como el Dios, voluntad moral, es uno con el Dios, fuerza creadora, es también uno de esos problemas de los cuales Goethe no exige solución. Le basta saber que de una manera misteriosa y escapando siempre a toda investigación, son Uno. El terremoto de Lisboa (1.º de noviembre de 1755) cuenta él

(1) Was ist Unendlichkeit?

—Wie kannst du dich so quælen?

Geh' in dich selbst.

Entbehrst du drin Unendlichkeit in Sein und Sinn

So ist dir nicht zu helfen.

en *Poesía y Verdad*, ha derribado en él, entonces un niño de seis años, la idea que tenía de un Dios sabio y benevolente, gobernador del mundo. Mientras más agudiza su mirada sobre la marcha del mundo, más convencido está de que Dios está lleno de enigmas. Pero esto no le hace vacilar en su convencimiento de que en el Dios-Naturaleza hay amor. En «Fausto» proclama que el amor que viene del infinito participa en el destino humano.

Pero Goethe no quiere que subordinemos en Dios el elemento natural al elemento ético, ni que de manera alguna, bajo pretexto de explicarlo todo, reintroduzcamos el dualismo en la concepción de Dios.

La piedad no necesita, en el fondo, saber de Dios otra cosa que esto: debemos darnos a él. En versos conmovedores Goethe ha dicho lo que entendía por piedad:

«En el fondo de nuestro corazón, en lo que es de lo
[más puro,
Palpita una aspiración
Hacia algo grande, puro y desconocido,
Para entregarle, por gratitud y voluntariamente,
Todo nuestro ser, cuyo enigma está en este Ser para
[siempre desconocido.
Y eso es lo que llamamos: ser piadoso⁽¹⁾».

(1) In unseres Busens Reine wogt ein Streben
Sich einem Hohen, Reinen, Unbekannten
Aus Dankbarkeit freiwillig hinzugeben
Enträtselnd sich dem ewig Ungenannten.
Wir heissen's: Fromm sein.

¡Qué conmovedora también su confesión a Boisserée (1815!): «Hay cosas de las cuales no puedo hablar a nadie sino es a Dios».

En cuanto a la vida eterna, estima Goethe, el hombre no tiene necesidad de saber más de lo que resulte de la identidad de Dios y de la naturaleza, a saber que todo ser efímero no es sino una manifestación de un ser eterno. Si busca en su sentimiento una más completa representación de lo que será su vida eterna, le gusta figurarse que él continuará, de una manera u otra, siendo activo. En este sentido dice a Eckermann: «El pensamiento de la muerte me deja perfectamente tranquilo, pues tengo la firme persuasión que nuestro espíritu es un ser de naturaleza absolutamente indestructible y que permanece activo de eternidad en eternidad».

La forma en que trata de figurarse la existencia después de esta vida, la conocemos a través de una conversación que tuvo el día de los funerales de Wieland, con Falk, por quien tenía una gran estimación, porque había fundado un asilo para niños abandonados. Todavía bajo la emoción de la pérdida de su amigo venerado, se expande más que de costumbre. Para representarse la existencia eterna recurre en esta conversación a la monadología de Leibnitz, mientras que, lo que extraña, nunca se refiere a la doctrina de Leibnitz, a pesar de que está más cerca de éste que de Spinoza. Las mónadas, explica Goethe a Falk, son indestructibles, cualquiera que sea el elemento y la parte del Universo a que ellas pertenezcan. Cuando un hombre muere, se

produce una disgregación, en el sentido de que la mónada principal releva, en cierto modo, de su servicio a las otras mónadas unidas a ella durante la existencia terrestre y que constituyen el ser corporal. Estas mónadas entonces vuelven a los elementos a los cuales pertenecen. En seguida, la mónada principal vuelve a ser centro de un nuevo complejo de mónadas y fuerza creadora bajo una nueva forma. En este sentido, Goethe está persuadido de haber ya existido miles de veces y de que volverá al mundo aun otros miles de veces más. Pero piensa que el hombre no revivirá, necesariamente, bajo forma humana «¿Por qué, se pregunta él en esta conversación, no admitiría yo que el elemento indestructible de Wieland desplegará una nueva actividad bajo la forma de una brillante estrella?»

¿Qué habría dicho Leibnitz de esta manera de hacer uso de su monadología?

Goethe supone, pues, que «nosotros no somos todos inmortales de la misma manera» (a Eckermann el 1.º de septiembre de 1829).

Se notará que la idea que Goethe se forma de la persistencia de la personalidad, es bien distinta de la doctrina hindú de la reencarnación. En cambio, volvemos a encontrarla en forma semejante en ciertos pensadores chinos. Sin embargo, Goethe siempre tiene conciencia clara de que toda manera de representarse la vida eterna está llena de contradicciones. Goethe es también de opinión de no plantear la cuestión del «cómo». Va una vez hasta declarar a Eckermann: «Me-

ditar sobre nuestra existencia eterna es una ocupación buena para la gente del gran mundo y para las mujeres ociosas. Pero el hombre sensato deja en paz el mundo futuro y se muestra activo y útil en el mundo actual», (25 de febrero de 1824).

Lo que piensa verdaderamente sobre esto, lo ha dicho al canciller von Müller, el 29 de abril de 1818: «Por fuerte que esté atraído el hombre por la tierra y sus mil fenómenos diversos, eleva sin embargo una mirada escrutadora y llena de nostalgia al cielo que se despliega encima de su cabeza en los espacios infinitos, porque siente clara y profundamente en su corazón que es ciudadano de este reino espiritual en el cual creemos, sin poder impedirlo, ni dejar de creer en él».

Por su filosofía de la naturaleza, Goethe se encuentra igualmente dispensado de toda búsqueda que tenga por fin explicar que el mundo tiene un sentido en relación al hombre, y la actividad moral del hombre en relación al mundo. Aquí es donde reside la diferencia fundamental entre él y toda la filosofía de su tiempo. En el fondo, tanto la filosofía racionalista de Kant y la filosofía especulativa no se proponen otro fin que dar al mundo un sentido tal que pueda el hombre encontrar en esto la razón para su propia existencia. Este propósito los obliga a erigir sistemas filosóficos completos que sobrepasan por mucho el contenido de nuestras experiencias. Goethe por el contrario puede contentarse constatando que «la naturaleza no tiene sistema; tiene vida, es vida que, desde un centro desconocido, tiende

en un esfuerzo seguido y continuo hacia un límite indeterminable». No cesa de afirmar que en la naturaleza, nada es un fin en relación a otro fin, sino que «toda criatura es en sí misma su propio fin». Según él, el fin de la naturaleza, en tanto que se pueda hablar de fin, es alcanzado en la medida en que cada ser llega a realizar plenamente su existencia propia. «En la Naturaleza no se produce nada que no esté en estrecha relación con el todo». (La experiencia como intermedio entre el objeto y el sujeto. 1792).

De esta manera, para dar un sentido a su vida y a su actividad ética, el hombre no tiene necesidad de comprender el sentido del Universo. Es por necesidad interior, porque ello forma parte de su ser, por lo que el hombre debe ser moral.

Es entonces también sobre un imperativo categórico sobre el cual descansa la ética de Goethe igual que la de Kant. Pero la actividad moral, por necesidad interior, se funda para él de manera mucho más sencilla que para Kant.

Según Goethe, llegar a ser moral no consiste, para el hombre, en introducir en su ser pensamientos morales, sino en producir un esfuerzo continuado de «ennoblecimiento» con el cual tiende a liberarse de los elementos no-morales de su naturaleza y a dejar llegar, a su pleno desarrollo, todo lo que tiene de bueno en sí.

Esta idea del «ennoblecimiento» domina en toda la ética de Goethe. Es él, y no Nietzsche, el primero en reconocer, que el gran problema de la ética consiste en

conciliar el ennoblecimiento del hombre, es decir, la realización de su propio ser, con su deber de llegar a ser bueno. Goethe resuelve la cuestión afirmando que una persona no realiza verdaderamente su propio ser, sino llegando a ser realmente buena. Esta concepción de Goethe, que lo «noble» y lo bueno, en el sentido tradicional de la palabra, se confunden, conservará todavía toda su fuerza vivificante en el pensamiento de la Humanidad, en un momento en que la revuelta de Nietzsche contra la concepción tradicional del bien y su superhombre, alrededor del cual se ha hecho tanto ruido, no se considerarán más que como un episodio de la historia de la filosofía del siglo XIX.

En su propia persona trata de realizar Goethe este ennoblecimiento. Su mejor deseo en la vida, confiesa, es llegar a un ideal cada vez más claro de la pureza. Trata con grande y serio ahinco que la franqueza y la nobleza que la naturaleza le ha dado, lleguen a ser en él las cualidades dominantes. Sin tregua se esfuerza en realizar su divisa: «Vive en paz con el mundo». Este amor a la verdad, a la pureza y a la paz confiere a su carácter su grandeza y su serenidad.

En una carta a Schelling, se siente con derecho a afirmar que nunca ha dejado oír la menor queja por toda la hostilidad, abierta o secreta, que se le demuestra.

Un reproche que se hace a menudo a la moral de Goethe, es su falta de entusiasmo. Es cierto: el fuego del amor parece singularmente atenuado en su moral; y sin embargo emana de ella una claridad maravi-

llosa. Lo que le falta en vivacidad a la ética del amor en Goethe, está compensado por la profundidad.

Goethe es un adversario apasionado de su contemporáneo, el moralista inglés Bentham. Este en su fanático utilitarismo exige de cada individuo que piense, en todo y por todo, en procurar por su actividad el mayor bien posible al más gran número de individuos. Con este postulado, según Goethe, que en su mal humor lo llama «viejo loco», Bentham amenaza a la existencia individual del ser humano y siembra el desorden en la existencia de la sociedad: «No me obliguen, declara Goethe a Soret, en 1830, a tomar el mayor bien de la comunidad como medida determinante para mi existencia profundamente personal». El mayor bien del mayor número de individuos, no puede, según Goethe, ser realizado, por la abolición de las relaciones naturales entre el individuo y la sociedad. El máximo de amor, y por tanto de bienestar, no se alcanzará sin que cada individuo desarrolle en sí mismo, de la manera más perfecta y más personal, el amor que la naturaleza ha puesto en su corazón. Al oponerse así al utilitarismo, del cual Bentham es uno de sus representantes más simpático; Goethe recuerda a Lao-Tse rechazando la moral utilitarista de Confucio.

Toda la moral de Goethe está contenida en estas palabras: «Sé fiel a ti mismo y a tu prójimo».

Esta moral no excluye el amor activo, sino que lo implica. «Que tu aspiración sea animada por el amor,

y que tu vida sea acción», dice en los *Viajes de Wilhelm Meister* ⁽¹⁾.

Toda la vida de Goethe da pruebas del amor activo que llevaba en su corazón. Consideraba que su misión especial era compartir y ayudar en toda desgracia moral o espiritual que encontrara. Estoy constreñido a ello, dice una vez, por un «hábito tiránico». No niega su ayuda a nadie que tenga verdaderamente necesidad de ella. ¡Qué hermosa es esa frase que dijo a Jacobi en 1781!: «Deberíamos tener todos piedad, los unos de los otros».

El 10 de diciembre de 1781 escribe a Mme. von Stein: «Ruego a Dios de hacerme cada día más económico a fin de poder ser generoso con todo, dinero o bienes, vida o muerte». Y ya el 12 de marzo del mismo año le había escrito: «Ruego a las Gracias, dar y conservar a mi pasión la bondad interior».

Vogel, el médico que cuidó a Goethe en su ancianidad, nos cuenta que pudo socorrer a numerosos enfermos con el dinero que Goethe ponía a su disposición, «para las personas que tuvieran necesidad de algo más que una limosna ordinaria». Pero el benefactor le prohibía dar a conocer su nombre.

El pensamiento ético de Goethe está enteramente contenido en el hecho que *Wilhelm Meister*, el personaje en el cual Goethe ha puesto más de su propia

(1) Und dein Streben, sei's in Liebe,
Und dein Leben sei die Tat.

personalidad que en cualquier otro, se encuentra llevado, por sus experiencias interiores y por las circunstancias de su vida, a consagrarse al prójimo y a acompañar a los emigrantes como cirujano.

Lo que Goethe presenta como ideal moral, es entonces, la profundización de la vida interior y su desenvolvimiento en acción moral.

Una ética verdadera entraña, según Goethe, además y de modo muy natural, la resignación. El goce y el valor de ser activo debe encontrar el hombre en el pensamiento que trabaja para la realización del bien por necesidad interior. No debe esperar de la vida la felicidad, ni pretender ver el resultado de su actividad. No debe considerarse desamparado cuando lo desrazonable triunfa sobre la razonable. «Quien quiera actuar, debe asemejarse a ese sembrador desrazonable de la parábola evangélica, que arroja la semilla sin preocuparse cuánta crecerá, ni dónde crecerá» (en una carta de Goethe a Schiller).

En cuanto a sí mismo, he aquí lo que escribe a Plessig en 1782: «Todo lo que puedo asegurarle es que en medio de la felicidad vivo en un renunciamiento continuo, y que cada día, con todo mi esfuerzo y mi trabajo, veo que no es mi voluntad la que se hace, sino la voluntad de un Poder más alto, cuyos pensamientos no son los míos».

Goethe insiste mucho en el carácter ético de su concepción del mundo y de la civilización. Las pala-

bras que dirige a Eckermann el 11 de marzo de 1832, once días antes de su muerte, son algo de un testamento moral suyo: «Cualquiera que sea el progreso que haga la cultura espiritual, cualquiera que sean el desarrollo y la profundidad que adquieren las ciencias en una investigación cada vez más amplia, cualquiera que sea la extensión que se dé al espíritu humano, nunca se sobrepasará la grandeza y la cultura moral del cristianismo, tal como brilla y resplandece en el Evangelio».

Tal es la filosofía de la naturaleza de Goethe. Está lejos de estar aislada en la historia; es una de las expresiones de esa simple filosofía de la naturaleza que reaparece bajo formas siempre diversas en los pensadores europeos y chinos, y que tiende siempre y de nuevo a perfeccionar sus nociones éticas.

Si Goethe la hubiera desarrollado en un sistema, su filosofía habría tenido probablemente alguna influencia sobre su época; habría tal vez contribuido a impedir que el pensamiento europeo, después del fracaso de la filosofía especulativa, se encontrara tan desamparado frente a las ciencias naturales.

Pues bien, ha encerrado su filosofía en su poesía, por cuyo intermedio ella da flores de un brillo cada vez más luminoso, para las generaciones futuras.

Es a la filosofía de Goethe a la que, con la mayor razón puede aplicarse lo que escribía, el 1.º de noviembre de 1829, a Zelter, hablando de lo que un hombre puede legar de su experiencia y de su pensamiento a la posteridad. He aquí como se expresa: «Si se quiere

dejar a las generaciones futuras algo de lo cual puedan sacar provecho, ello deben ser confesiones.

Uno debe colocarse delante de ellas como personalidad, con los pensamientos que uno alimenta, con las opiniones que uno tiene, y nuestros descendientes podrán, si así lo quieren, buscar en esas confesiones lo que les conviene, o lo que hay de verdad eterna en ellos».

Traducción de Guillermo Gandarillas.

Quito uno y quedan dos

I



DIERON las nueve y media. Con las piernas un tanto adormecidas, el visitante se había puesto en pie, para examinar los adornos del bufete, y Osvaldo ya desesperaba de encontrar un tema que pudiera hacerles pasar el rato.

—¡Este Lemus!—dijo, en tono de reconvención.

Y añadió, juzgando necesarias otras explicaciones:

—Porque es a él, a quien esperamos para ponernos a la mesa.

—¿El Comandante Lémus?

—Precisamente. Desde que llegó, come con nosotros. ¡Ya ve usted, tenemos tan a lo lejos el placer de vernos y somos tan amigos!

Tocaba su cuerda y no trató de saber si parecería interesante. Ya en la Escuela Naval, habían pertenecido al mismo curso; pero entonces no se miraban bien; fué después, cuando el viaje de instrucción que hicieron juntos. Nada recordaba Osvaldo, sin pensar en

Lemus y él también no debía de conservar mejores recuerdos de ninguna de sus navegaciones.

—Usted no le conoce bien, Pedro; es todo un hombre.

Su oyente asentía, con movimientos de cabeza que a nada comprometían. Había vuelto a su asiento, y el silencio les embarazó otra vez.

—¿Pasamos al comedor?—propuso una voz musical, al tiempo que una mano de mujer entreabría la cortina.

—¡Oh, Dora!—Oswaldo consideró su reloj, con un gesto desolado.—Todavía cinco minutos.

Un movimiento de impaciencia agitó los pliegues de felpa; entonces él se volvió, un tanto confuso, hacia su invitado.

—Digo... Si Miranda no lo tiene a mal.

—¡Oh!—protestó éste.—¡Es temprano todavía!

La mano dejó caer el portier y volvieron a quedarse solos.

II

Una de las ampolletas no lucía. Oswaldo se empuñó para ajustarla.

—¡Qué alumbrado! ¿eh?... Como le iba diciendo: con Lemus hemos sido grandes camaradas. ¡Y no seguramente de aventuras, pues aunque parezca liviano de carácter, conmigo es otra cosa! Desde que me retiré de la marina ya no pudimos llevar una vida tan íntima y hasta mi matrimonio se hizo en su ausencia, con su

promesa de apadrinar el chico que no hemos tenido; sin embargo, nuestro afecto sigue siendo el mismo.

Esta vez fué su interlocutor quien consultó el péndulo, con una ojeada maquinal. La ampolleta había vuelto a apagarse, y de la calle subía el ruido de los tranvías y el rodar sordo de los autos.

—¡Vaya, vaya!—murmuró, golpeándose distraídamente la rodilla.

En la habitación contigua, volvió a sonar la voz femenina.

—¿No vienen ustedes? Perdona, pero si tardan se va a echar a perder todo.

—Bueno, ya vamos—interrumpió el dueño de casa, resignado.

Y saliendo al vestíbulo, dió una orden al criado, por si Lemus llegaba.

III

—Has hecho retirar su cubierto cuando todavía puede venir—observó al sentarse a la mesa.

Dora señalaba el sitio del comensal, con su suavidad silenciosa. Después se volvió hacia su marido.

¡Déjanos en paz con tu amigo! ¿Qué no estas viendo que ya son más de las diez?

En ese instante sonó el timbre, y Osvaldo dió un grito de alegría.

—¿Ves? ¡ahí le tienes! ¡Si no podía faltar!

Entonces ella tuvo su minuto de desasosiego, hasta que el criado trajo un telegrama.

Pero ni siquiera era de Lemus, y el amo se lo arrojó, furioso.

—¿No tengo dicho que no quiero que me molesten a horas de comida? ¡Devuélveselo al mensajero, imbecil!

IV

La comida empezó un tanto tirante, sin que se hubiera podido determinar la causa. Les iba ganando el malestar y ni el anfitrión lo disimulaba.

—¡Es extraño!—dijo de repente.

Se detuvo para darle a elegir vino al huésped. El criado cambiaba las fuentes.

—Prefiero tinto. Gracias. ¿Qué decía usted?

—¿Yo? ¡Ah, sí! Que es extraño que Lémus...

Tuvo que interrumpirse otra vez, porque Dora daba una orden en voz alta.

Pedro Miranda, cambió de golpe el tema, pasando a interpellarla sobre sus novedades de piano, y la conversación rodó acerca de la música. Ella se defendía diciendo que, aunque no tenían niños, no le quedaba tiempo para estudiar, ya muy distante aquél en que lo hacía horas de horas. Su interlocutor, durante las pausas, intercalaba cualquier galantería.

—¡Así también llegó usted a dominar el teclado!

—¿No es cierto?—intervino Osvaldo.—¡Quién pudo decir que yo iba a privar a los amateurs, de su Dora Téllez! Ahora es la señora de Garín, nada más que de Garín y, para oírla, hay que dirigirse a mí.

Recobraba su buen humor, a medida que iba hablando. Los platos circulaban ya menos en silencio y las copas se veían tan pronto llenas como vacías.

—A la salud del que tanto se ha hecho desear, del ausente—brindó el amigo, mirando a Garín.

Este levantó su copa, agradecido; pero, cuando iba a apurarla, se quedó en suspenso.

—¿No nos acompañas, Dora?

—Perdona—objetó ésta de mal modo—acabo de beber.

Volvió a condensarse la atmósfera, como si aquel algo extraño, se hubiese interpuesto otra vez entre todos. El no se contuvo ya.

—¿Querrá usted creer; Pedro, que mi mujer tiene celos de Lemus, como de una rival? Cuando me casé yo esperaba con inquietud el momento en que los pondría frente a frente; pero todo se pasó bien y él y ella se trataron desde luego como hermanos. Ha sido ahora último que, de la noche a la mañana, su presencia en esta casa se ha hecho punto menos que intolerable para la señora.

A través del tono zumbón que adoptaba, se traslucía su sincero pesar. La señora no vió sino el ridículo de aquella escena hecha delante de un extraño.

—Es que estás demasiado empapado en tu amigo—adujo, con la expresión particular con que decía siempre «tu amigo».

—¡Siquiera lo conocieses mejor, Dora!

Su marido le devolvía la mano en el mismo tono.

—¡Demasiado!—avanzó ella, a media voz.

El se reía, con una risilla mortificante.

—¡Ya, ya! No debiera haberme sorprendido que hayais congeniado tan poco. Tú no eres la que puede apreciar sus méritos.

Aquellos tiroteos de palabras tomaban un mal sesgo y el tercero en discordia, que se sentía importuno y sentía que había estado inoportuno, aventuró cualquier frase para distraerlos. Pero sonó a hueco y no hizo sino poner en evidencia la situación.

—¿Quieres decirme qué piensas de mi hermano?—interrogó Osvaldo, afrontando bruscamente a su mujer. Ella calló.

—¿Ves? ¡Si ni siquiera sabes lo que piensas y, por un capricho tonto, me estás amargando la vida!

Dora, confusa, rompió a llorar y, como no se le escapase la inconveniencia de todo aquello, quiso abandonar el comedor; pero Osvaldo la retuvo por un brazo.

—¿Qué pensará el señor Miranda?—gemía ella, tratando de desasirse.

—Pedro nos excusará—afirmó el otro con convicción—pero tú... No quiero que vuelva a suceder esto ¿oyes?

—¡Es que estás ciego, Osvaldo!—gritó entonces con indignación.

El la había soltado y esperaba, con los labios comprimidos. De improviso, la cólera por aquel escándalo, su mal humor de antes, todo estalló en un reproche acerbo.

—¡Mujeres, mujeres! ¡qué perfidia, qué indignidad! No se detienen en nada a trueque de salir adelante con su rencor. ¡Intrigante!

Las lágrimas habían desaparecido del bonito rostro y ahora salió, con un paso casi tranquilo. Osvaldo se ponía vino, sin mirar a su compañero de mesa, cuando ella estuvo de vuelta.

No hizo sino dejar una esquila, sobre el mantel, cerca de las flores, y volvió a irse.

V

Osvaldo alargó el brazo. El papel estaba reducido a muchos dobleces, y sus dedos temblaban al desplegarlo.

Lo recorrió de una ojeada; sólo su mano temblaba cada vez más, como en un acceso de perlesía.

Volvió a leer de abajo arriba, con interrupciones que parecían descansos o desfallecimientos. Bruscamente, devuelto a la realidad del momento, guardó aquello en el pecho y se volvió a su vecino, con una sonrisa penosa.

—¡Cosas de mujeres! ¿eh? ¡Cosas de mujeres!

Se había puesto en pie, y le cedió la delantera, para pasar al salón, donde les esperaba el café.

VI

—¿Vienes a hacernos un poco de música?—preguntó con naturalidad, viendo que Dora iba a reunir-

seles.—Miranda, sobre todo, te lo agradecerá: ¿no es así, Pedro?

—¡Oh!—exclamó éste, desahogado.—La señora ya se lo figura.

—¿Beethoven? ¿Chopin? ¿Qué preferirías?

Se dirigía a su esposo, sin levantar la vista, como arrepentida de su ligereza. Él había recuperado su exquisita finura.

—Pedro es un aficionado inteligente y él te dirá; por mí es indiferente. A esta hora del café, mientras se fuma, cualquier música tiene su encanto particular, muy vago, como si nos sacase de la realidad.

Sentada ya al piano, Dora continuaba hojeando sus cuadernos. El dilettante la secundaba, y Osvaldo Garín había cerrado los ojos, invadido, al parecer, por un bienestar soñoliento.

De tiempo en tiempo, no más, un estremecimiento como un escalofrío, le recorría de pies a cabeza; pero no alzaba los párpados y sólo cuando la música empezó, él ahogó en un bostezo el suspiro que le subía de lo más profundo de su ser.

Conturbada por aquellos silencios que se hacían entre pieza y pieza, la artista tocaba una tras otra. El contertulio había tomado, como hombre de mundo, su partido, y filosóficamente se entregaba al placer de aquella buena música, tan nerviosamente interpretada.

—¡Bella música! ¡bella! ¡bella!—declaró Osvaldo, durante uno de los intermedios.—Nos saca de la realidad; de esta realidad tan baja.

El auditor aprovechó la ocasión, para prevenir que deseaba retirarse. Quería pasar un momento al club y...

—¿Al club? Yo le acompaño.

El otro lamentó su indiscreción. Estaba seguro que allá se encontrarían los dos hombres, porque el marino se llegaba todas las noches por la sala de juego.

Y Dora, mientras bajaba la cubierta del piano, presa de mayor ansiedad de momento en momento, se preguntaba cómo haría para prevenirle a Miranda, que no perdiese de vista a Osvaldo. No, en su interior éste no podía estar tan sereno como en apariencia: pero casi temía más quedarse con él, a solas, que dejarle marchar.

En el apretón de manos de la despedida, trató de comunicarle algo de estos pensamientos al amigo.

VII

Durante todo el trayecto, Osvaldo Garín habló de mil cosas indiferentes, con una volubilidad nerviosa. Su acompañante, que había comprendido algo, calculaba lo que podía suceder.

Ya en el club, en una salita reservada, aquella charla continuó sin interrupción. Los ojos le brillaban al charlador, mientras se volvía a cada momento hacia la puerta.

—Es que espera que aparezca—pensaba su compañero.—Y la idea de prevenir al marino, le pasaba por

las mientes: sin que se atreviese, por temor a infundir sospechas.

A eso de la una hizo su entrada el Comandante Lemus. No había dejado su capa en el guardaropa y su figura parecía más airosa entre los amplios pliegues. Con las manos extendidas iba en derechura hacia su amigo, que poniendo las suyas en los bolsillos, retrocedió un paso.

—Escúchame antes. Cuando me dirigía a tu casa . . .

Pero al solo aspecto de Osvaldo, comprendió que no se trataba ya de la comida de esa noche; entonces ensayó una sonrisa, mirando sucesivamente a los dos paisanos.

—Se trata de que hagas la elección—dijo Osvaldo, con voz contenida;—elige.

Lemus retrocedió a su vez, ante el relampagueo de un arma. Únicamente después vino a ver que su amigo tenía también una carta en la otra mano.

—Sólo te advierto—continuó éste—que si la prefieres, será preciso que te la comas.

Permaneció ofreciendo sus dos manos, pálido, inmutable. De la sala de juego llegaba el ruido de las fichas. Y sin embargo su corazón latía con violencia, porque él también jugaba con su ex amigo, una partida decisiva. La carta o el revólver. ¿A qué clase de hombre habría amado durante tanto tiempo? Ese papel, tan cobarde, en el que no había ni la excusa de una pasión, la traición, la afrenta, ¡todo quedaría solventado, si su primer ademán era el de un hombre!

—Elige.

El único espectador de aquella escena, trató de intervenir.

Mas el marino había ya tomado su resolución. Con la punta de los dedos enguantados de blanco, había cogido el papel y, haciéndolo un pelotoncito, se lo llevó a la boca.

Oswaldo Garín no quiso ver más.

—¿Vamos, Pedro?

Volviendo el revólver al bolsillo, salió otra vez con su acompañante.

VIII

Esta vez guardaron silencio en el camino. Marchaban, marchaban, sin saber bien por dónde. Era la hora de la salida de los teatros y, en el fondo de los carruajes, al resplandor fugitivo de los reverberos, se distinguían montones de sedas blancas, joyas, flores, toda una visión de lujo.

Después tomaron por un paseo solitario. Apenas aquí y allá, alguna pareja solapada en los escaños. Una estatua; después un jardín con sus surtidores de agua; torcieron por una calle.

—¿No sube usted, Pedro?

Lo había venido acompañando hasta la puerta de su casa, como si se tratara de despedir un duelo, y ahí, a la luz que caía de los balcones, se estrecharon la mano tristemente.

—Mi mujer vela todavía; yo también tengo que escribir... ¡Adiós, Pedro!

IX

Sí. ¡Adiós!... Tenía que escribir mucho... Las eternas cartas que nada dicen, al juez de instrucción y al comisario. Los comerciantes del puerto, tendrían al día siguiente, para comentarios. ¿Qué lo impulsó al suicidio? ¿Se trataba de una quiebra? ¿Habría sido por algún vencimiento? Sólo un testigo hubiese podido poner la verdad en su punto.

Pero, a la vuelta de un año, aquél, como todas las relaciones del Comandante Lemus, recibió el parte de su matrimonio:

¡Y era tan sencillo! «Lemus participa a usted su enlace con la señora Dora Téllez viuda de Garín».

Alberto Guillén

*Alberto Guillén, querías
la emoción turbada y fuerte,
el abrazo en alarido,
el beso que sangra y miente.
Tu canción fué plenitud
de anhelos impenitentes.*

*Espesa miel de la vida,
muslos blancos de mujeres,
vagancia en carnes de sol
hasta la playa de un vientre,
¡Primavera del deseo
era tu sangre doliente!*

*Hoy racimos de silencio,
hermano, tu boca muerde,
y con sus pechos de sombra
te da su vida la muerte.
Hoy navegas tierra adentro
mecido en ola perenne!*

*Yo recojo tu lujuria
en mi otoño que atardece,
y voy de fiesta en el mundo
cantando canción alegre.*

*Hallo besos escondidos,
muslos blancos de mujeres,
y en una curva amorosa
el camino se me pierde...*

*Hermano Alberto Guillén:
aquí dejo para siempre,
corazón del corazón,
romance que te recuerde.*

Una generación en demanda de destino



A técnica novel del cuento brasileño, que se ha dado en llamar de literatura moderna del Brasil, es apenas un nuevo modo de escribir historias antiguas, modo, por lo demás, no siempre bueno. Hasta cabe, a veces, preguntarse si no habrá sido un gesto de audacia o simplemente una actitud de «cabotinismo» lo que ha impulsado a esos jóvenes a crear una nueva escuela.

¿Y será siquiera una escuela?

Tales son las dudas que hoy en día se despiertan, lanzadas, como una ingente interrogación, ante nuestro discernimiento, tan obscurecido por el inmenso confu-sionismo surgido en torno de esa simplicidad complicada; se trata de saber quién escribe bien y quien tiene valor. Tal vez sea yo muy provinciano de entendimiento para juzgar a los «gentlemen» de esa corte de ideas que forma el círculo restringido de los victoriosos de nuestra literatura. Pero cuando vi calificar de literatura moderna una novela mal pergeñada que se llamó

«Lenita», editada en Sao Pablo y de cuya paternidad son responsables tres nombres hoy casi consagrados, palabra que dudé, torvamente dudé de las pregonadas excelencias de ese símbolo confusionista que es la tal literatura moderna.

* * *

Ahora bien, tuvimos después una trilogía de José Lins do Rego, «Rapaz del Ingenio», «Picaruelo» y «Bangué». Cosa interesante. Cosa de valor. Un motivo regional, tratado con talento y con audacia. En el fondo una historia que podría haber acaecido en un ingenio de azúcar o en una fazenda de café cualquiera, en Parahyba o Paraná. Porque, arrapiezos criados licenciosamente, en medios de sayas fáciles de levantar y husmeando desde temprano el misterio de los sexos, existen en todos los ambientes. Lo que distingue al libro de José Lins do Rego es el uso que hace, en el relato de una situación o un diálogo, de las imágenes y palabras más crudas. Cuando el marido le da en las nalgas a María Alicia, el autor dice escuetamente que le pega a María Alicia en las nalgas, sin apelar a los subterfugios ni a las reticencias moralistas, que son siempre más inmorales que la verdad.

Pero, de hecho, hay mucha crudeza, mucha libertad de lenguaje, innecesaria tal vez, chocante en todo caso a los ojos de cualquiera, aun de los que no alardean de mucha virginidad...

¿Acaso sólo sucede eso con José Lins do Rego? No. Ocorre asimismo con otros de la nueva escuela. Y esa escuela nueva quiere hallar su justificación, precisamente en lo característico de este punto: la audacia del lenguaje. En «Serafín Puente Grande», por ejemplo, hay desde la primera página cosas que pueden espeluznar a cualquier moralista, por mucho que rehuya las miradas públicas que tanto lo aterran. «Mangle» es un libro del mismo género. Crudo. Más que verdadero. Obsceno como la realidad. (¿Quién puede pretender que la realidad no es obscena?). Sea como quiera, esos autores tienen editores y tienen público. Lo que da margen a dudas es si tales libros son o no útiles. Cierta parte del público los aprecia y los lee. Cierta parte, los detesta y los condena. Hay críticos que los aplauden y consagran mientras otros los aporrean y los destruyen. Y como en ambas secciones de la opinión y de la crítica hay gente capaz y de buen gusto, y ninguno cede un ápice en sus convicciones, no hay más recurso que adoptar dos certidumbres, o dudar, o formar un juicio propio, lo que es incómodo... Por mí, yo me limito a gustar o no según mi propio arbitrio. Pienso que si todos obran así, todos tienen juicio. Y yo también.

• •

Dudas aparte, tenemos que reconocer que la moderna generación procura sobresalir y ha realizado valientes

esfuerzos. Pero la prisa los arrolla, el método es condenado como una antigualla y se siente un vivo horror por el pasado. Hay críticos que, para decir urbanamente todos los desafueros posibles de un autor, imputan a sus libros un dejo de arcaísmo. Pero este horror, ¿es justificado? Al fin y al cabo el pasado algo ha dejado, algo sólido, perdurable. ¿Conseguiremos nosotros otro tanto? ¿Podremos contar al menos con nosotros mismos? Sin duda que no debemos tomar por guía a la experiencia si queremos avanzar hacia el futuro, pero ¿cuál es ese futuro? Esa es la incógnita. Peor que aquella generación que se gestó en la guerra y cuya trágica indecisión nos describe Remarque en trazos tan angustiosas, nosotros estamos ante nosotros mismos sin saber adónde vamos.

Es la nuestra una fase de transición que nos ofrece diversos caminos. ¿Y cuál entre ellos es el verdadero, el que debemos y nos conviene probar?

No es posible quedarnos inactivos a la vera de la encrucijada. Por ello tanteamos y emprendemos distintas rutas. A veces nos vemos precisados a volver después de recorrido medio camino. Y así marchamos indecisos, dubitativos, desconfiando de que la certeza nos asista.

Todo lo nuestro es un tanteo, un ensayo todo lo que se hace, porque no creemos nosotros mismos que haya en ello alguna cosa de definitivo, de cierto, de seguro. Estamos en un camino lleno de sombras y esas sombras

son nuestras inquietudes, nuestras dudas, nuestras incertidumbres.

Estamos, a no dudarlo, en el pórtico de un mundo nuevo, de una verdad nueva, pero hay tantos caminos que prometen llevarnos allá, que no sabemos por cuál decidirnos. Y vagamos errabundos dentro de la angustia de esa duda, como ciegos que hayan perdido sus lazarillos.

No es que haya inercia o miedo. Antes bien, se gasta mucho esfuerzo y mucho coraje en la búsqueda de la verdadera senda. Nos debatimos en un círculo de ritmos veloces. Corremos y llegamos muy pronto a un punto de donde no se puede pasar, porque ignoramos lo que se halla más allá. Nos plasmamos de golpe. Avanzamos, desde luego, más de prisa que el tiempo, porque hemos cerrado ya un ciclo y tenemos que esperar que otro se inicie. Y como no somos nosotros los que determinamos la verdad inmutable del destino, quedamos sin posibilidad de continuar. Tentamos y experimentamos, pero carecemos del consuelo que da la certeza de no estar errados. Debe ser por eso que nos agitamos en todas direcciones sin encontrar satisfacción por lado alguno, pues nuestras aspiraciones mismas son todavía imprecisas.

Pienso que es eso.

Somos una generación en demanda de destino.

(Tradujo Antonio Segorbe).

Tomás Lago

Chillán, ciudad de sueño

La ciudad de Chillán ha cumplido cien años en su cuarta fundación.



HABLAR sobre una ciudad es reconstruir, en nuestra mente, una atmósfera, reunir con una espumadera los filamentos de esa atmósfera, mejor, y por un esfuerzo de síntesis, es volver a hacer la ciudad dentro de nosotros mismos con los elementos que de ella tenemos en la memoria o en el alma. Donde nacimos y aparecimos al mundo, donde crecimos y vivimos, toda la vida con sus referencias y dimensiones fundamentales; eso es Chillán para nosotros.

Hablar sobre una ciudad es poner en la punta de los dedos, ante nuestros ojos, precisamente debajo de la nariz y en un sitio determinado del aire, todas las cosas que integran esa ciudad. ¿Qué hace Dios al hacer una ciudad? ¿Cómo obran las potencias celestiales al crear estos cuadrángulos bullentes de la tierra? Es evidente que juntan, sacando de la nada, las diferentes

partes de la ciudad: sacan casas, calles, palizadas, árboles y plazas y ponen gente en ellos.

Incapaces de crear, una ciudad ideal para nuestra niñez y adolescencia, debemos juntar solamente—para reconstruirla—esos elementos de fósforo, que en nuestra imaginación ocupan un lugar definitivamente unido al nombre bisilábico y agridulce de nuestro pueblo.

Chillán habitado por seres de rostros conocidos. Hay que poner allí hombres, mujeres, niños y entre ellos, soldados, magistrados, comerciantes, profesores, huasos, bellezas profesionales, frailes y agitadores. Todos estos seres de caras y estampas disparejas, deberían entrar necesariamente en esta ciudad reconstruída por nosotros. Pero entrando muchos de ellos no veriais seguramente a los más indispensables, porque cada personaje salido de las pavesas del recuerdo, trae pegado a él por hilachas invisibles a otros seres injustamente olvidados, y éstos a muchos más.

La vida de un niño está toda rodeada de maravillas. Cada momento que pasa trae un milagro atonizante. No hay más que cerrar los ojos para palpar, oír, oler de manera reciente ese universo de fecha imprecisa, en el que vivimos cuando niños.

Para nuestros espíritus simples, por ejemplo, bastarían unos hilos telefónicos, tangentes a una temblorosa hoja de álamo, para hacer girar el tiempo hacia atrás, vertiginosamente.

Y es que ciertos sentimientos vitales no retornan sino a través de referencias conocidas, no vuelven a

nosotros sino siguiendo las sinuosidades—especie de carta marina—de un paisaje que vimos cierta primera vez.

Vivíamos en una ciudad geométrica, de cuadrado perfecto, trazada por Lozier, del norte al sur magnético. En su centro, en sus rincones es fácil, pues, para nosotros reencontrar la valencia cuadriculada de ciertas jerarquías sensoriales. Chillán, rigurosamente trazado a escuadra, se abanica con un ángulo de noventa grados. Para nuestros primeros recuerdos era como una alfombra en el espacio. Más allá de las avenidas era el mundo desconocido, se acababa bruscamente el mapa allí donde comenzaban las avenidas, vivíamos como encerrados en una campana de cristal. Caerse de Chillán era una pesadilla difícil de imaginar, pero ciertamente los elementos de esa pesadilla andaban como piezas sueltas adentro de nosotros. Salir de Chillán habría sido perder la forma y los pigmentos humanos, habríamos emblanquecido hasta el albinismo, enceguecido, habríamos perdido, una a una, nuestras nobles vértebras, y como un pollo que bruscamente cae en un mundo de patos, no habríamos sabido que hacer de nosotros mismos. Recuerdo lo que significó para mí, durante un largo período de mi vida, ir al centro a cierta hora de la tarde, fué esta una tiranía que llegó a hacerse angustiosa, hasta que comprendí que era esa la sola, la única manera de recobrar el equilibrio que tenía un alma incipiente, para soportar la espesura de la noche.

En la cúpula del edificio Prunés, el rostro litográfico

de Benjamín Franklin me sonríe aún detrás de un pesado cielo cargado de aguas. Quebrando moléculas allí llegan por segundos los rayos que forja la tempestad; lucientes, se entrechocan como cuchillos de Solingen, y se anulan, porque el pararrayos de la cúpula, el único inventado por Franklin y explicado por el profesor, cuya virtud antieléctrica conozco, está allí.

¿Por qué viven estas representaciones a través de los años?

Porque se alimentan de sentimientos puros.

Una viga carcomida, una torre inconclusa en el camino de la escuela algo nos dicen todavía, en su súbito lenguaje de madera y de ladrillo.

En una pared descascarada por el tiempo, un toro bicéfalo me mira con fijeza, cuando el sol llega a la altura de sus patas de barro, va a sonar la campana del café con leche, y seremos libres como nunca. Ya no hay clases hasta el otro día.

El caballo del Intendente
lleva carga y no la siente.

¿Quién hace las veces de caballo? El pasto de los canarios está florido y llena nuestras maletas de colegiales, pero esta vez el verdadero caballo del Intendente se lo come. Pensad también que le admirábamos tanto. Era sin duda un caballo de fábula, el caballo de don Vicente. Méndez Urrejola era también un Intendente de fábula. ¿Quién no recuerda esa figura de bo-

yardo, y su voz resonante, empinada y gubernativa? Hablando era el verbo mismo ordenando el caos. Para los chiquillos todo el símbolo de su poder estaba, sin embargo, en su caballo que era a las claras una cabalgadura de mandatario. Desocupado por su dueño, las bridas en el arzón, solo, cruzaba con digno trote las calles de Chillán, torciendo las esquinas con conciencia singular, llegaba hasta el Cuartel de Policía y golpeaba el portón con sus propias manos. Viviendo en un mundo particular no podíamos entonces establecer comparaciones, pero, hoy me parece lógico que pensásemos que cada Intendente tenía, como un privilegio de Intendente, un caballo sabio semejante. En un orden perfecto así debería ser.

El prefecto Arce, el comandante Garretón, el juez Rosende y el alcalde Solar, el poeta Poblete y la loca Cuadros. La justicia y la comuna, la poesía y la volubilidad femenina son. El Sinaí del pueblo era el cura Las Casas, orador sagrado; la demagogia popular, el curcuncho Carrasco.

Por mucho que hagamos no podemos quitarle su esencia a las cosas. El comienzo de la poesía como el comienzo del amor están allí. Entre la iglesia Matriz y los jardines de la Plaza de Armas, sólo un libro de Rusiñol. ¡Floridos dafnes pastoriles, columnas de cal y canto!

Sobre el corazón un eco de ligeros tacones resuena y sucede un desfile de muchachas de madrigal, con uniformes azules. Teresa, Marta, Lucía, Elena, María Li-

dia, sois hoy en día, sin duda, casi respetables señoras. Muchos de los que os amaron en verso a los quince años, van a ser próceres ilustres, pero ¡desconfiad! cada uno de ellos, estoy seguro, cambiaría sus investiduras y fortuna, por veros con aquellos ojos y amar como antes vuestros dulces rostros de durazno, porque la juventud ya no vuelve más.

En cierto modo la juventud es un dulce dolor de estómago, un dolor de estómago de vísperas de examen, y hojas verdes de primavera. En el liceo la primavera corresponde a los profesores de botánica. Hojas simples y compuestas, pareadas, lanceoladas, las papilionáceas y las lilífloras como a una orden de orquesta surgen sus tallos cuando don Narciso Tondreau lo quiere. El es quien legisla entre ellas. Nuestro Rector es quien discute con don Diego de la Noche, en un latín de oda de Horacio, la función exacta de los pistilos o el nombre científico de los chopos. Compañeros, siento que mañana sólo él podría darnos una primavera floreal efervescente y aguerrida, como aquéllas, una primavera botánica, amorosa, explicada, de brotes y de yuyos.

• • •

Cada cual lleva en sí sus propios sueños y si estos le aburren, con soñar lo contrario, basta. Es verdad que la vida inmortal la vimos volar en cruz desde los campanarios crepusculares de Chillán, que el viejo gallo de las películas Pathé, lanzó allí su primer canto, atre-

vido y antisonoro; aun arden con fuego funeral en nuestro pecho, baluartes ígneos, aerolitos, jabalinas, rodela romanas y las chinganas viejas con que nuestros alcaldes celebraban el 18. Pero todo va entrando en una atmósfera obscura, de semiolvido, iluminada apenas por un polvo sutil, como el que tienen encima las hojas de los lirios.

Ahora bien, si la misma fe católica ha visto, que en tres ocasiones distintas, un apóstol, un ángel y una virgen, príncipes del cielo, no pudieron salvar a Chillán de ser destruída, en adelante lo práctico es que cada cual se haga para sí una ciudad de sueño de bolsillo.

Luis Alberto Acuña

Introducción al estudio del arte precolombino



UMPLIASE la alta Edad Media en Europa, esa edad tan sin razón tenida por obscura, cuando en esta parte del mundo, desde la tierra de los iroqueses norteños hasta el meridional país de los araucos desarrollábase una cultura de tantos alcances que hoy, gracias a nuestro moderno concepto y no obstante al occidentalismo de nuestra mentalidad, la hallamos admirable y digna del más fervoroso estudio. Porque bien poco será lo que en la actualidad nos merezca a los indoamericanos tanta atención como cuanto atañe al conocimiento de los pueblos precolombinos. Pueblos numerosísimos, en su mayor parte dedicados a la agricultura, al misticismo y a las artes, pacíficos unos, guerreros otros y de muy desemejante idiosincrasia.

Parece como si allá en tiempos anteriores a toda memoria hubiesen sido estos continentes de América lugar de cita de emigraciones occidentales y orientales procedentes unas del mar Mediterráneo, incubador constante de grandes culturas, viniendo las otras del oriente mongólico. Entonces toda la maravilla de un mundo virgen sirvió de tálamo en el maridaje del Oriente con el Occidente, de los de aquí venidos merced a circunstancias fortuitas como las corrientes marinas, y de los que acaso buscaban en un oriente aun más remoto la fantástica comarca de

Fu-Sang. ¿O quizá fuera del indio americano, fruto del mestizaje de los sobrevivientes de la Atlántida legendaria como los emigrantes chino-japoneses? En todo caso, se impone como una verdad la presencia en nuestro suelo del elemento mongol, que de su paso fué dejando pruebas incontrovertibles al fundir su sangre con la de los nativos y al grabar en algunos petroglifos las señales de un éxodo cumplido.

Si las analogías entre las características esenciales del arte de los distintos pueblos de la tierra probara algo en lo tocante a precedencias, nosotros, desde la humildad de nuestro criterio, no vacilaríamos en afirmar que fué del Japón y la península indochina de donde procedieron aquellas migraciones: igual fuerza extraña y monumental informa sus construcciones arquitectónicas, idéntica vida interior anima las imágenes sagradas de unos y otros pueblos, igual frialdad hierática, igual recogimiento místico—casi siempre tocando de grotesco—la misma prolijidad y riqueza luce la decoración atormentada. Tonkin, Anam, Cambodge y la Birmania, de aquel lado, de por medio un mar con sus vientos y corrientes de propicia comunicación, dos continentes de esta parte, tendidos a lo largo como un par de sirenas en espera de aquellos nautas alucinados. El fruto etnológico del cruzamiento fué esta raza de hombres enigmáticos, de carnes oscuras, color de canela, anchas espaldas, agresivos pómulos, cabellos negros y lacios, falta casi absoluta de barbas y ojos taciturnos y adormilados, cuando no maliciosos y ladinos, tal era el indio, señor absoluto de estas tierras y dueño de sus destinos.

Con el correr de las centurias, al calor de las instituciones religiosas y civiles, iban naciendo las culturas y se iba cumpliendo el sagrado mandato, porque aquellas tribus crecían y se multiplicaban, poblando literalmente todo un mundo.

Los grandes ríos, los que maravillan al hombre con la fantasía del espejismo, los que le brindan la facilidad de la comunicación y el exquisito manjar de los peces, los que arrastran el

oro dejándolo confundido con las arenas de los playones, fueron asiento de aquellas tribus en éxodo. Y lo fué también el frescor y la umbría de los grandes bosques perennes. Pero más que los bosques y los ríos, el indio amó los valles por más hospitalarios, risueños y feraces; de ellos salieron los pueblos, erigidos en naciones, con costumbres, leyes y creencias, ornados y caracterizados por sus propias e inconfundibles civilizaciones. Y como cabal expresión del grado de cultura por ellos alcanzado como suma de progreso moral y material, aquellos pueblos iban plasmando su arte, hijo de su religión y demás necesidades del espíritu. Pues una vez instalada la grey en medio del ambiente climático propicio y en favorables condiciones de topografía, cuando el filo de las macanas y los dardos mortales ponían a raya a la tribu enemiga, cuando el agro rendía a la cosecha, cuando acrecían en la paz rural los caseríos y se centuplicaban las labranzas, el indio, satisfechas sus inmediatas necesidades, buscaba en la arcilla, la piedra, la madera y los metales el material adecuado para esculpir los objetos de su idolatría, las representaciones de sus divinidades y los ex votos con que éstas debían propiciarse. Fué así, como el precolombino, en alas del innato sentido religioso, admirando lo bello y adorando lo extraordinario, fué adentrándose en el mundo del arte poblado para él de mil revelaciones y maravillas.

Ilustrados en sus estudios los americanistas por los datos históricos que aparecen en las crónicas de la Colonia y la Conquista, en relatos hazañosos y fantásticos, han sido las deducciones, cuando no las divagaciones y conjeturas, frecuentes auxiliares para el conocimiento de los pueblos que nos ocupan. Siempre será en estudios semejantes, la arqueología la que mejor nos valga con sus luces. Hoy podemos gracias a ella, y a los descubrimientos hechos, que son numerosísimos, justipreciar, distinguir, comparar y localizar las varias culturas indígenas. Intentando enumerarlas en una ordenación de norte a sur tendremos: primero, la civilización azteca en México, y con ella

la de los tarascos de Michoacán y la de los mixtecozapotecas en Oajaca; viene luego la de los mayas quinchés en Yucatán, hasta Guatemala y una parte de Honduras; síguelos la que podríamos llamar civilización centroamericana en Nicaragua, Salvador, Costa Rica y la de los taínos en las Antillas y continúa con la de los chiriquies del noroeste del Istmo de Panamá. En Colombia representan esta cultura las tribus quimbayas, los agustianos y los chibchas; en el Ecuador, los quillacingas que habitaban en la región fronteriza con Colombia, los esmeraldas y caraques; tras ellos venían las grandes civilizaciones peruanas de los chimus o yuncas en la región del norte; la de los icas y nazcas al centro y al sur, respectivamente, y sobre la costa del Pacífico; la de los aimarás en la meseta boliviana y la quechua con las incas en el Cuzco. Por último estaban los diaguitas o calchaquies pobladores de la región de Cajamarca en la Argentina. Es curioso observar cómo estas civilizaciones se desarrollaron hacia el occidente de las Américas, dentro de los límites de las actuales repúblicas de México y Chile; las tribus orientales ocupantes de las praderas norteamericanas, igual que las pobladoras de las selvas del Brasil y las pampas argentinas, jamás salieron de la barbarie. Y aun cuando más al norte, allá en tierra que luego colonizaron los anglosajones y franceses, se encontraron algunas tribus de importancia como los pueblos, los iroqueses y los pieles rojas, sus civilizaciones eran como las de los guaraníes y demás tribus de las regiones del Chaco, inferiores a las de los primitivos habitantes de la América Española. Fué pues, la precolombina una civilización tropical y esencialmente andina en la América del Sur.

Aunque tenían leyes divinas y humanas que guardaban; aunque practicaban la agricultura con esmero; aunque vivían en estados organizados bajo jefes poderosos que habitaban ciudades, que contaban millones y mandaban ejércitos; aunque conocían y trabajaban—a excepción del hierro— todos los metales y ciertas piedras preciosas y no obstante saber algunos entre ellos

leer y escribir, como los mayas, y usar del calendario, como los aztecas, navegar como los caribes y domesticar los animales como los quechuas, nada encontramos en ellos tan admirable como las formas artísticas que inventaron y reprodujeron.

Manejó el indio todas las artes nobles, así las fonéticas como las llamadas plásticas u ópticas, y al servicio de ellas puso sus grandes condiciones de soñador, intuitivo y sentimental. En sus manos tomaron traza geométrica los sillares que en Cuzco, Michoacán y Chínchen-Itza estructuraron la más angulosa arquitectura y la de más agresiva imponencia. Al golpe del guijarro negro y los cinceles de cobre, entallaron en la piedra calcárea, el basalto y el granito, la forma esquematizada y rígida de múltiples divinidades, adoleciendo estas estatuas de imperfecciones, debidas a la deficiencia de la herramienta y a la dureza de las materias esculpidas; pero la intención decorativa, la plasticidad y clara composición de los relieves, la severidad de las figuras de bulto y la ley de la frontalidad que la rige, constituía un grande acierto de aquel arte, siendo digno de notarse que estas mismas cualidades son distintivo de la escultura decorativa contemporánea. Del mismo modo que en Egipto y Mesopotamia, los precolombinos tuvieron su arte rupestre representado por grandes figuras humanas talladas en la roca o por los amontonamientos de tierra en forma de animales, conocidos con el nombre de mounds, practicados por los primeros habitantes de las cuencas de los ríos Misisipí y Colorado. En punto de escultura, fueron las más remotas civilizaciones las que nos legaron las mejores muestras de estatuaria monumental; en orden de mérito, citaremos a los mayas de Yucatán, a los de Guatemala y a la desaparecida nación de los agustianos que floreció con gran cultura en el corazón mismo de Colombia.

La pintura mural, así como la pequeña y meticulosa de la enluminura, fué practicada por los aztecas, quienes también supieron incrustar las turquesas y el nácar en la hechura de máscaras y otros artefactos. Las artes textiles trabajáronse con sin-

gular esmero, distinguiéndose por la calidad del tejido, la belleza del tinte y el ingenio de los motivos que decoran las telas, los pueblos mexicanos, chibchas e incas, estos últimos los mejores tintoreros de toda América. Pero más que arquitectos o pintores, que escultores, tejedores o mosaístas, los precolombinos fueron orfebres y ceramistas a cabalidad, porque en estas lindas artes de la orfebrería y la cerámica pudieron lucir toda la inventiva y fantasía de que estaban, por naturaleza, bellamente dotados.

La arcilla humilde y deleznable fué la materia que mejor tradujo la mentalidad y sensibilidad estéticas del indio, su hondo y callado afán de perfecciones, su objetividad de la realidad ambiente y su fantasía desenfrenada y pletórica. Aunque él jamás usó del torno de alfarería, por desconocerlo a la caricia de sus dedos tan expertos como sus ojos en la confección de simetrías y rotundeces, el barro, de burdo e informe, se iba tornando delicado, ágil, exquisito, en urnas e imágenes, en ánforas y aríbaros, o en orzas, escudillas, tazas y otros cacharros familiares, aluciados por el frote, embellecidos por la policromía y eternizados por las calorías de un rústico hornillo primitivo o de la fogata circular prendida en campo abierto. Sin excepción, todos los pueblos de América prehistórica fueron ceramistas y el estudio de ese arte nos suministra una cantidad inagotable de documentos, tan variados y preciosos que mejores no cabe imaginarlos.

A la cabeza del florecimiento de la cerámica precolombina cumple poner el muy antiguo pueblo de los chimus, localizados, como ya lo dijimos, en el norte del territorio peruano, en la región de Trujillo. Las formas de los vasos por ellos creados varía hasta lo infinito; antropomorfos unos, representaban cabezas humanas, que diríanse ser caricaturas, según tienen ciertos rasgos faciales acusados hasta la exageración; otros, con caras que gesticulan, son verdaderos modelos del arte expresionista y algunos, muy escasos por cierto, pueden tenerse por retratos, has-

ta tal punto la observación e individualización se manifiesta en estas obras maestras del modelado en arcilla. En una época posterior, quizá hacia fines del siglo XII, estos mismos chimus produjeron su llamada cerámica negra, zoomorfa, en la fabricación de vasos y especialmente de instrumentos de música que afectan la forma de monos, sapos, loros, peces, etc.; nos interesa especialmente esta cerámica por las grandes influencias que revela sobre la que hicieron las tribus quimbayas colombianas, tribus muy adelantadas en el trabajo del barro, por lo cual ocupan el tercer lugar, y ya es mucho decir, entre las culturas artísticas americanas, correspondiéndoles el segundo al pujante pueblo de los mexicanos. Igual lugar ocupan los aztecas, en punto a metalurgia, pues conocieron y trabajaron con gran perfección el oro y la plata, el cobre, el estaño y el latón, el zinc y el plomo; redujéronlos por el martillo o la fusión, y usando de las aleaciones, fabricáronse armas, utensilios y joyas. Muy pocos ejemplares de la metalurgia y en especial de la orfebrería mexicana conocemos hoy, pues la conquista española, demasiado brutal, redujo a meros lingotes la lindeza de las joyas que en sus manos cayeron. En este punto justo es hacer una excepción brillantísima en la persona de Hernán Cortés, quien en una carta a su señor Carlos V así opinaba de los orfebres indígenas: «fuéronme presentadas asimismo unas obras de orfebrería y platería tan preciosas, que oponiéndome yo a que fuesen fundidas, las tomé por más de cien mil ducados para poderlas ofrendar a vuestra alteza imperial. Son estos objetos de una extremada belleza y llego a dudar que jamás príncipe alguno sobre la tierra los haya poseído semejantes». Cuando Alberto Durero, en su viaje a Flandes, pasó por Amberes, tuvo ocasión de ver algunas de estas joyas y en su diario íntimo expresó su emoción delante de un sol de oro y de una luna de plata, cada pieza de un diámetro aproximado de dos metros, y escribió de esta manera: «Nada he visto en los días de mi vida que más me haya alegrado el corazón, que estas incomparables maravillas».

Pero los mejores orfebres de América fueron sin duda los quimbayas de Colombia; ellos llevaron la palma por la manera de fundir, soldar y repujar, arte que aprendieron de los mexicanos (quizá de los totonacas) cuya influencia es harto notoria en la metalurgia del resto del continente.

También entre las tribus antillanas hubo buenos orfebres, así como entre los indígenas del Ecuador, quienes conocieron y trabajaron, además del oro y la plata, el platino en aleaciones; pero sólo los peruanos llegaron a rivalizar cumplidamente la alta orfebrería de mexicanos y quimbayas.

Imcompletas por extremo juzgaríamos las reseñas que en esta parte de nuestro ensayo dejamos consignadas si no nos refiriéramos en ellas, con el detenimiento que nos sea posible, a la manera como el indio expresó en las artes fonéticas—música y poesía—su sentido de la belleza, su capacidad emocional y creadora. Fué en la forma más pura de la música, en la instrumental, en la que el indio tradujo mejor su honda tristeza congénita. Esta circunstancia, la de las muy escasas aportaciones de la música indígena a los estudios americanistas y el tener presente la luminosa definición que de arte tan sublime nos dejó Schopenhauer, excitan nuestro entusiasmo al ocuparnos del sentido musical de los indígenas. Así dijo el filósofo: «Expresa la música los más profundos secretos de la sensibilidad humana, da voz a las sordas agitaciones de nuestro ser y ahonda en la íntima naturaleza del hombre y de las cosas».

Aunque silencioso por naturaleza, pocos pueblos habrá sobre la tierra tan aficionados a músicas como los indios de entrambas Américas, cuyos espíritus están henchidos de polifonías al contacto de los múltiples motivos inspiradores de las bellezas andinas, de la paz y la dulzura de sus valles solemnes y del profundo misterio de sus lagos sagrados.

De las guacas o sepulcros, que es donde a diario sale la luz que esclarece la prehistoria americana, se han desenterrado multitud de instrumentos musicales; cantantes unos como la quena,

el camó, la chirimía y la marimba; acompañantes otros como el tamtam o tambor de madera, el sistro y la maraca. Fueron sus melodías predilectas aires polirrítmicos, generalmente acomodados al modo mayor, bien modulados y de soñadora melancolía.

Según se deduce de las crónicas, los pueblos que a la llegada de los conquistadores mostraron mayor adelanto musical, fueron los del Alto Perú, en la región de Tiahuanaco, los de Cuzco, Panamá y Guatemala, por el cuidado con que cultivaban tal arte y por la belleza y calidad de los aires por ellos ejecutados, instrumentados y compuestos. El último de los pueblos precitados, el de los guatemaltecos, íntimamente emparentado con las mayas y partícipe de su formidable cultura, demostró ser pueblo de guerreros tan indomables como de músicos exquisitamente sentimentales. Y fué a esta condición suya muy característica a la que debieron su anexión pacífica a los dominios españoles los nativos de aquella parte de Guatemala que por ese mismo hecho vino a llamarse Vera Paz. Habitábanla los indios quichés, quienes rechazaron con sin igual bravura las intentonas de los conquistadores. Entonces el padre Las Casas, formidable conquistador de almas, pidió y obtuvo del rey de España permiso para intentar la conquista pacífica por él preconizada desde varios años atrás y sobre la cual había escrito un tratado ejemplar. Fue su primer cuidado traducir al idioma del país los principales misterios del dogma cristiano arreglados en forma de himnos para ser cantados según melodías populares de aquella región. Cuatro monjes fueron enviados a Rabinal, asiento de aquellas tribus indómitas; acompañaban a los religiosos algunos indios músicos y cantores, ya catequizados y al servicio de los dominicos. Llegados al pueblo en día de fiesta, pusiéronse a cantar en medio de la plaza las nuevas cánticas con tan buen éxito que pronto se vieron rodeados por numeroso gentío que los escuchaba embelesado; entre ellos estaba el cacique del lugar, quien pidió que le fueran explicados los significados de tan hermosos himnos. Aprovechando la ocasión los misioneros, en pré-

dica elocuente, manifestaron al señor y a sus vasallos el sentido de las canciones, el carácter de su misión pacífica y su deseo de instruirlos en la verdadera religión y en una cultura superior. Y como con el tiempo continuaran representaciones semejantes, coreando y aprendiendo el pueblo las canciones y prestando oído a las explicaciones de los monjes, fué aquel valle de Rabinal, líricamente conquistado, trocándose, sin darse cuenta, de aguerrido e idólatra, en pacífico y cristiano. De aquí el nombre de Vera Paz, es decir, verdadera paz; y este ejemplo por hermoso, insólito y poco conocido, bien merece ser traído a cuento en casos como éste en que nos referimos a la sensibilidad musical de nuestros aborígenes.

En el brillante imperio de los incas donde todas las nobles manifestaciones del espíritu tuvieron cabida, fue la música la más popular entre las artes; sin igualar el esplendor de la cerámica ni aun al de la orfebrería. Aun en nuestros tiempos, en los que aquellos cholos nada conservan de su antigua y justamente celebrada habilidad como tetalúrgicos o como modeladores de arcilla, aun tañen sus quenás con tal dulzura y desgarrado acento que sólo les encontraremos semejantes en las ensoñaciones musicales del Oriente. Por la quena hablaba el indio; y, a propósito, oigamos a Garcilaso de la Vega, descendiente por su madre de la casta real de los Incas, quien en sus Comentarios así habla de aquellos flautistas, en su vieja prosa tocada de romance:

«Los tañedores eran indios enseñados para dar Música al Rey, y a los Señores de Vasallos que con ser tan rústica la música, no era común, sino que la aprendían, y alcanzaban con su trabajo. Tuvieron flautas de cuatro o cinco puntos, como las de los Pastores; no las tenían juntas en consonancia, sino cada una de por sí, porque no las supieron concertar; por ellas tañían sus cantares, compuestos en verso medido, los cuales, por la mayor parte, eran de pasiones amorosas, ya de placer, ya de pesar, ya de favores o desfavores de la Dama.

Cada canción tenía su tonada, conocida por sí, y no podían decir dos canciones diferentes por una tonada; y esto era, porque el galán enamorado, dando música de noche con su flauta, por la tonada que tenía, decía a la dama, y a todo el mundo el contento, o descontento de su ánimo, conforme al favor o desfavor que se le hacía, de manera que se puede decir que hablaba por la flauta. Un español topó una noche, a deshora, en Cuzco una india que lo conocía, y queriendo volverla a su posada, le dijo la india: Señor, déjeme ir donde voy; sábete que aquella flauta que oyes en aquel otero, me llama con mucha pasión y ternura, de manera, que me fuerza ir allá; déjame por tu vida, que no puedo dejar de ir, que el amor me lleva arrastrando para que yo sea su mujer, y él mi marido».


Una bien sostenida tradición musical entre algunos pueblos de América de marcado carácter indígena, ha hecho llegar hasta nosotros ciertas tonadas de remota y auténtica inspiración india como los aires que en el Perú se llaman yaravíes, y semejantes a éstos los que en Colombia son fruto perenne del sentimiento popular, tales el guatecano boyacense o la guabina santandereana de sentido y belleza inigualados.

Entendemos que la más grande laguna, entre las muchas que perturban los estudios americanistas, se refiere a la música de nuestros pueblos, y a la precolombina especialmente. Sin duda que tal deficiencia se debe a que el indio no tuvo manera de fijar y conservar en partituras sus genuinas creaciones musicales. Pero el espíritu que las creó, el sentimiento que les dió forma y los motivos que las inspiraron, aún viven y se mueven dentro de nuestro ambiente actual. Gracias a circunstancia tan propicia, no parece imposible reconstruir alguna de las evocadoras músicas de antaño.

Colombia, 1935.

Ramiro Troncoso V.

Discurso pronunciado en la manifestación que la ciudad de Concepción tributó en homenaje a don Enrique Molina

“ON Enrique, como lo llama toda la ciudad; señor Intendente, señoras, señoritas, señores:

En esta manifestación sólo hay el deseo unánime de rendir homenaje de la ciudad al señor Enrique Molina, el gran educador que se aleja de la enseñanza fiscal después de haber actuado en ella durante cerca de medio siglo.

Los veinte y más años de rectorado del Liceo de Hombres desempeñados por el señor Molina, son un valor para la cultura de Concepción y de la extensa zona que vive de los reflejos de nuestra vida espiritual.

Pero la obra grande que lo enaltece ante el concepto de todos los habitantes de esta ciudad, la obra por él construída, que tiene repercusión nacional y trascendencia cada vez más acentuada en el exterior, es la Universidad.

Concepción era hasta hace algunos años la ciudad histórica, el emporio del comercio del sur del país. No había valores que se elevasen sobre sus tradiciones guerreras, sobre sus afanes materiales, sobre su encastillamiento cerrado a los rumores de la evolución que se esparcen y envuelven al mundo entero.

La Universidad ha modificado todo esto y hoy en día, sabios profesores extranjeros, eminentes escritores nacionales, distinguidos profesionales de esta ciudad realizan la grande obra que se extiende mucho más lejos de los límites de la ciudad y de la provincia y que ya empieza a hacerse sentir en otros países, como manifestación de la vida intelectual de Concepción y del sur de Chile.

La ciudad crece, se agranda, pero más que su prestigio material, gana horizontes de esperanzas en la inteligencia y en el saber. En estos dos aspectos, está palpitante la obra de la Universidad, y en el fondo de ella, como resumen y epítome, la de su presidente que hoy se desliga de las funciones fiscales para dedicar un tiempo más amplio y más sereno a esta construcción hermosa de Concepción y del sur del país.

Podemos ya imaginar la vasta trayectoria que la Universidad trazará en Chile, y es posible que fuera de Chile. Empresas animadas de un soplo poderoso como es ésta, no tienen un límite, una demarcación que pueda aislarlas del gran conglomerado de las necesidades de cooperación universal.

El señor Alcalde de Concepción me ha honrado con la misión demasiado elevada para mí, de decir al señor Molina las palabras de oferente de esta fiesta, palabras en que desearía verter el pensamiento que hay en el fondo de todos los que nos rodean, que flota sobre la ciudad y que vive en el alma de sus habitantes.

Sólo hallo motivos y fuerzas, en cuanto concierne a mí mismo, para cumplir esta petición del jefe del gobierno comunal, en el hecho de haber vivido una parte de mis años de estudiante, en las cercanías del señor Molina. Mucho antes que llegase al Liceo a desempeñar las funciones que ahora abandona, hace ya cerca de treinta años, los que ingresamos al internado oíamos con frecuencia el nombre del señor Molina que quedaba resonando en la memoria de todos, como se hubiera dejado un halo de luz imperceptible sobre los viejos patios, en las vastas salas de clase, en el ambiente lleno de cuentos y de tradiciones que la imagi-

nación de los estudiantes había hecho la obra de embellecerlos y de darles cierto sentido de unidad, cierto carácter que concordaba con la fisonomía interior del colegio.

El nombre del señor Molina fué, de esta guisa, familiarizándose entre los muchachos de mi tiempo. Para todos nosotros era el Maestro que continuaba su labor en los liceos de otros pueblos, donde hay muchos hombres que lo recuerdan con respeto y con cariño.

Los que fueron sus alumnos en este primer período de su presencia en el Liceo, iban desapareciendo; pero siempre perduraba una actitud de admiración y de esperanza entre los que no le conocíamos y que recogimos de los que nos antecedieron, este recuerdo amable acerca de la personalidad del gran profesor, que daba a sus alumnos sabias enseñanzas y la amistad fundida a tono con la alta ley de sus valores espirituales.

Ruego que se me perdonen estos recuerdos. En oportunidades como éstas, deben primar las razones sobre los sentimientos. Heráclito decía que los sentimientos son brumas densas y matizadas de colores. Y un comentarista ha agregado que así es, porque no dejan al hombre marchar en línea recta.

Todo lo que he dicho expresa lo que era para nosotros la sombra del Maestro, tal como la habíamos conocido a través de la tradición liceana.

Un día llegó el señor Molina y nos dijo a los que ya íbamos a terminar nuestros estudios: ustedes, deberán amar la Belleza, como la amaban los griegos; deberán amar la Verdad, como la amaron los persas, y deberán tener siempre el corazón abierto a la bondad, como lo hacen y lo han hecho en todas las edades los hombres que realizan de sus vidas obras de gran dignidad.

Nos dió la lección perfecta. Es la lección de Luis de Zulueta en la residencia de estudiantes de Madrid. Es la lección de todos los grandes pedagogos que procuran hacer de los hombres seres felices, dentro de una armoniosa formación espiritual.

Decían los antiguos que de la cabeza del Dios Apolo brotaba

la sabia gentilidad, que llovía la hierba Panacea, que era remedio de todos los achaques y la salud de los pueblos.

¿Qué otra cosa puede pedirse que no sea la salud que hacen en las almas en formación, los maestros de la juventud, como es don Enrique Molina?

«Arde la vela y alumbra, y al paso que da su luz a otros, se va consumiendo y deshaciendo». Así decía el maestro de un joven rey español de la Edad Media, refiriéndose a la labor de guiar a un pueblo que buscaba orientación en el laberinto de sus propias pasiones, y de las pasiones más extensas de la humanidad.

Arde la vela y alumbra. Pero en la vida moderna, las antorchas, las grandes luminarias que encauzan la existencia de los hombres y de los pueblos, son los que tienen en sus manos puras de maestros la misión de formar la mentalidad de los que vivirán mañana.

En este aspecto, el señor Molina ha cumplido, y para felicidad de nosotros, seguirá cumpliendo esta noble labor de iluminación de los hombres futuros. Menos mal que no es antorcha que se deshace, que todavía, y por mucho tiempo, puede arrojar claros y bellos destellos en el alma de la juventud. Ruego al señor alcalde que perdone que en este momento en que trato de cumplir el pedido que me ha hecho de representarlo, cosa que me place profundamente, porque es, indirectamente, una oportunidad de exteriorizar el pensamiento de la ciudad, añadida a estas frases dos palabras personales.

Soy, como lo he manifestado, de los viejos ex alumnos del señor Molina, y quiero interpretar, sin que nadie me haya autorizado, pero convencido de que estoy en una actitud cierta, el pensamiento de todos los que recibieron la transparente influencia cultural y pedagógica de don Enrique Molina. Lejanos, por todas partes del país, diseminados como semillas de una cosecha que se esparce para ser útil a todos, estoy seguro, porque conozco a muchos de ellos, aquí presentes algunos y otros muy

distantes, como tienen siempre a flor de labios y en las honduras del alma y de los recuerdos de la mocedad estudiantil, expresiones de afectos y de agradecimientos para el Maestro que nos dió orientaciones de vida intelectual.

Despedimos un aspecto de la hermosa existencia de nuestro festejado, hermosa porque ha cumplido con creces lo que los hombres debemos hacer en este camino ligero por donde todos vamos. Conozco su optimismo y sé cómo entiende el andar por nuestros senderos de efímeros.

Pero junto a él ha habido siempre la actitud amable y la sombra celeste de su esposa, que a la ciudad de Concepción merece tanto respeto como nuestro festejado.

El señor alcalde de Concepción rinde un homenaje y eleva su copa por nuestros dos invitados de honor».

Discurso de agradecimiento



AGRADEZCO en el alma su presencia a quienes se sientan alrededor de esta espléndida mesa, amigos y principales representantes de todos los sectores de la sociedad de Concepción y de las colonias extranjeras. La emoción que experimento se hace más viva aun al contemplar las damas que han venido a dar a este inmerecido homenaje un realce sin par como su mejor adorno. Agradezco a mi amigo don Ramiro Troncoso sus gentiles y hermosas palabras de ofrecimiento que ha pronunciado en representación del señor Alcalde de esta ciudad.

Cuando llegué a la hidalga Concepción hace veinte años a asumir el cargo de rector del Liceo tuve el honor de ser recibido en una forma que generalmente no se gasta sino con los que se van si es que han sabido cumplir bien. Estaban entonces muchos de los que también se encuentran aquí presentes. Recuerdo además a don Aurelio Lamas, a don Luis Urrutia Rozas, a don Isidro Salas, a don Lisandro Urrutia Martínez.

¡Qué hondamente satisfactorio es por lo mismo para mí este significativo acto que os debo y a cuyo sentido el señor Alcalde ha dado realce con tanta elocuencia como bondad! ¡Queréis mostrarme que Concepción no se ha encontrado defraudada en la confianza que me anticipara al recibirme como un buen servidor!

Hay que repetir una vez más que el alma al proceder bien, obedeciendo a un dictado de su ser íntimo, encuentra en sí mis-

ma su primer galardón. Es lo que me ha ocurrido a mí con lo poco que he hecho en esta tierra generosa y ahora vosotros, hijos y vecinos de ella, agregáis un nuevo premio y reconocimiento. En aquella ocasión de hace veinte años no faltaron voces de personas y amigos, cariñosos y bien intencionados sin duda, que vieran en mi nombramiento para esta metrópolis de las orilla, del Bío-bío, un destierro, el propósito de alejarme de Santiago. Un destierro: la expresión del prejuicio centralista.

Compadeciéndome por mi vivir fuera de la capital otro amigo me dijo, con alusión a lo obscuro y mediocre de mi porvenir, aunque endulzándome la pócima con el halago indirecto: «Otro gallo le cantara a usted si hubiera vivido entre la gente». Cito estas palabras como un interesante rasgo de psicología chilena. Os aseguro que en muchas ocasiones antes y en estos últimos días me he acordado de ese compasible amigo, sintiéndome nada descontento con el gallo que me ha cantado por acá.

Por mi parte, no obstante la acción deprimente de estas sugerencias, desde que vine a esta ciudad antes de ser nombrado, tuve la idea de que ella, por su tradición de cultura, el número e importancia de sus colegios, su ambiente semiuniversitario en razón de su más que cincuentenaria Escuela de Derecho y sus aspiraciones a tener universidad, era, fuera de Santiago, el más importante centro del país desde un punto de vista educacional. Y creo que no tuve mal ojo.

Los chilenos viven,—como casi todos los pueblos latinos, con excepción tal vez de los italianos,—imantados hacia la capital y les parece que no entran a llevar una existencia plena sino cuando ponen su planta a firme en Santiago.

¿Es esto un bien? ¿Es un mal? ¿Es un fenómeno irresistible? No es del momento dilucidar tal problema a fondo, pero seguramente no es un bien. ¿Qué sería de nuestros hermosos valles, de nuestras minas, de nuestras industrias, de las orillas encantadas de los mares y lagos chilenos si no se le pudiera dar un sentido completo a la vida sino en Santiago?

Las capitales obran como torbellinos aspirantes de multitudes por la mayor cantidad de goces que ofrecen y porque son la mejor plataforma para las grandezas y el más discreto resumiendo de las miserias humanas. Pero uno debe ir adonde el deber lo llama, ahí está la patria y ahí ha de buscar el desarrollo de su personalidad.

Cuando regresé de los Estados Unidos de N. A. en 1919 reafirmé en una reunión de profesores del Liceo y de los incipientes cursos universitarios la idea de dar a la vida plenitud donde uno tiene un deber que cumplir.

A mis reflexiones propias había agregado las impresiones recibidas en la gran república yanqui. Allá nadie cree que para ser persona se necesita vivir en Wáshington o en Nueva York o en Chicago. Hay centenares de centros más repartidos por todo el país. Sobre todo la gente universitaria ha echado los cimientos de sus aulas y gabinetes de investigación en los más variados puntos y en poblaciones muy pequeñas, donde la tranquilidad del ambiente se presta, en medio de la riqueza de las bibliotecas, a las lucubraciones del espíritu. En aquella ocasión dije a mis amigos y compañeros que encontraría aquí entre ellos, continuando al servicio de nuestros comunes ideales, todos los elementos y alicientes para hacer una vida completa. Y he cumplido mi palabra. Tal vez esto que un generoso escritor ha llamado recientemente «hacer descentralización práctica» pudiera ser un título al reconocimiento de nuestra ciudad que suele sentir,—aunque infundadamente, pienso,—el amargo desaliento de creerse olvidada. Concibo la descentralización, sin perjuicio de las reformas administrativas y ventajas correspondientes, como un llevar la realidad de la patria al último rincón del territorio nacional, como el poner los arrestos de la personalidad al alcance de todo hijo de esta tierra doquiera que él viva.

Mi actitud ha sido además para mí, sin nombrar los innumerables goces que la amistad y el ejercicio del magisterio me han deparado, motivo de otras satisfacciones. El estudio de mi

predilección, que es la filosofía, dada su relativa novedad en Chile, se puede proseguir con tanta facilidad, o, si se prefiere, con iguales dificultades, así en Concepción como en Santiago.

Y luego sentir el jadeo de esta tierra noble que pugnaba por tener una universidad, percibiendo las miradas de todos, puestas en nuestro primer establecimiento de educación secundaria. Entonces se pensaba que la Universidad, como Eva de Adán, saldría de una costilla del Liceo y en efecto algo de esto ocurrió.

El golpe decisivo partió de una insinuación hecha al Presidente don Juan Luis Sanfuentes. El Presidente se excusó con dificultades financieras. Mas el chispazo no se extinguió y la llamarada cundió en Concepción donde se formó el Comité-Pro-Universidad y Hospital Clínico, pero no faltaban los espíritus prudentes y desconfiados que sonreían. Ni tampoco los que se burlaban. Un servidor vuestro salió algunas veces a hacer propaganda por las ciudades del sur a favor de la futura Universidad y un diario local daba noticias regocijadas de la «segunda» y de la «tercera salida» de don Quijote. Felizmente no era el único caballero manchego de que se disponía en aquel momento. Lo eran casi todos los miembros del Comité y muy principalmente don Augusto Rivera Parga y el doctor Virginio Gómez, que resolvieron la apertura de la Universidad en 1919, aquel con su gran ánimo y este como vicepresidente, mientras que el que habla se hallaba en Estados Unidos estudiando las universidades norteamericanas. ¡Qué gesto más temerario y romántico! Fundar una universidad, sin tener nada, a base de entusiasmo y de confianza en el porvenir. Al volver de los Estados Unidos y considerar las instalaciones y recursos de nuestro flamante instituto se me encogió el alma ante tanta pobreza y pensando en las responsabilidades que asumíamos con el centenar de muchachos confiados que habían acudido a nuestras aulas. Pero me guardé muy bien de comunicar mi desaliento.

Bástenos recordar, ya que nos encontramos en este sitio, que la pomposamente llamada Escuela de Dentística consistía

por todo en una pieza redonda que tenía como único sillón de operaciones un viejo sillón de la peluquería de este Club arrumbado por inútil entre los trastos inservibles. Y ahora contamos si no con el mejor, con uno de los mejores Institutos de Odontología de la América. No es esta vana jactancia. Es una verdad reconocida por cuanto entendido lo ha visitado.

La sociedad de Concepción, encabezada por sus más distinguidas damas, hizo cuanto pudo por allegar fondos en favor de la Universidad. Algunas colonias extranjeras, principalmente la italiana y la española, cooperaron con entusiasmo en esa labor. El gobierno le acordó una pequeña subvención.

Pero todo esto no era suficiente. Sin el invento de las «donaciones con sorteo», de donde salió después la lotería, la Universidad no habría podido mantenerse ni crecer. A la fecha ella forma una creación magnífica cuya solidez se afirma cada día. La constituyen principalmente siete Escuelas, ocho Institutos y una Biblioteca Central con 20,000 volúmenes. Sin necesidad de haber organizado departamentos especiales, la administración general cuida de la Extensión Cultural, que ofrece a la ciudad los mejores conferenciantes que puede, y atiende a la publicación de ATENEA, revista, cuyo renombre de ser una de las mejores de habla castellana, es proclamado dentro del país, y, fuera, en los círculos doctos del mundo occidental. De los ciento y tantos alumnos de 1919 hemos pasado a 830 en el año actual. La paupérrima universidad de entonces posee en estos momentos trece millones de pesos en bonos, más o menos diez millones en propiedades raíces y edificios, y tres millones y medio en instalaciones y mobiliarios, lo que hace un total de bienes existentes de veintiséis millones y medio de pesos. O sea: la universidad ha vivido durante diecisiete años y ha economizado en los últimos catorce la suma recién indicada.

Pero, ¿cuál es el alma de este cuerpo cuyos contornos acabo de indicar?

Formar jóvenes amantes del saber y de la verdad, con eficien-

cia y honradez profesional, conscientes de sus deberes cívicos, y que tengan en su voluntad todos los resortes de un carácter disciplinado.

No siempre se consigue a la perfección este dechado de cualidades en cada uno de nuestros muchachos. Ninguna universidad del mundo lo consigue tampoco por completo. Ni la familia mejor organizada ni los padres más ejemplares suelen dejar de tener entre sus hijos alguna oveja negra.

Pero queda indicado un ideal universitario para cuya realización se trata de mantener un medio espiritual propicio. A ello contribuyen las investigaciones científicas, las bibliotecas, los deportes, y, en general, todas las actividades de las escuelas e institutos.

Persigue también como objetivo propio nuestra institución servir a la sociedad para ayudarla a resolver sus problemas económicos y satisfacer sus anhelos de cultura. El Directorio no escatima esfuerzos en este sentido. Es Mecenazgo de las bellas artes hasta donde sus recursos se lo permiten, subvenciona escuelas populares, fomenta la educación física y mira con sumo interés las necesidades del progreso agrícola e industrial de la colectividad.

Pero el Directorio tiene que ir postergando con pesar, por falta de numerario, la ejecución de numerosos proyectos, la satisfacción de muchas necesidades, presentadas por diversos sectores sociales o por los propios jefes de departamentos, y cuya importancia no puede desconocer.

Se prosigue con empeño la edificación y urbanización del hermoso barrio universitario. Se ha organizado de una manera eficiente el bienestar estudiantil; pero, entre las cosas que faltan, aún no ha sido posible levantar buenas habitaciones para estudiantes a fin de que muchos de nuestros muchachos vivan en condiciones adecuadas de higiene y de confort, y lo que puede hacer además que esta universidad se convierta en un centro de atracción continental.

La Lotería, principal fuente de entradas de la Universidad, goza con justicia del favor del público, gracias a la honradez intachable y al acierto con que ha sido manejada, bajo la tuición del Directorio, por su competente y honorable gerente señor Desiderio González. Pero parte sólo de sus utilidades benefician a la Universidad. El resto de su codiciado riego va a fertilizar otros campos. En el año actual, las utilidades serán más o menos de nueve millones de los cuales corresponderá aproximadamente la mitad a la Universidad.

Como no es fácil que la Lotería, por razones referentes a la capacidad del mercado nacional, aumente su rendimiento, la Universidad va a llegar pronto a un tope en los recursos de que dispone y se va a encontrar amenazada nada menos que de estagnación en sus progresos.

Si este es un peligro podemos ver cuánto mayor sería el otro de que se cambiara la sede de la Lotería o se modificara la distribución de sus ganancias en forma desfavorable para la Universidad.

S. E. el Presidente de la República ha prometido en ocasión solemne que la situación actual no se alterará y por el momento no se divisa peligro alguno; pero si cualquiera amenaza se cerniera en el porvenir contra estas instituciones tan vitales para nuestra ciudad, los que trabajamos en el instituto universitario estamos seguros de que Concepción entera sabrá defenderlas con el valor cívico demostrado ya en horas memorables, en la convicción, además, de que defendía no sólo sus intereses sino también los del progreso espiritual de la República.

Jamás me habría imaginado, señoras, señoritas, señores y amigos, que con motivo de mi retiro de la enseñanza del Estado pudiera ser objeto del altísimo honor que significa para mí esta magnífica manifestación.

Me he acordado más de una vez en estos días del sabio Solón para completar con un nuevo ejemplo una respuesta que él diera. Vosotros no ignoráis que en cierta ocasión, Cresos, el opu-

lento rey de Lidia, mostró al gran ateniense sus inmensos tesoros. Gesto de vanidad, de busca de adulación. Como Solón ante tanta riqueza material permaneciese silencioso, Creso, no poco desconcertado, exclamó: «¿Qué, no me encontráis acaso el más feliz de los hombres?». —«De la felicidad de un hombre, contestó tranquilamente el sabio, nada cabe decir hasta el finalizar de su vida». Y puso dos ejemplos de hombres que él^o tuviera por felices. A estos quisiera agregar ahora mi sentimiento de que puede considerarse también entre los más felices de los mortales el modesto profesor que al término de su carrera recibe la aprobación, en este caso a la vez bondadosa y brillante, de sus amigos y de la sociedad en que ha tenido la suerte de actuar.

He sido en verdad un sembrador afortunado. Al lado del succulento grano, fruto de la semilla arrojada, han brotado con profusión las hermosas flores de la gratitud que vosotros me ofrecéis. Pero medio embriagado por ellas, transido de imborrable emoción, comprendo que no me corresponden a mí solo. Muchos nombres de compañeros y eminentes colaboradores pugnan por salir de mi corazón a mis labios. Tomo brazadas de estas flores que me brindáis y las ofrezco a mi turno a mis amigos del Liceo, a mis amigos del Directorio y del Consejo Universitario, a todos los cooperadores en favor de la Universidad, a mis colaboradores del profesorado y de las oficinas administrativas, a los estudiantes, porque ellos han puesto también las inquietudes de sus vigiliadas para alcanzar la cosecha que en gran parte ocasiona esta espléndida fiesta.

De todas maneras siento mi espíritu enriquecido con el don de un mayor prestigio que me traen vuestras palabras y vuestra adhesión. Pero no haré de él un motivo de vanagloria ni me encerraré como un avaro a gozarlo escondido. Lo tomo como un sagrado depósito que me haceis y por mi parte entiendo que debo ponerlo al servicio de la Universidad y de la gran obra de cultura que de ella irradia.

Enrique Molina

Palabras de despedida a los alumnos del Liceo de Concepción



HABEIS creído necesario, mis queridos jóvenes, ofrecerme con motivo de mi retiro de la enseñanza fiscal esta hermosa manifestación de despedida, en que se han congregado con brillo las más variadas formas del arte, y a cuya realización han contribuído también con bien escogidos números los Liceos Carmela R. de Espinoza», «Gabriela Mistral» y «Eloísa Urrutia».

Subo al proscenio de este teatro como quien asciende al ara de un templo en acción de gracias a los espíritus que lo pueblan, los de vosotros niños generosamente inspirados y los de vuestros gentiles colaboradores y colaboradoras. Siento mi alma como esponjada por la gratitud y el afecto al ser despedido bajo el signo del cariño. Agradezco particularmente al aventajado e inteligente alumno don Medardo Espejo sus hermosas palabras de ofrecimiento y al inspirado espíritu de José Pantoja su bella poesía.

Desde luego puedo deciros que mi trabajo en el liceo fué casi todos los días liviano y grato, porque siempre traté de hacerlo bajo ese mismo signo del cariño que ha sido nuestro numen en estos momentos.

Y al apreciar el sentido de este acto que me ofrecéis veo que habéis comprendido cuál fué mi orientación, hallando algún valor en mi manera de ser para con vosotros.

La tarea de un profesor y sus discípulos es como una andanza a lo largo de un camino de perfección. Unos y otros trabajan, pero el maestro tiene más de conductor y los alumnos dan a la jornada la alegría de los pájaros nuevos en las avenidas de un bosque. En esta marcha que se renueva en cada generación, hay algo de los viajes a la luna de los soñadores. Algo solamente. Los soñadores divisan el objeto de su sueño, pero no llegan a él nunca. A la perfección que buscan maestro y discípulos es posible acercarse. Por esto, reconociendo la imperfección humana, ya significa un gran bien un espíritu empapado en la blancura de la buena voluntad.

Sin embargo, no goza la buena voluntad de los mayores prestigios entre los hombres. Estos estiman sobre todo la inteligencia. Y en parte tienen razón. Constituye ella una prenda de superioridad. Pero la inteligencia sin carácter, sin los sentimientos morales que aseguran el equilibrio y una línea de rectitud a la personalidad, es fuego fatuo, es vanidad perturbadora, es antorcha que incendia y no luz que ilumina.

Mayor peligro aun podemos anotar cuando se toma por inteligencia la simple viveza, el despejo verbal o verboso, falsa manera de valorizar las facultades humanas que tal vez constituyen un defecto racial indoamericano. Pero calidad racial no quiere decir destino ineluctable e irremediable. ¿Verá el educador en las mentirillas, en las raterías, en la pereza, en los vicios del carácter o en la falta de carácter, que se cubren bajo el manto de una viveza desaprensiva, en los desórdenes que maduran a la sombra del anonimato colectivo, nada más que pequeñas malezas inevitables del jardín que se le ha encargado cultivar? ¿Se resignará a convivir con ellas como con parásitos o enfermedades incurables? Me parece que no. A las plantas hay que librarlas de las malezas que las amagan para que puedan ofrecer las flores y frutos que de ellas se esperan. Labor interminable. El jardín nunca se limpia de una vez para siempre. Por esto se ha dicho quizás que el espíritu es acción continua. El educador depura hasta don-

de alcanza la arcilla animada que recibe, arcilla animada de muchachos a quienes estimula para que en su ascensión de perfeccionamiento saquen fuerzas de sí mismos, a fin de ir entregando cada vez individuos mejores a la sociedad que, en forma de Estado y condicionada por la tradición nacional, es la patria.

Constituyen ejecutorias de pechos jóvenes ser espontáneo y sincero, pero no conviene malgastar estas bellas cualidades estrellándolas contra asuntos pequeños o susceptibilidades personales.

Para las pruebas de la vida, que nunca faltan, no se conocen mejores sostenes de la voluntad, sabedora ya de sus responsabilidades, que los buenos hábitos, los buenos libros y los afectos.

El hombre es un animal de hábitos. En la formación de ellos se realiza hasta cierto punto el mito de Platón de que cada alma elige su destino. Los malos hábitos son tiranos que nos subyugan y encadenan hasta aniquilarnos. Los buenos, en cambio, forman una legión secreta de infatigables auxiliares. Distribuídos a lo largo de nuestros nervios y en guarniciones en los principales centros del organismo nos conducen y nos salvan silenciosamente con la seguridad del instinto.

¿Qué no se ha dicho de los libros? De que sean buenos o malos, adecuados a la edad, temperamento y circunstancias del lector, puede depender el porvenir de un joven. No importa tanto leer mucho como leer bien y pensar mucho. El bagaje de una amplia ilustración es conveniente para ejercitar sobre bases sólidas las facultades del pensamiento. En el campo de la especialización científica esa ilustración debe llegar hasta las más recientes informaciones, pero, fuera de semejante limitado recinto, no es posible pretender saberlo todo. En lo vasto de la existencia en general, donde hay que hacer uso del arte de vivir, que es difícil, las cosas más importantes son el buen criterio y la rectitud del ánimo. Pensar bien y ser justo, la claridad de juicio y la ecuanimidad del corazón, constituyen virtudes que se dan la mano y

ante las cuales hay que deponerlo todo. No son siempre virtudes fáciles de practicar. Exigen a veces el sacrificio de los fuegos artificiales del ingenio; otras obligan a suspender una opinión precipitada, y declaran aún bastardo e indeseable, el progreso que se quiere imponer atropellándolas.

La ternura de una madre y de un padre, la sana camaradería de hermanos y amigos, las cordiales relaciones de profesores y discípulos, el amor de una mujer figuran entre los más ricos tesoros que nos puede brindar la existencia. ¡Qué suerte es vivir con el alma encendida por la llama interior de tales amores! Ellos completan los ideales superiores que podamos perseguir y aumentan nuestras energías para luchar por éstos. Pero así como un vino generoso no se puede saborear sino en una digna copa, los grandes afectos reclaman del alma que esté, como una copa de fino cristal, limpia y pura para recibirlos, para ser capaz de apreciarlos y gozarlos. Mas puede a la inversa suceder también que sea el calor de un gran sentimiento el que venga a depurar el cristal del alma.

Mis años del Liceo son un pasado de hoy, son un pasado presente. La fragua del tiempo consumirá con rapidez los recuerdos de contrariedades ocurridas, pequeñas contrariedades, y en la pantalla de mi conciencia van a desfilan tan sólo las imágenes de lo mucho bueno y grato que debo a estas aulas. El camino hacia ellas será para mí en todo momento blando, nada más que ecos agradables me saldrán aquí al encuentro, y el lazo que me continúa uniendo a mis amigos del profesorado y a vosotros, queridos jóvenes, hace menos penosa la nostalgia de mi alejamiento. Conozco vuestras inquietudes y esperanzas. Compartiré vuestros triunfos y sufriré con vuestros fracasos. Así como hay gabinetes con ministros sin cartera, espero tener el honor de ser para vosotros una especie de profesor sin cátedra; vale decir, un profesor que, prescindiendo de las obligaciones precisas del cargo, se reserva el magisterio de servir como un buen amigo.

Aun con aquéllos de vosotros que desparrame la vida por

rutas lejanas, ese lazo de unión, aunque invisible, no será por esto menos efectivo. Nuestras almas, las de todos nosotros, no necesitan darse citas determinadas para encontrarse en el porvenir. Siguiendo las trayectorias que hemos buscado siempre, se congregarán por sí solas donde haya una verdad que proclamar, una belleza que admirar, una injusticia que combatir, un bien que hacer.

SEÑALES

Los cuarenta días de Musa Dagh

□ Zeitum es una ciudad armenia, célebre por las matanzas que los turcos hicieron en la población. Fueron dos mortandades espantosas, inmotivadas, y que se llevaron entre una y otra veinticinco años de espacio. En 1895 tuvo lugar la primera. Al cabo de dos décadas, cuando los pretextos buscados por los turcos no daban resultado, puesto que los armenios aceptaban cuanto les pedían sus señores, se decidió por un motivo inventado que era necesario arrasar con Zeitum otra vez. Los armenios resistieron heroicamente y lucharon hasta producir en los turcos considerables pérdidas. Musa Dagh son unos montes que sirvieron de refugio a los fugitivos y por los que pasaron caravanas enteras, entre penalidades sin cuento, sufriendo de hambre y de sed, hasta dejar laderas y crestas llenas de cadáveres. Los cuarenta días de Musa Dagh han dado a Franz Werfel motivo para un libro que, después de prohibido por Hitler en Alemania, está siendo en este momento el «best-seller» de los Estados Unidos e Inglaterra.

La historia de los Cuarenta días de Musa Dagh no se limita a ese poderosamente humano núcleo, en el que se narran las persecuciones, los hechos terribles, las heroicidades y los medios de defensa, centrados en torno a un personaje que trata de reunir todos los esfuerzos para salvar a su raza. Es también un trozo histórico de la más alta enseñanza. Una de las figuras principales del libro es Enver-Pachá. El lector recordará a este

general que fué primero el jefe de los jóvenes turcos y después el amo y señor de la Sublime Puerta, con sus manejos cerca del Sultán puesto por él en el trono. Enver-Pachá es un tipo lleno de interés. Para memoranda conviene trazar a grandes rasgos su biografía. Enver-Pachá era un ambicioso sin límites, un hombre activo sin barreras y un valiente. A la vez, un hombre de crueldad inveterada y de transiciones ideológicas, siempre acompañadas por lo activo, pero movidas por las circunstancias y las conveniencias de su dominación. Era de rostro sumamente atrayente, pero pequeño de talla. Para consolarse de este tamaño, tenía en su oficina su propio retrato de cuerpo entero, y a ambos lados, imágenes de Napoleón y de Federico el Grande, que no le aventajaban en altura corporal. Fué el más influyente político y militar de su país y el que más fuerza hizo para que entrara en la Guerra Europea a la vera de los Imperios Centrales. Su animosidad contra los armenios era terrible. El fué quien tomó todos los pretextos que a mano le vinieron para precipitarse sobre Zeitum y para obligar las largas peregrinaciones mortíferas que se narran en el libro de Werfel. Después de combatir en la Gran Guerra, vivió en Alemania, al firmarse la paz y, entrando en tratos con los bolcheviques, se puso al servicio de ellos creando bajo su férula la república soviética del Daghestán. Pero como al cabo de un tiempo viera que la influencia comunista fuese superior a la suya propia, se puso frente a los Soviets y guerreó contra ellos, hasta que fué derrotado y muerto por las tropas rojas.

De un gran interés inmanente son las conversaciones que tiene Enver Pachá con un influyente alemán que por aquellos días andaba (alianza de tropas en Oriente) cerca del Estado Mayor turco. Cuando este alemán le reprocha su animadversión para con una raza, los armenios, Enver Pachá siempre encuentra un motivo, una respuesta para justificar o al menos excusar su enemistad contra aquéllos. El alemán, sonsacado por las preguntas capciosas del general turco (esto acontecía en 1916)

afirma en una ocasión: «Si en mi patria, algún día, (cosa imposible) hubiera una persecución contra una minoría, como los judíos o polacos, inmediatamente dejaría yo de considerarme alemán. Pero esto no ocurrirá».

La parte histórica se complementa con el trazo de caracteres que Franz Werfel establece en su libro y con la cautivante e interesantísima sucesión de hechos que nos llaman la atención poderosamente, viendo qué tragedia se desarrolló en aquellas zonas por una persecución de odios raciales. Libro este tan magnífico en la presentación de la tragedia, tan intencionado en su propósito de unión humana y de fraternidad, tan sangriento y profundo como novela y como historia, tan centrado en su exposición, sencillo, antideclamatorio, de larga trascendencia y de adelanto humano sin pretensiones sociales antiliterarias, que una vez leído, no se olvidará. «The Forty days of Musa Dagh», es uno de los mejores libros del último lustro, en el mundo entero.

Astapovo

□ Veinticinco años se cumplen en este mes de noviembre, desde la muerte de Tolstoy. Una pequeña estación rusa, desconocida hasta entonces para casi todo el mundo, acogió al enfermo, que se sentía morir. Hondas tragedias familiares habían ceñido al gran escritor en días muy cercanos a aquel viaje. No pudiendo seguir adelante en su camino, se guareció en la estacioncilla de Astapovo y allí murió.

Hace un par de años, la «Nouvelle Revue Francaise» publicó un largo conjunto documental, en el que se reproducían todas las incidencias desde la llegada de Tolstoy a la estación de Astapovo, hasta la muerte. Cartas del jefe de estación a la familia, telegramas al gobierno, respuestas, vigilancia, intervención administrativa, todo está reproducido en ese documento lleno de interés. Mientras se moría el gran ruso, Rusia entera cruzaba en hilos telegráficos disposiciones para el caso ya ine-

vitabile del deceso. Es de una emoción intensa y rara, esta reunión de documentos oficiales, que se completa con el primitivista estilo del «diario» del jefe de estación, que se vió con los ojos del mundo entero clavados en su pequeña mansioncilla apartada, y con las últimas palabras de un genio escuchadas por él, que jamás había soñado con verle.

Coincidiendo con esta conmemoración, Francois Porché, el biógrafo de Verlaine, ofrece un «Retrato de Tolstoy» cuyas mejores y más intensas páginas son las dedicadas a los postremos días de vida del autor de «Anna Karenina». Tolstoy huye del infierno matrimonial, insoportable ya para él. Para Porché, la imagen de un filósofo que escapa de un género de vida con el que no está conforme, carece de fundamento real y es sólo una creación más o menos literaria de los comentaristas. Realmente, se antoja razonable esta apreciación, ya que al cabo de tantos años de vida conyugal y después de tan intensas relaciones, es tarde para tomar una decisión motivada por un desacuerdo de la teoría con la vida. Es menester analizar todos los fundamentos. No echar la culpa del todo, por razones o motivos de simpatía intelectual o admiración al marido, no echar toda la culpa a la condesa Tolstoy. La fuga de este anciano es de tal dramatismo, que es necesario hacer un esfuerzo para no condenar inmediatamente a la mujer de quien huía. «La historia de los últimos días de Tolstoy, escribe Francois Porché, no es la de una evasión fracasada, sino la de una fuga en compañía, incoherente, incierta, desde el principio, pero luego ceñida por el terror, por las fatigas del camino, por la noche glacial, hasta el escalofrío solemne de la pulmonía, que pondrá término al absurdo viaje».

A pesar de esto, la tragedia no tiene un solo costado. Porché se esfuerza en dar a conocer, tras intensos estudios y honda penetración en el asunto, cuáles fueron las dobles causas que produjeron la enemistad entre Tolstoy y su esposa. Y recuerda la falta inicial, a la que atribuye considerable importancia: la lectura que hizo Tolstoy de sus cuadernos íntimos, «cediendo al

prurito eslavo de la confesión», ante su novia. Esto produjo en Sonia una impresión que el autor de este «Retrato de Tolstoy» juzga inolvidable. Quizás no fué esto sólo, sino la agrupación de muchas más diferencias, que se acumularon al cabo de años, cuando ya la vejez y el decaimiento dominaba a León Tolstoy. La grandeza de este hombre y lo lamentable de su fin, no quitan al biógrafo contemporáneo la necesidad de analizar, razonable e imparcialmente, los motivos de esta huída, que echó tan profunda mancha sobre la familia del escritor. De esa fuga trágica que terminó en la estación de Astapovo, en noviembre de 1910.

Opiniones y manifiestos

□ En Francia. Los intelectuales manifiestan sus opiniones en relación con el conflicto italo-etíope, las sanciones y demás consecuencias de esta incidencia guerrera. Tres sectores, mejor dicho, dos sectores y tres manifiestos, uno de los cuales tiene como añadido o colofón un grupo de firmas... Pero pasemos a la exposición exacta.

□ El primero ha sido titulado por los diarios «Manifiesto de Personalidades Cristianas a propósito de la guerra de Etiopía». Dice, entre otras cosas: «En la actual confusión de los espíritus y ante la grave situación creada por el conflicto italo-etíope, es imposible para aquéllos que rehusan, todos a un tiempo oscurecer los principios de su conciencia y admitir la hipótesis de una nueva guerra europea, es imposible guardar silencio».

«La justicia debe ser respetada en todas sus exigencias. Ella misma nos pide oponernos a toda extensión del conflicto armado. Ni la necesidad de expansión, ni la obra civilizadora por cumplir, han dado jamás el derecho de apoderarse de los territorios de otro y de llevar a ellos la muerte... Es un deber venir en ayuda de los que sufren injusticias, pero nunca, la más estric-

ta moral política, ha pedido a un pueblo acudir para ello a medios que acarrearían su propia pérdida o una catástrofe universal... Si el sentido de lo justo y de lo humano no bastara aquí para conmover los corazones, al menos la consideración de este Occidente a quien tratan con tanta ligereza de ligar a una mala causa, debería temer el uso que otros violentos pueden hacer de esta misma doctrina de la desigualdad de las razas y de la insignificancia de romper y violar los compromisos internacionales...».

Firman este manifiesto, entre los primeros, el P. Bernaboth, director de la «Vida Intelectual», Paul Claudel, el editor Robert Correa, Francis James, el compositor Maurice Jaubert, el actor Louis Jouvet, Francois Mauriac, Jacques Maritain, L. Martin-Chauffier, André Therive, el canónigo Villien.

□ Un grupo de escritores, para asociarse a los que firman este documento por la justicia y la paz, dirigió una carta a los primeros firmantes, la cual decía así:

«Los escritores abajo firmantes, después de haber conocido el valeroso manifiesto aparecido el 18 de octubre en diferentes diarios, consideran oportuno pedirnos unir sus firmas a la de vuestros amigos. Estamos de acuerdo con vosotros en acentuar por encima de todo la mantención de la idea y la voluntad de justicia y aprobamos enteramente vuestras declaraciones a este respecto. Esta afirmación de la voluntad de justicia, nos parece de suprema importancia y se coloca ante nuestros ojos sobre toda otra consideración: André Gide, Julien Benda, André Chamson, Jean Cassou, Leolpoldo Chauveau, Jean Schlumberger, Claude Aveline, Roger Martin du Gard, Jean Guehenno, Henri de Montherlant.

□ Poco después aparece otro manifiesto, defendiendo a Italia y con un punto de vista de franca simpatía por esta nación. Algunos párrafos: «Se quiere lanzar a las naciones europeas contra Roma. No se titubea en tratar de culpable a Italia, en seña-

larla al mundo como el enemigo común, bajo pretexto de proteger en Africa la independencia de una amalgama de tribus incultas... Por la ofensa de una coalición monstruosa, los justos intereses de la comunidad occidental serían heridos, toda la civilización puesta en posición de vencida. La inteligencia, allí donde no ha abdicado su autoridad, rechaza ser cómplice de semejante catástrofe...».

Ataca después este manifiesto a Inglaterra y a la Liga de las Naciones. Entre las firmas, se hacen notar las siguientes: los académicos de la Francesa Maurice Donnay, Abel Hermant, Pierre de Nolhac, Henri Bordeaux, Louis Madelin, Georges Lecomte, Edouard Estaunié, Louis Bertrand, André Chaumeix, Abel Bonnard, André Bellessort y Claude Farrère. En su mayoría, ancianos o medianías. Luego vienen otras firmas que merecen alguna mayor consideración: Contantin-Weyer, León Daudet, Drieu la Rochelle, Thierry Maulnier (estos dos son lo más respetable de la joven intelectualidad fascista francesa) Bernard Fay, Robert Kemp, Charles Maurras, Jean Maxence, Maurice Martín du Gard, Charles Richet, Robert Barsillach y otros.

□ Un manifiesto contrario a este citado, afirmando que el grupo anterior no representa, por fortuna, a toda la intelectualidad francesa; defendiendo la Sociedad de Naciones y condenando la Guerra; comprendiendo de muy diferente modo la amistad entre Francia e Italia, ha sido firmado por unos trescientos intelectuales, entre los que figuran: Jules Romains, Luc Durtain, Louis Aragón, André Gide, Julien Benda, Paúl Poiret, Jean Effel, Romain Rolland, René Lalou, Charles Vildrac, Jean Prevost, Paul Langevin, «Alain», André Malraux, Louis Guilloux, Pierre Unic, Enmanuel Bove, Benjamín Cremieux, Vlaminck, Georges Auric, Elie Faure y Alexandre Arnoux.

Cinema

□ «El Hombre que sabía demasiado» tiene, además de un buen argumento y un buen desarrollo, la presencia de ese gran actor, desconcertante y profundo, Peter Lorre, que hizo de vampiro de Dusseldorf en la película «M» y que ahora se anuncia en una interpretación de la novela «Manos de Orlac». Lorre tiene una personalidad definida y cae dentro de una zona determinada de interpretaciones, pero su naturalidad, el poder de su expresión y la originalidad que emana de todo él, le constituyen en una de las figuras más promisoras de la pantalla.

□ A no ser que lo desperdicien, como están haciendo con aquel genial Disraeli, con aquel magnífico Voltaire, con el mediano «Calamidad con suerte», con George Arliss, a quien han metido en camisa de once varas para que encarne a Richelieu, en un film de mala muerte, folletinesco, barato, amoroso, de baja estofa, histórico, de poca lacha. Es cosa de lamentar sinceramente que un gran actor se preste a entrar en una obra tan cursi y a interpretar un papel que le viene como el de nodriza.

□ Divertido, liviano, bien hecho por Franchot Tone y esa mujer llena de vida y picardía, Una Merkel, es el film titulado «El cuarto 309». La trama, ingeniosa, pero no se le puede pedir más a una película que consigue distraernos durante un par de horas con combinaciones de buena ley. Una Merkel forma, con Glenda Farrell una pareja de primer orden en el género liviano que tan bien producen los hollywoodenses. Aunque esto no basta para perdonarles engendros como «Richelieu» y «She»...

□ «Misisipí» nos presenta a un tal Bing Crosby, una voz, sin nada más. Ni actor, ni persona, ni nada. Una voz que debía limitarse a los discos de gramófono. Y sobre todo, ya que sale, bueno sería que se dejara de cerrar los ojos al decir «I love you».

Este film lo salvan dos cosas. Un coro de negritos que hubiera uno estado oyendo toda la tarde (maravillosos niños, qué enseñanzas para el protagonista!) y la cara de Gail Patrick, una de las mejores mujeres de Hollywood y sus alrededores.

Fechas de Noviembre

□ Entre las últimas horas del día dos y las primeras del tres de noviembre de 1910., se vió por primera vez en Europa, el cometa Halley. La sensación fué famosa. Los astrónomos se volvieron locos de emoción y algunos de ellos anunciaron que la tierra, en unos cuantos días, debería pasar por la cola del dicho cometa, compuesto de una suerte de hidrocarburos que no permitirían la respiración humana. Pero otros advirtieron que esto era una chuscada. Otros, en fin, se quedaron en un término medio, asegurando que sólo una parte de la tierra pasaría por la cola del Halley y que, además, no habría peligro para las vidas de los coleados. El que señala no recuerda más que a la gente diciendo todas estas cosas a la vez, y a su niñera, llevándole a la azotea a deshora y enseñándole la *estrella de rabo*. Era preciosa la estrella y pasó sin hacer daño a nadie. Es poético pensar por donde andará ahora ese astro loco y desmesurado. Los que sientan el terror de Pascal ante «los espacios infinitos» que piensen en el divertido cometa dando coletazos de regocijo por esos ámbitos de Dios.

□ El 10 de noviembre de 1914, fué destruído, junto a la costa de las Islas Cocos, el crucero alemán «Emden», barco que dió que hacer a todas las escuadras aliadas más de lo que ellas se contaban. El «Emden» se lanzó a la guerra de corso y dotado de una ligereza envidiable y de una tripulación de prodigiosa energía y agilidad, encabezada por un comandante valentísimo, echó a pique a numerosos barcos enemigos y estuvo danzando por todos los mares, burlando cuanta persecución incansable

dirigían las flotas de la «Entente» contra él. Desmedrado y con las máquinas maltrechas, cansado de combatir y de jadear, fué hallado en un mal momento junto a las islas Cocos y hundido después de una lucha en la que la tripulación agotó los últimos recursos de su heroísmo y fortaleza.

□ El 9 de noviembre de 1917, el gobierno soviético ruso hizo proposiciones de paz a los Imperios Centrales. Los delegados quedaron en reunirse en Brest-Litowsk. En esta ocasión tuvo lugar el famoso cambio telefónico entre Trostki, delegado a la Conferencia y Lenín, que permaneció en Moscú. Como tuviera León Bronstein que asistir a una reunión imprescindible, en la que se ventilarían preliminares, al borde de una mesa servida, y como fuera exigido el «smoking» para concurrir, Trostki telefoneó a Lenín pidiendo instrucciones, porque le parecía indigno eso de vestir una prenda tan odiada por él y por el régimen nuevo. Lenín le contestó: «Si se trata de obtener la paz, vaya, aunque le obliguen a llevar enaguas».

□ El 12 de noviembre de 1920 tuvo lugar la primera reunión de la Sociedad de Naciones. Asistieron 42 delegados de otros tantos países y se trató de la admisión de 6 representaciones más. Presidió esta primera sesión el político francés León Bourgeois.
—JOAN DE SELVAS.

El mes artístico

Noviembre, mes consagrado a los Fieles Difuntos, nos ha devuelto, desde ese reino de las sombras, que viene a ser el recuerdo, a dos amigos vivos, un poeta y un intérprete; conmigo, su admirador, compondríamos la perfecta trinidad lírica.

I. ALFONSO HERNANDEZ CATA

El artista creador, es Alfonso Hernández Catá, cuyo temperamento no le permite ser otra cosa, aunque haya llegado hasta aquí como ministro diplomático. Eso, título y pretexto. Lo humano, lo evidente, el escritor.

Y lo es en todos los géneros, quien tan alto puso, en España, el tan difícil del cuento y la novela corta. Porque ha sido, también, novelista de más largo aliento, poeta, ensayista, simplemente cronista. Y ha sido conferenciante y hombre de teatro.

Yo no sentaría la vulgaridad de que en todo descue-lla; pero sí asevero, que pone en todo su sello de auténtico artífice, ese inconfundible sello, que no le es dado estampar sino a quienes lo recibieron por gracia

divina, ese intransferible y, por lo tanto, envidiable don. Es el pasaporte para circular por el mundo del arte. Y los más preclaros y los más célebres, al verlo en manos de alguien, recíbenle de igual a igual, por más insignificante y desconocido que parezca. En cambio su intimidad no lograría forzarla ninguna vanagloria, ni ninguna cotización convencional de mercado.

Es lo que muchos no han entendido, ni entenderán nunca. Esa francmasonería de los hombres de selección, tan contados, a pesar de todo, porque, ya lo dice el Evangelio: «Muchos son los llamados, pocos los escogidos». Y dice también: «Por sus obras les conoceréis». Pero no dice «les reconoceréis por el éxito de su obra».

¡Bienvenido, íntimamente, ese joven maestro de la literatura española, aquí donde ni han de sobrarle discípulos, ni ha de tener mucho que espigar en esta literatura, ni es español el sentir unánime, entre tan turbias y torpes influencias! La suya, castiza y clara, puede sernos provechosa porque, como todo artista legítimo, es un auténtico hombre, al cual nada de lo nuestro puede serle ajeno y que, seguramente, no ha de quedarse a las puertas del alma chilena.

II. BERTA SINGERMAN

La intérprete es esa Berta, encarnación, desde hace años, de la poesía dicha en alta voz ante un público y la que sin duda ha sabido hacerla llegar a mayores multitudes y a mayor número de multitudes. Por cor-

tesía hacia su sexo, debiera haberla cedido la primera el paso. Pero es inflexible el protocolo, en el reino del espíritu.

Ya he dicho, al ocuparme de su interpretación del «Cantar de los Cantares» de Salomón, cuánto me sugiere su misión. Porque se le ha confiado una, exelsa y delicada, y va cumpliéndola, por el mundo, de buena fe y con buena voluntad. Les serán tenidas en cuenta, cuando se haga el recuerdo de sus virtudes y sus desaciertos. Y todos quedaremos en deuda con ella, porque estamos en deuda con su ardiente inspiración, con el comunicativo ideal de belleza que ha logrado infundir a una época baja y fea, y más que fea y baja, desalentadoramente trivial. ¡Berta Singerman, sigue intercediendo por nosotros los proscritos, los poetas, ante el trono de todas las potestades y de todas las jerarquías!

III. EL SALON OFICIAL

Y ahora el salón anual de pintura y escultura, a cuya inauguración, que debiera ser una solemnidad, debieran asistir, y no asisten, las primeras autoridades, no porque las autoridades pudieran honrarle, sino porque debieran honrarse con él.

Yo no había vuelto a ver pintura chilena desde mi juventud, mis críticas de aquella época, y mi convivencia con maestros que lo eran, como Alfredo Valenzuela Puelma, Juan Francisco González, Pedro Lira,

Alfredo Helsby, Nicanor Plaza, Simón González, y algunos pocos más.

Mi primer contacto nuevo con la nueva pintura nacional, fué cuando la admirable exposición póstuma de Alfredo Valenzuela Llanos. Y, recién regresado al país, tras tan larga ausencia, me enorgullecí de la obra de ese artista, que yo no había sabido estimar como hombre, cuando nos conocimos, acaso porque profundas divergencias ideológicas nos separaban.

Muerto el hombre, no subsistía sino la obra ¡y cómo! sólida y sincera, honrado fruto de una vida honrada y cuya memoria merece honrarse mucho más que honorificarse.

Hay que conceder que el paso de aquella exposición privada a esta colectiva, es arduo y largo. Va mucho trecho, de la una, a la otra. Media entre ambas, no una diferencia de sensibilidad, sino de categoría de arte.

Con todo, este salón nacional, descuella por el aporte de los escultores. La Sección Escultura, está muy por encima de la de Pintura o ésta está muy por debajo de aquélla, tomadas en conjunto.

En detalle predominan los bustos de Lorenzo Domínguez, como predomina, en detalle, un retrato de Camilo Mori.

Esta obra me parece la más lograda. Me refiero al retrato de otro escultor, hecho, mitad en broma, mitad en serio, con algo de affiche, algo de figura de palo, y algo de funámbulo o, mejor, de tony de circo. Un ar

te burlón y apesarado, escéptico y gravemente cómico, pero con un dominio de la técnica, que seduce y lo coloca en su verdadera valorización.

Burchard, Julio Ortiz de Zárate, aquellos mis distantes compañeros de la Colonia Tolstoyana de nuestra juventud, a quienes no he logrado volver a ver aún, o he visto a uno, apenas, se destacan, con mucho, de la mayoría de los concursantes. Se trata de pintores, no de hombres dedicados a pintar, como podrían consagrar su actividad a cualquiera otra. Y se trata, no sólo de pintores más o menos hábiles en su oficio, sino de artistas, dedicados a cultivar el arte y a cultivar el espíritu.

En esa vasta asamblea de telas, en las cuales se ha invertido tanto tiempo, tantos colores, tantos afanes, pero tan poca eficacia y un interés tan poco desinteresado, no quiero señalar nombres. Algunos merecerían salvarse. Serían los contados justos que redimen esa Sodoma y Gomorra. Más vale, sin embargo, atenerse a una impresión sintética y, sin sentar cátedra, pero sin condenar tampoco en bloque y a fardo cerrado, decir, en último término, que el Salón Nacional, peor que malo, o que desigual, es mediocre, en su término medio. Uno que otro cuadro vale la pena de haber sido pintado y de que uno lo mire y admire; uno que otro, es la negación misma del arte. Pero si en el término medio, suele hallarse la verdad, según los filósofos y hasta la felicidad, según los moralistas, no así en funciones espirituales, donde reza, por el contrario, el

axioma evangélico: «Sé frío o sé caliente, porque si no fueras nada más que tibio, te vomitaría de mi boca».

«A t e n e a» me ha confiado un juicio. Y hubiese querido poder llenar estas atribuciones con los panegíricos más alentadores. Sin embargo, desalentar a quien tiene aliento y arrestos, es estimularle a veces. Y yo desearía que en esta mi pesimista impresión del salón de 1935, redundara en beneficio del de 1936 y que los pintores que me leen y se sienten injustamente maltratados, precisamente porque no trato de ellos, midieran todo el alcance de mi discreción y, si no la agradecen, por lo menos sepan apreciarla, y, sobre todo, beneficiarse, para lo futuro, de mi fraternal desencanto.

No, de cierto; no se trata de «trabajar», como tantos califican esa forma de la vagancia y el ocio, sino que se trata de hacer algo útil. Y en estos dominios, sólo es útil la belleza. Una cosa bella, es de una economía perfecta.

Hacer obra, no es embadurnar telas, ni amontonar barro. En tal sentido, un lienzo en blanco, o un poco de tierra, son más, porque son por lo menos una posibilidad y una promesa. Tampoco la vocación nos ha llamado a todos, y el sentido de la vida es hallarse y hallar su verdadero aprovechamiento. Hacer arte, por hacer arte, nunca será hacer arte.

D'HALMAR.

LOS LIBROS

LA DECADENCIA DE LA HISTORIA EN CHILE. ANATOMÍA DE BARROS
ARANA, por *Alone*

Un tiempo la Historia dominó en el campo de la literatura chilena hasta ahogar todos los otros géneros. La poesía, la novela, el drama se veían raquíticos junto el frondoso árbol histórico, mejor dicho, se perdían en la selva opulenta y respetable formada por los eruditos y los investigadores del pasado. Esa vegetación documental se elevó a tanta altura que descolló en América y fué admirada desde Europa, como el signo clásico de la República de Chile. Eramos un país enamorado de sí mismo, que se examinaba al microscopio y no cesaba de pesarse, contarse y medirse. Se identificó esa actitud con el sentimiento patrio, con el valor de nuestros soldados y la honradez política, hecha de abnegación y pobreza voluntaria. Llegó a formar la carne de nuestra carne y los huesos de nuestros huesos.

De pronto, aquello cambió.

La planta histórica comenzó a palidecer y amarillear. Quedaban algunos gigantes antiguos en el terreno raleado, pero no nacían otros nuevos, mientras una abundante floración artística iba brotando, apresuradamente y el campo que los historiadores, graves personajes, ocuparon casi totalmente, se cubría de novelistas, cuentistas, poetas y ensayistas de todos tamaños, algunos tan considerables que desbordaron de la tierra natal y extendieron sus brazos al extranjero. ¿Notaremos que esta expresión

de lujo del espíritu coincidió con la riqueza material traída por la guerra, con el gusto por la suntuosidad decorativa en los edificios y los trajes, con la decadencia de la moral política y el desquiciamiento del orden antiguo? Por doloroso que resulte para quien ama la belleza y celebra su advenimiento, el paralelo se impone y no hay manera de evitarlo. Debe de haber ahí una relación oculta. Preferimos no desentrañarla...

Anotemos el hecho: la decadencia del género histórico en Chile.

Y veamos cómo se lo explica don Francisco A. Encina, el penetrante analizador de «Portales», y qué teorías audaces y agudas lanza a través de ese fenómeno innegable.

Junto con Spengler o después de Spengler—poco importa el caso—el señor Encina piensa que los países como las escuelas literarias nacen, crecen, tienen su infancia, su juventud, su madurez y su ancianidad, para debilitarse y morir, igual que los seres humanos.

En el accidente sobrevenido a la literatura histórica chilena, puntos al que reduciremos nuestra atención, después de apartar los elementos accesorios, concreta su examen a una figura particular, eminente y simbólica, y le atribuye tanta gloria en la grandeza como responsabilidad en el fatal empequeñecimiento subsiguiente. A juicio de don Francisco Encina, Barros Arana, su carácter, su origen racial, su potencia y sus límites, pueden darnos la clave o una clave importantísima del problema histórico en cuyo centro actúa. Y a fin de esclarecerlo, consagra todo un capítulo de su obra (1) a retratar al personaje.

Gran retrato.

Podrán discutírsele muchas condiciones al autor de «La Literatura Histórica Chilena y el Concepto Actual de la Historia», podrán reprochársele excesos de sutileza y atrevimiento

(1) La literatura histórica chilena y el concepto actual de la Historia —(Imp. Nascimento, 1935).

en la aplicación de sus teorías etnológicas y una creencia simplista, demasiado grande, en el influjo de las corrientes sanguíneas, a través de los siglos; nadie le negará de buena fe su percepción psicológica, la destreza con que desteje íntimos procesos intelectuales y morales y su maestría de hábil relojero para desmontar a nuestros ojos complejas maquinarias, revelándonos, pieza por pieza, resortes, engranajes, volantes, pesos y contrapesos, hasta tocar el pelillo invisible que retarda o acelera el movimiento y determina el ritmo general del aparato.

Para nosotros, esto, en Chile, es nuevo, raro y precioso y aun desde el simple punto de vista literario o novelesco debería bastar para llamar la atención hacia el señor Encina y atraerle abundancia de lectores.

Sus libros son ricos de ideas y siempre dejan algo.

Miremos su imagen de Barros Arana, nuestro historiador máximo, ya sentado en bronce a la diestra de la Biblioteca Nacional.

Tal como Chile, esa larga y angosta faja de hombre, sin gracia corporal, recibió un territorio árido; pedregoso, de montaña seca, pero su paciencia, su honradez, su buen sentido de administrador lograron arrancarle un rendimiento que no consiguieron individuos a quienes la naturaleza dotó con magnificencia ni países de tropical fecundidad. Fué un estudiante opaco y nunca tuvo viveza ni brillo de imaginación. Caminaba lentamente por donde otros corrían. Tuvo una característica central, una «facultad matriz», dominante hasta absorberlo: la sensatez, el buen sentido vasco. Todo equilibrio, término medio, nunca se excedía hacia ningún extremo. «El pensamiento de Cicerón— escribe el señor Encina, pág. 47—con que cerró el prólogo de su último libro, «Un Decenio de la Historia de Chile», en los originales está escrito sobre el dorso de la papeleta bancaria en que se le comunicaba el moderado saldo al haber de su cuenta corriente en ese día».

El retratista conoció de cerca al modelo, le ayudó en sus tra-

bajos y puede citar, para pintarlo, esos «pequeños hechos significativos» que iluminan la historia con la luz de la anécdota.

Nada recuerda en Don Diego la intuición fulgurante y disparada de Vicuña Mackenna, derrochador magnífico, desencadenado; tampoco la ironía lapidaria de don Crescente Errázuriz ni esa visión del ridículo que mostraba al prelado, entre sus contemporáneos, «un desfile de mentecatos, chiflados y locos»; su limitación lo ponía bajo una bóveda de acero, sólida y sin ventana.

Hermano del sentido común, el sentido moral, práctico inmediato, utilizable, guía el desarrollo de su pensamiento y lo conduce hacia un fin concreto, bien visible. No se concibe que alguna vez soñara. Tampoco pensaba directamente los hechos ni tenía dudas o inquietudes espirituales. El más allá, el destino, todos los delirios como todos los tormentos del alma quedaban fuera de la bóveda. Sabía que la vida era seria y que el trabajo constante en una obra útil por medios justos la dignificaba; pero nunca pareció preguntarse para qué servía todo aquéllo al fin de cuentas. Los documentos, examinados honradamente, le decían la verdad material de los hechos; los libros de sus filósofos, los enciclopedistas del siglo XVIII, con Voltaire a la cabeza, lo proveían suficientemente de ideas. Y nunca violentaba o interpretaba a su arbitrio los unos ni se salía de las normas trazadas por los otros. La historia suele ser indecente y frenética y entre los dioses hay toda clase de escándalos. Don Diego los reducía al tamaño de su criterio, de su buen sentido, de su honradez, recortando metódicamente las figuras hasta encuadrarlas en el marco que convenía a su concepto moral. Siendo el pasado una lección que el presente escucha «debe destacarse en ella—pág. 61— un grupo predominante de hombres intelectual y moralmente superiores, espejo de todas las virtudes cívicas y privadas; y como la realidad histórica, por desgracia, no los da hechos, el historiador tiene el deber de fabricarlos, sin mentir. Basta relegar al claroscuro las fallas. Una comparsa menor de réprobos

debe ser objeto de los juicios severos del historiador; pero sin faltar a la dignidad en la censura ni a la decencia en la narración de la conducta de los personajes. Don Ambrosio O'Higgins, Martínez de Rosas, don Bernardo O'Higgins, San Martín, Cienfuegos, Zenteno, Pinto, Bulnes, etc. le suministraron el material para la elaboración de los personajes ejemplares; el gobernador Meneses, San Bruno, García Carrasco, Carrera, Monteagudo, etc. se lo suministraron para la de los réprobos. En el medio quedaron flotando en el vacío los caracteres complejos, grandes o pequeños, que su falta de agudeza psicológica no podía clasificar: Portales, Manuel Rodríguez, Irisarri etc. Los hombres corrientes, Prieto, Tocornal etc. forman una masa poco diferenciada, y los midió teniendo siempre muy en cuenta su religiosidad y su concepto de la enseñanza. Con los que tuvo cuentas pendientes, Montt, Errázuriz Zañartu, Santa María y Balmaceda dejando a un lado a los pequeños, el juicio se tornó imposible. Pero a diferencia de Vicuña Mackenna, tuvo la cordura de no introducir sus desahogos en la historia». Jamás advirtió que así la historia se tornaba a menudo ininteligible. Dice el señor Encina —(quien, notémoslo de paso, hállese en el polo opuesto de Barros Arana y por lo mismo lo esculpe con tanto relieve)—que tuvo una vez la mala idea de observarle a don Diego cómo la disimulación de la tardanza mental de O'Higgins y la incapacidad política del general Pinto obscurecía los sucesos históricos de 1820 a 1830. ¡Nunca lo hiciera! Por primera vez salió de sus casillas el grande historiador y, tras un chaparrón cerrado, declaró desde lo más profundo de su alma:

—Si la historia no nos ofrece hombres modelos, es deber del historiador hacerlos. Son pocos los que buscan la inteligencia de la historia y muchos los que reciben las lecciones que ella da.

Habló ahí el intérprete de Chile viejo. Espíritu práctico, moralidad intransigente, limitación al área inmediatamente visible.

Y vigoroso había de ser en Barros Arana el imperativo moral

para que consiguiera refrenar el impulso de las pasiones personales; porque era hombre no sólo vehemente, sino violentísimo, fanático. En este aspecto de su carácter, el testimonio de don Francisco A. Encina adquiere valor de documento; porque no solamente conoció a don Diego y lo trató desde muy cerca, sino que lo admira en cuanto tiene de admirable y le rinde cumplida justicia. Hasta ahora nadie había dicho con tanta franqueza y tanta imparcialidad las verdaderas condiciones del historiador, el maestro y el hombre privado, a quien unos exaltan como amigos y partidarios incondicionales y otros han querido deprimir con la saña de los enemigos y combatientes políticos o religiosos. Por primera vez un biógrafo lo mira desde lo alto y lo abarca totalmente: «No conocemos—escribe, pág. 54—otro escritor « que haya luchado con más denuedo contra sus disposiciones « sentimentales. Cuando se le oía expresarse de las ideas y los « hombres odiados, parecía imposible que de su pluma pudiera « brotar otra cosa que los capítulos que escribió en el «Cuadro « Histórico de la Administración Montt». Reaccionaba, sin embargo, contra sus sentimientos con «una energía sencillamente admirable». Hay algo de ascético en esta virtud de la templanza histórica y una especie de serenidad mística realza la figura del que tanto luchó contra toda clase de misticismo. El tenía los suyos: el misticismo de la cultura, el misticismo de la enseñanza y el de la antirreligiosidad... Veía el mundo con los ojos de Voltaire, un Voltaire reducido pero de buena fe por la reducción misma. Creía que los frailes hacen daño, encarnaba en ellos la retrogradación hacia la ignorancia primitiva, hacia la noche de la Edad Media y siempre estaba rechazándolos como posibles y aun inminentes tiranos capaces de apagar las luces y oprimir las almas. Creía en los beneficios incondicionales de la libertad que hace progresar la cultura, saca a los pueblos de la superstición y los conduce hacia la dicha. El cientismo del siglo XIX tenía en él una de sus expresiones más cerradas, estrechas y caricaturescamente típicas y varias generaciones de estudiantes chilenos, llamados después

a la dirección política, bebieron ese licor fuerte y concentrado, hasta embriagarse. ¿De dónde provenía? «Los que conocieron « joven a Barros Arana—dice su biógrafo—coinciden en afirmar « que su volterianismo fué, primitivamente, el de Portales, con « menos gracia y sin el sentido humano que la ausencia de es- « píritu libresco le imprimió en el gran ministro. El fanatismo « antirreligioso habría sido la resultante secundaria de los ataques « de que lo hicieron blanco el fanatismo religioso y los prejui- « cios de la época. El aserto calza con su estructura mental y « con su temperamento. Pero habría que añadir que se convir- « tió en una segunda naturaleza. A lo menos, cuando lo conoci- « mos, hacia 1892, su sectarismo distaba mucho de revestir el « carácter de lo accidental y postizo». La semilla enciclopédica del siglo XVIII, ese fermento que hizo estallar la Revolución Francesa y cambió el panorama del mundo, comprimido y cultivado a la vez por el medio ambiente de Chile, explican, hasta donde admiten explicación tales fenómenos, la adoración de Barros Arana por la cultura intelectual de tipo laico y su odio a los creyentes católicos, reverso de aquella adoración. Si nos ponemos en su época y revivimos sus problemas, acaso no nos sintamos inclinados a condenarlo tan sin apelación como a primera vista queríamos, dentro de la época actual y frente a los problemas contemporáneos, que no existían entonces, como han desaparecido hoy día los de ese tiempo.

Leímos, años atrás, casi todos los volúmenes de la «Historia General de Chile» por don Diego Barros Arana y nos quedó la impresión de un grande espacio plano, sereno, parejo por donde pasaba una corriente poderosa e indistinta, que se imponía como una gran dignidad de la naturaleza. Ni una burbuja que brillara en la extensión inmensa, ni un árbol, ni la menor florecilla flotante; la monotonía sin término parecía destinada a causar un aburrimiento ilimitado. Y no era así. Aquello se leía, se dejaba leer sin esfuerzo, casi con una especie de austero agrado, como se oyen ciertas músicas religiosas en que las voces suben

y bajan a un compás uniforme, destinado a dejar libre el pensamiento para abrirlo a una contemplación ultraterrena. Pasar de los capítulos que sucedían a los capítulos y de los libros encadenados a los libros a las páginas saltonas, trepidantes, dinámicas y destartaladas de Vicuña Mackenna constituía un verdadero sufrimiento, una especie de violento y desagradable despertar.

Sin embargo, Vicuña Mackenna le sobra el talento; a don Diego le falta indiscutiblemente...

¿Qué misterio había?

Hemos pensado siempre que el principal personaje de toda obra, aun la más objetiva, lo constituye el propio autor y que ahí, no en otra parte, debe buscarse el secreto de su vida y de su muerte.

Don Diego constituía para nosotros un enigma.

El análisis de su temperamento que practica el señor Encina contribuye en gran parte a descifrarlo. Lo que atrae y retiene en el historiador de Chile es la honradez, la paciencia, el buen sentido, la moderación intelectual y moral; nos sentimos bien junto a ese hombre que, en su limitación, era bueno y veraz hasta el fondo. Don Diego ofrece el caso extraordinario de un escritor que se forjó casi en contra de la naturaleza, desafiando al destino que no le proporcionaba los elementos necesarios. Quiso ser escritor y lo fué. Al principio le faltaban ideas; el mundo no le mostraba sus relaciones ocultas, sus lazos generales y misteriosos. Aprendió a adaptar a su cerebro las ideas ajenas y se proveyó de un sistema tan claro como sencillo, aplicable a todos los casos. Después vió que le fallaba el estilo que le salía enredado y fatigoso, inferior al del más mediano periodista. Ejercitándose en traducciones del francés y haciendo ensayos continuos, tesoneros, logró una prosa, no elegante, ni pintoresca, ni amena, pero sencilla, mejor dicho, simple, desprovista de adornos, bien coordinada, sólida y, en resumidas cuentas, de buen gusto. Para lo demás, para la construcción del gran monumento a que consagraría su existencia, ahí estaban los papeles, las mon-

tañas de papeles impresos con toda la documentación chilena y americana. Una situación económica holgada, la falta de tentaciones vivas o la energía suficiente para resistirlas, su ambición canalizada estrechamente por un solo lado, hicieron el resto y, así, por obra y gracia de la santa paciencia, un hombre aparentemente hecho para la obscuridad mediocre se alzó hasta las cumbres de la fama y ha quedado como las mayores figuras del siglo en su patria, maestro escuchadísimo, de incalculable influencia y prócer histórico, digno del bronce.

Maravillosa lección, caso en que el gran valor moral se trasmuta en gran valor intelectual.

¿Deduciremos de aquí una humillación de los talentos espontáneos?

Bastante flexible de inteligencia para ver a un tiempo la tesis y la antítesis, el anverso brillante y el reverso opaco, don Francisco A. Encina, después de celebrar y reconocer, generosamente, el triunfo del historiador, o sea la rebeldía victoriosa de un hombre contra las visibles intenciones de la Naturaleza, vuelve el retrato al revés y nos muestra sus fallas, sus vacíos tristes. Dice, pág. 65, que esa larga batalla, esa lucha tenaz contra sus predisposiciones «acabó por forjar a macha martillo *un pensador sin ideas y un maestro de bellas letras privado de imaginación y sensibilidad para la percepción de la belleza; una especie de genio del sentido común canalizado hacia la historia*». Hay que ser cruel para ser exacto. Y completo. Barros Arana se divisa enorme en un aspecto. Su libro capital—pág. 68—«es un oasis «en la literatura histórica hispanoamericana, por lo general apasionada y declamatoria hasta tornar un verdadero martirio «su lectura». Deben tributársele toda clase de alabanzas por su dignidad, su solidez, su ponderación. Desgraciadamente, las conquistas de la pertinacia tienen un límite y don Diego se estrelló contra la incapacidad evocadora, contra su falta absoluta de percepción psicológica. Es gris. No sabe distinguir ni sintetizar; aspira a decirlo todo; no se traslada a las épocas pretéritas, por-

que ignora su alma. «En vez de asociarse a las preocupaciones, intereses y sentimientos del pasado y sentirlos artísticamente, «mata la vida en los hombres y en los sucesos—pág. 70—erigiéndose en juez y midiéndolos con una vara que ellos no conocieron «y que nosotros ya sólo vislumbramos entre nieblas: la del enciclopedismo del siglo XVIII. Las sombras se turban y en vez «de virar hacia el pasado y recobrar la colocación que en él tuvieron, se encaminan en tropel hacia el presente». Los personajes históricos no se diferencian unos de otros y acaban por formar una masa disuelta. No era artista. He ahí el pecado sin remisión. Todo puede forjarse a fuerza de paciencia, menos la pequeña llave que abre la puerta del mundo invisible. Quien no la ha recibido al nacer, perpetuamente se quedará golpeando. Nadie de adentro responde. La sensatez, la cordura, la decencia, el buen sentido razonable no sirven. Uno siente que algo falta en la historia de don Diego. El mismo parece, de cuando en cuando, percibirlo y se detiene, hace resúmenes, consideraciones generales. Nada. «Su insensibilidad artística—pág. 72—sólo hace paréntesis para dar cabida a la sequedad castellano-vasca. Todo «se redondea y achata: los inviernos pierden su crudeza; la vida «que renace con la primavera se hiela en las yemas; las tempestades se desvanecen antes de tocar la tierra; los arranques del «orgullo y del odio, los extravíos y las intuiciones geniales se «reducen a actos corrientes: O'Higgins, Carrera, San Martín, «Manuel Rodríguez, Monteagudo, Zenteno, Cochrane, Blanco, «Pinto, Portales, Prieto y Bulnes, tan enérgicamente individualizados, desfilan envueltos en una amplia capa de lugares «comunes...». El concepto moralizador de la historia por una parte, la incapacidad psicológica por otra se juntan para producir el mismo fracaso. El señor Encina, que se halla tan lejos de caer en los defectos de Barros Arana y a quien algunos reprochan ásperamente la falta de sus virtudes, acentúa al pintarlo la nota colorista y hace bien; porque era necesario para sacudir el ambiente y sacarnos del círculo de hierro trazado por el maestro.

Su Historia General, con toda su grandeza, es una historia muerta, un ordenado cementerio: «La acabamos de leer por tercera vez—pág. 67. Y en cada lectura se nos dibuja con mayor precisión la imagen de don Diego, informe y gigantesco esqueleto con gorra y zapatillas, inclinada sobre el hombro la cabeza que el cuello no alcanza a sostener, persiguiendo metódicamente, a través de un espeso matorral, la imagen del pasado». Había que decir esto no sólo para equilibrar los platillos, sino también para explicarse el ascenso y el descenso del género histórico en Chile.

La admiración momificó a don Diego; su obra momificó nuestra historia. Volvamos al concepto spengleriano: «La forma preliminar de que hablaba Barros Arana—pág. 42—o sea la que cuenta ordenadamente los resultados materiales de la investigación (el sistema documental, apegado a la letra que los chilenos practican)—germinó, creció, fructificó y se agostó. Pero en vez de convertirse en mantillo y nutrir la forma que debe superarla, se embalsamó, formó una costra dura, pétrea, que los brotes tiernos no pueden romper de adentro hacia afuera y que ninguna raicilla puede horadar de afuera hacia adentro». He ahí el mal que nos ha hecho don Diego o, mejor dicho, que nos han hecho los admiradores incondicionales de don Diego. La vida no puede brotar del cadáver petrificado. El documento, como el grano evangélico, tiene que morir y desaparecer para que la planta salga a luz y dé nuevos frutos y nuevas flores. Si el hijo no mata al padre, no es buen hijo y muere víctima del padre. Don Francisco Encina se resuelve a ser buen hijo de don Diego y lo culpa de la estagnación del género histórico en Chile, le hunde una y otra vez el puñal en el pecho para que nos deje vivir... Se han quejado algunos. ¿Cómo evitarlo? ¿Cómo, siquiera, sorprenderse? Por nuestra parte, aun reconociéndole a Barros Arana su gran deuda de gratitud, nos resignamos y sólo pondríamos por condición al señor Encina que no se detuviera en el asesinato y practicara, en seguida, el robo: ahora está más obligado que

nunca, para demostrarnos su tesis, a escribir la Historia de Chile y reemplazar la figura del historiador pretérito por otra figura.—
ALONE.

MARIANO LATORRE Y «ON PANTA»

Parece haber sido un fenómeno general de la literatura de postguerra el descenso de calidad e importancia del realismo y el auge formidable de la lírica puramente subjetiva e individualista; ha sido este un período de corta duración a pesar de todo, y la captación objetiva de los hombres y las cosas han terminado por imponerse. El artista con una intuición profunda de la vida adhiere a sus creaciones los hechos de su tiempo y los interpreta en su valor social; la realidad más que nunca brumosa y problemática llega a ser en cierto instante demasiado extensa y se escapa a una visión inconsciente y entonces es lógico que se prefiera derivar las inquietudes en una falsa literatura, carente de consistencia humana. Al fin, sólo un trastorno profundo de las circunstancias reales nos saca de la ficción y de lo artificioso para alojar de nuevo en el arte una vida llena de acción y complejidad, potente y renovada.

En Chile las cosas se muestran más claras que en otra parte en cuanto a este problema literario. Es innegable la existencia de un vasto y vigoroso movimiento poético a través de los últimos treinta años; varias generaciones han asimilado continuamente los escapes del individualismo internacional en decadencia con tanto acierto y exactitud que nuestra poesía se presenta hoy en América como una de las más avanzadas y auténticamente modernas, más cerca por lo tanto, de una posible forma definitiva del arte, patrimonio de una cultura del porvenir. Este auge de la poesía en Chile tiene indiscutiblemente origen en un hecho social. Ya lo ha dicho un crítico peruano en uno de sus libros. En el siglo XIX nuestra novela regionalista cantó a más y mejor, a voz en cuello, porque las circunstancias políticas se lo permiti-

tían. Era el tiempo de los gobiernos de la aristocracia criolla, paternalmente suaves y bonachones, de los Presidentes que iban a la parada del Parque y saborear la chicha y a rociar con cincos de plata la ingenuidad humilde de nuestro pueblo que se enterraba en la chuña. Entonces había pobreza, ¡sabe Dios por qué!, todos eran felices. Es la opinión uniforme de los viejos que rememoran hacia esos años. Tiempo ideal para una novela costumbrista que evita las complicaciones y las incidencias, que se aparta de todo lo ambiguo y que goza extrañablemente con la infantil intrascendencia de sus temas. Pero, llegaron los días en que había que ponerse serio. La política tornóse hostil y belicosa, las discusiones doctrinarias dejaron paso a la acción audaz y descarada de los diversos partidos políticos y hasta un dejo de rebelión popular asomó en determinados momentos. Viene una era de gobiernos de fuerza e intransigencia; se abandona todo escrúpulo democrático y se mantiene la autoridad de la decisión y de la testarudez, que en este caso vienen a ser más o menos lo mismo. Epoca ideal, como se puede ver, para que el «regionalismo realista» cierre apretadamente sus labios y hunda su gran ojo fotográfico en la obscuridad nocturna de las montañas. El realismo auténtico se silencia y la poesía es el camino de nuestros artistas, que derivan su visión exacta de la realidad por la sordina inofensiva del subjetivismo abstracto y quintaesenciado. Es lógico que a este fenómeno se agreguen algunas excepciones, escritores que afrontan balbucentes la intrincada mentalidad de nuestros hombres con sus vidas llenas de problemas y tragedias, de pasiones, que hacen crisis y se interiorizan callándose venenosamente y haciendo de ellos perfectos amargados. Pero por lo mismo que son excepciones precisas del estudio aparte y cuidadoso; ahora nos interesa, o mejor dicho nos preocupa aún más que ellos un novelista que más o menos ha seguido la evolución del regionalismo chileno, eso sí, separándolo de lugares comunes y orientándolo con el impulso de su indudable calidad técnica por rutas más nuevas y originales, más adeptas a un espíritu

moderno. Nos referimos a Mariano Latorre. Sería un error y una falta de honradez asegurar su completa realización artística en el sentido nuevo y contemporáneo que nos interesa. Mariano Latorre está en ruta; su último libro—*On Panta*—y sus proyectos futuros, lo presentan caminando con una justa visión de lo que debe ser la literatura regionalista; la expresión de su novela tiene el valor de un nuevo canto realista, gestándose después de un largo y total retraimiento; tiene el valor de la reivindicación de un género literario en medio de las mismas condiciones que provocaron su desprestigio. Los gobiernos de fuerzas se mantienen; hay un sentimiento latente de rebeldía y la liberación en los hombres de criterio honrado, las luchas sociales no amagan, por el contrario recrudecen, la economía se hunde aún más en su penosa bancarrota; en todas partes, en todos los países de Occidente persiste la desocupación y la miseria. Esta situación recibió los auges preliminares de un realismo que escapaba a su muerte y adquiriría otra vez beligerancia, que surgía de los términos de la crisis subjetivista husmeando límites más amplios y más sugestivos donde enmarcar su representación habitual de las cosas. Un neorrealismo esencialmente fotográfico, de cierta calidad, se manifiesta hoy en día en países como Estados Unidos e Inglaterra que no escaparon a la reacción lírica de postguerra. Pero es un neorrealismo falso, inconsistente, que nos deja insatisfechos y que tiene la virtud de interesarnos por otra literatura más fiel, más honrada y más humana. Mariano Latorre, a su vez, recrea la novela objetiva en Chile en términos parecidos, pero con una gran diferencia de fondo. Su actitud de hoy no es todavía la que corresponde a un artista de su naturaleza. Continúa evitando lo fundamental de nuestra existencia contemporánea, eludiendo los problemas vitales de sus personajes que son auténticamente del pueblo y salvando su producción con la admirable belleza de su fotografía paisajista. Pero, lo que lo diferencia de los ingleses, de los yanquis o de los alemanes pseudo-realistas es que mientras estos permanecerán estagnados en su ambigua posición actual.

Mariano Latorre tendrá que proseguir su marcha por la riqueza de nuestro ambiente, enfocando con sinceridad la vida de nuestros campesinos increíblemente explotados y humildes, despojándose de sus prejuicios que lo detiene en la psicología intranscendente y vaga de sus personajes, para enrostrar toda las complicaciones espirituales frondosas y entremezcladas del hombre de América. Y he dicho que «tendrá que seguir» con un sentido fatalista, porque el que baja hasta el enraizamiento autóctono de nuestro suelo con sus tradiciones y sus leyendas oleaginosas, espesas, inconscientes, ya no puede volver atrás; sigue y sigue su marcha encadenando sus pasos con un paralelismo inevitable y eterno de torrente salvaje.

Por otra parte, mi opinión sobre el aspecto futuro de la producción de M. Latorre, no es arbitraria y antojadiza; lo que él escribe ahora y lo que proyecta escribir después ratifican lo que ya he dicho.

On Panta—que comentaremos en particular más adelante—significa un esfuerzo suyo por ubicar lo humano en sus novelas; estilizar—en cuanto a esquematismo y síntesis—los paisajes para que no deslían los personajes, escondiendo caracteres y sentimiento en un segundo plano de menor importancia. Encontrar sus tipos y profundizar en ellos, bucearlos con exactitud y justeza, hacer labor de psicólogo y de artista, para hallar unidad y estructura en la vida. Y si en este aspecto On Panta no es un gran libro, no se debe a defectos del autor, sino a la escasa vitalidad de sus temas. Y no es que Mariano Latorre no encuentre temas de relieves y de emoción, sino que aun no se decide a tomarlos,—cosa perfectamente aplicable si se toma en cuenta su período de gestación, en una línea distinta de la que hasta ahora había seguido. Los tipos de una novela regionalista son del pueblo como los de M. Latorre; su búsqueda interpretativa lo llevará muchas veces hasta mentalidades revolucionarias—conciencia de clase—y seguramente no las evitará. En cualquier sentido que las capte, una corriente de emoción épica y humana

cruzará virilmente sus páginas y les aportará un nuevo interés y otro valor más grande.

Deteniendo la observación sobre «On Panta», la primera novela del último libro de Latorre, nos resalta antes que nada su creciente dominio técnico de la literatura, su facilidad admirable para determinar la arquitectura de sus cuentos. Mariano Latorre parece levantarse por sobre las llanuras y las montañas chilenas hurgueteando con rapidez e inquietud entre los elementos desparramados por la tierra olorosa, escogiendo sin vacilación y juntando uno a otro para extender su prosa como un río edificado. Uno al leerlo detiene la respiración de su espíritu y siente que las ideas se van quedando poco a poco en silencio, un murmullo va destilando goterones por las páginas, las letras se nos ocultan al interior y muy pronto es sólo un compás prolongado y cautivante lo que llega hasta nosotros. Cuando entonces, en este momento, surge la descripción maestra del paisaje como una larga ondulación en el libro, no evoca una representación objetiva de la naturaleza, como fuera lógico pensarlo, sino que se reemplaza en sí misma, se confunde en su ser y en su intención y en lugar de la fotografía del campo, de los cerros, de los bosques, o las malezas, no hallamos sino la fotografía de las propias palabras, es decir, la emoción y la sugerencia pura, el artista que ha mirado la naturaleza y ha expresado su espíritu, realizando una maravillosa síntesis subconsciente. Pero, al mismo tiempo encontramos la voluntad autocrítica de Latorre. El sabe muy bien, demás lo sabemos nosotros, que su solo dominio del lenguaje le permitiría llenar volúmenes a voluntad, no desprovisto de interés o de mérito; pero también sabe Latorre, que al seguir por este camino de expresión helada y exhibicionista, perdería su obra todo valor real y humano para convertirse en un recetario de «la buena escritura al más fácil costo». Y por esto M. Latorre, uno de los escritores honrados de nuestra literatura, desgaja un poco su prosa, estiliza sus descripciones y se lanza valerosamente hacia el «tipo» hacia el «personaje», hacia el hombre, tendencia

que lógicamente tendrá que acentuarse y conducirlo a la forma definitiva de su expresión literaria.

La figura del fantaseoso leonero de Chillehue, psicología sencilla, mentalidad sin complicaciones y fácil de captar, a pesar de esto, está delineada en la novela de Latorre con relativa perfección. Y es que el buceo intelectual atemoriza todavía a M. Latorre; un personaje como On Panta, al cual se toma en un solo aspecto de su mentalidad, su manía por los leones y su imaginación tensa en este sentido, no ofrece dificultades a un análisis abierto de sus emociones y sus sentimientos. Sin embargo, M. Latorre, en casi la totalidad de los casos, cuando quiere expresar una crisis subjetiva intensa del viejo campesino, no lo hace mirando directamente el hombre y su crepitación interior, sino por el contrario choca en la manifestación externa del individuo, sus gestos, el color de la piel que palidece, sus manos, etc. y se detiene aquí aguardando vacilante las palabras que a veces no salen y lo paralizan, en lugar de hundirse con audacia en el espíritu del viejo y arrancárselas destrozadas e incoherentes en su «diálogo» interior. Así cuando On Panta recibe la corneta de leonero en la cacería, de manos de un guaso diablo, después de trepidar indeciso por un largo rato, presentiendo la burla al mismo tiempo que sosteniendo la altivez de su amor propio halagado por el trance que semejaba una adulación, la mejor manera que encuentra M. Latorre de describir la crisis del viejo en esos momentos es hablando de «sus manos pecosas que entraban y salían en la curva recogida de su poncho.....», de «sus labios gruesos que jugaban entre sí, avanzando y retrocediendo como si mascase algo muy duro y desagradable que tuviese la obligación de tragar...». Y lo mismo sucede a través de casi todo el relato. «On Panta» pudo haberse escrito en un trozo de no más de cuatro páginas, a la manera de El Aguilucho el trozo simbolista que aparece a continuación. Desgraciadamente se habrían perdido muchas notas interesantes de Latorre que es un buen observador, ya sea sobre la malicia de los guasos o sobre el carácter

del subdelegado, o sobre los paisajes de la montaña que en realidad no se pueden apretar más en las descripciones.

Y ya voy a decir como pudo haberse hecho esto. M. Latorre, sea voluntaria o involuntariamente colocó en los finales de capítulos, sin excepción, cortas alusiones sobre la psicología del personaje que trataba, tendientes al parecer a dar mayor relieve y claridad a su problema. De tal manera, que separando estas frases del conjunto de la novela, aparece un cortísimo relato simbolista, muy sutil y un tanto desconexo claro está, pero que es la médula, el nervio de toda la narración. Ahora lo verán Uds.:

«... Ese león de prodigio, hecho de su sangre y de su carne, que una noche se escapó de su imaginación como de una caverna obscura iba por corrales y potreros en el crudo invierno serraniego semejante a un símbolo misterioso de venganza y de castigo...

«... el mito, como un zorro que sale de aventuras, trepaba bravíos peñascales, orillaba la verde humedad de las vegas y en ronda cautelosa se acercaba hasta las casas, la alerta pupila en llamas y pegado a la tierra el incansable hocico rapaz...

«... los mismos perros se habían fatigado en balde persiguiendo a un animal fantasma que se disolvía en las sombras de barrancos y cañadas...

«... El puma embalsamado a dos pasos de la puerta; el otro que (dentro del cerebro de On Panta) había adquirido una prodigiosa vida...

(Los perros destrozan el puma embalsamado)

... Sin quererlo cazó su puma On Panta... »

Es decir: On Panta, descendiente de audaces cazadores de leones, vive su fantástica aventura solo y reconcentrado en su hacienda de la montaña. Cree que existen leones en las cercanías, cuando éstos desaparecieron hace tiempo; su creencia se ha hecho manía y en tal forma la vive y la cultiva. Sin haber visto

nunca un león, se crea a uno personal y propio y un buen día lo hace saltar de su imaginación escapado hacia las sierras y barrancos. Desde entonces ya no vive tranquilo, su sola preocupación es el puma suelto que mata ovejas y deja huellas que nadie ve, pero que él está seguro de que existen. Organiza cacerías de zorros, que en buenas cuentas no son ni de zorros ni cacerías, para los guasos son fiestas y comilonas, para él, el viejo leonero, son peligrosas perseguidas que hace a su propio puma, el de su cerebro, que anda suelto haciendo barbaridades. Sus perros, los suyos, salen a cazar a su león por las montañas y por sus fantasías. Y es claro no le pueden dar caza. On Panta tiene en su hacienda un puma embalsamado que viene a ser la representación material, de aserrín y piedra, del otro, fantasma de viento y humo.

Una noche On Panta duerme intranquilo con su puma, haciendo estragos en su conciencia, cuando sus perros de pronto, inician una alharaca estruendosa. Muerden. Destrozan. Los colmillos en la noche clara como sables de agua, llueven sobre el cuero desteñado y moreno del puma embalsamado, lo trituran, lo despedazan y dejan el aserrín desparramado por el patio como en la pista vacía de un circo pobre. Lo que sucedió fué, que sus perros cazaron su león, su león fantasma de su leyenda y de su vida hecha leyenda, terminaron con el mito de su imaginación, cazaron el león que un buen día On Panta expulsó de su mente, que correteaba por los cerros y que en la noche dormía envuelto con el cuero de su abuelo embalsamado.

Cuando el mito se acaba, se avizora en el viejo una nueva conciencia purificada y normal. Su manía se aleja, se apaga y se alzará el campesino listo, astuto, apegado a lo real, a la costumbre, a lo que es como a su propia tierra.

La complicación intelectual de On Panta y aun el argumento del relato aparecen perfectamente casi en esos cortos finales de capítulos. No hay duda que la misma realización que Latorre alcanza, con este tema en la novela, la habría alcanzado

también con el símbolo más lírico y subjetivo, pero más fácil de abordar.

No se puede terminar un comentario de «On Panta» sin recordar algunas frases que demuestran la fineza subjetiva de Latorre al describir sus paisajes, así cuando dice:

«...cansadas las estrellas se iban disolviendo una a una, pero al mismo tiempo resonaban las cristalinas notas de las diucas en los matorrales. Era como si aquel plateado fulgor se hiciera trino para seguir viviendo durante el día...»

«...desde el cielo a la tierra, el aire era una sola onda sonora...».

«...y los mismos ranchos que parecen brotados de la tierra gris como los árboles y las hierbas, en tal forma se han coloreado con el matiz de la piedra y del terreno. Verdad es que el adobe de esos muros tiene de la greda del estero y de ella también la teja requemada que forma su techumbre...».

Nos muestra cómo alcanza la interpretación fina del paisaje, la interpretación del artista, ya no la representación del fotógrafo.

M. Latorre busca el hombre en su literatura última y terminará por hallarlo; interpreta la naturaleza y la recrea, es decir, está muy cerca de una forma literaria síntesis, real y humana al mismo tiempo que subjetiva y auténtica creación estética.

* * *

Los Salteadores de Chillehue, la última novela de libro, observada siempre del punto de vista que adoptamos desde el comienzo, es decir, situando a Latorre en el tránsito de una evolución, es el trozo más logrado y de mayor interés en el libro. Interés, porque evitando la somnolencia del costumbrismo muy repetido, se limita a trazar certeramente ciertas anotaciones realistas de un sentido tan actual que suena a innovación en nuestra literatura criolla. Si la novela mantuviera a lo largo de todo su desarrollo el tono sencillo, pleno de observación y entendimien-

to del principio, podría haber alcanzado una arquitectura irreprochable. Desgraciadamente, la anécdota casi vulgar, excesivamente manoseada de los salteadores chilenos, con su obscura predestinación a la «venganza» y a la «justicia» de los campesinos, lo desbarata todo o casi todo. Esta trama de bandidos legendarios, de romántica astucia, que en buenas cuentas vienen a ser el látigo de la impotencia del campo chileno, se encuentran profusamente fabricados hasta en nuestros literatos de quinto orden. Es bueno convencerse que los bandidos chilenos no son ningunos vengadores ni encierran ningún sentido de redención para las gentes del campo; y si lo llegaran a ser habría que, por todos los medios a nuestro alcance, romper esa tradición equívoca, de engaño y miopía social; decirle al pueblo que no va a obtener su redención ni su bienestar esperando los golpes quincenales de un puñado de salteadores egoístas y ambiciosos, fácil blanco de carabinas recortadas, sino mediante su propio esfuerzo organizativo y la realización de su voluntad. Una cosa favorable, en extremo favorable, de todo esto de los bandidos, fué situar al jefe de ellos en la persona del Maestro Hilario, el único zapatero de la aldea. Figura del Zapatero chileno, con sus típicos contornos, con su personalidad acendrada y firme, única entre nuestros proletarios del tiempo viejo. En este zapatero de frente amplia, de cuerpo vigoroso y mirada brillante, capaz de hacer versos y cometer las bellaquerías más infames, comprensivo y astuto, más malicioso y con más ingenio que cualquier otro chileno, sí se pueden albergar inconscientes deseos de venganza y de justicia colectiva, por algo su martillito fosforescente y peligroso va edificando en el trascurso del tiempo el simple acto de hundir clavos, enterrar, enraizar en un amplio signo de firmeza, al mismo tiempo que balancea su melena—un segundo delantal que le cuelga de la nuca—producto a veces de una pretensión romántica o sencillamente de falta de plata para poderla cuando lo necesita. El zapatero, es un fogonazo casi inadvertido en la novela de Latorre; si no fuera por su honda capacidad de reminiscencias

que para todos nosotros posee, pasaría desleída e inencontrable en los Salteadores de Chillehue la figura de este auténtico personaje de la novela picaresca o de otro nombre, siempre la misma, que en nuestra literatura está por hacer. Y es preciso nuevamente insistir en lo dicho al comienzo de este corto comentario: esta novela de Latorre, prescindiendo de la anécdota que no agrega nada nuevo ni original, siguiendo esa alusión realista tan actual e interesante que se desprende en la charla de Urrutia el descubridor de filones, criollo yanqui, que a pesar de todo habla con tanta lógica del imperialismo y su lenta apropiación de nuestras riquezas, en la del comandante del retén o del Ñato, su asistente, por esta línea habría constituido lo que esperábamos al leer las primeras páginas; uno de los tantos aspectos de nuestra tierra captado y llevado a la novela sin el subterfugio de una trama más o menos cautivante que quita espontaneidad y fluidez a la expresión, sino valiendo por sí propio, por su significado de actualidad y regionalismo, valor independiente en esta clase de literatura.

La palabra actual tan profusamente empleada en nuestro comentario puede ser considerada como de un sentido impreciso y quizás si arbitrario en mi afán de caracterizar lo más perfectamente que se puede la última obra de M. Latorre. Sin embargo, no es así. Cualquiera que haya leído los Salteadores de Chillehue se podrá dar cuenta por qué hablo de actualidad, refiriéndome a esta novela. Hay por ejemplo ciertas frases de Urrutia, el descubridor de minas, que pueden ayudarnos a esclarecer el asunto:

«...¿Cómo está don Eleuterio?, le presento a mi amigo don Mariano Latorre que viene a conocer esta tierra de Chillehue, famosa por el oro y los Salteadores...».

«...Para mí los pacos tienen miedo. La pesquisa debiera entregarse a los carabineros. Yo encuentro muy bien la idea de Ibáñez de cambiar los pacos por carabineros, ¿no le parece don Juan?»

Y la respuesta del comandante: esos sí que tienen buen asado.

no hacen pesquisas... Es policía para países ricos, don Lucho...».

Estas alusiones completamente reales metidas en la ficción y en la aventura, en la novela con sus descripciones líricas y con la expresión de los personajes en un puro tono subjetivo, hacen la nota de actualidad de tanto valor e importancia. La interpretación estilizada del paisaje persiste en esta novela donde hallamos cosas como las siguientes:

«... Era un detonar precipitado que confulsionó el aire cristalino, deshaciéndolo en millones de sonoras burbujas...».

En general, el conjunto de la novela con todos sus elementos dispersos predispone a considerar a M. Latorre, aun a pesar de sus obras y sus años de estudio y trabajo, como un escritor no realizado y tendiente a un plano nuevo y más superior de arte.

* * *

Como un intermedio agreste—que nosotros preferimos última visión o sentimiento—sitúa M. Latorre el trozo simbolista *El Aguilucho*. No es un prólogo a los *Salteadores de Chillehue*; tiene muy poco que ver con esta novela; más que otra cosa es un brochazo independiente, lejano de ubicación e inteligencia, sólo no se sabe a qué altura o hacia qué dirección. Ahora, por primera vez en la literatura chilena encontramos perfectamente obtenida la imagen de interiores y rasgos claros del bandolero campesino y criollo. Como un puño que se lanza al aire a la caza de pétalos, y engarfiado se arrastra el volumen de un roble añoso, así por tomar un gesto M. Latorre cazó el total de una leyenda, de una tradición, de una existencia, que se extingue poco a poco en el mutismo de la soledad de las montañas cada vez más huérfana de ecos. No es el bandido de arrestos redentores, generoso, noble, simpático y abierto a toda la comprensión vulgar y mediocre, tipo standard de folletines o de novelas por entrega. No es tampoco exactamente el «*Salteador de Chillehue*», que Latorre en seguida nos presenta. Es el «*Aguilucho*», el bandi-

do por que sí, fiero e incomprensible, sin piedad con sus víctimas y orgulloso en su vuelo. Es esé que huye en un afán de ensoñación, y viaje, que roba a la tierra, a los árboles, a los ríos y a los hombres. Que hace su nido en las nubes como una prolongación lenta de sus alas negras. Cuando cae preso se consume en el calor de sus pupilas que se vuelcan hacia adentro y estático aguarda desaprensivo y hosco. No requiere ternura ni compasión, huye de las manos humanas como de un ave tullida y peligrosa, garra mezcla de hipocresía y cinismo.

«...muchas veces, furtivamente, penetramos al cuarto y aquellos dos puntitos brillantes y fijos de las pupilas, nos hicieron estremecer...».

Sólo en el cuarto, aguardó el momento de la fuga. La puerta quedó abierta un día y el cielo en equilibrio constante sobre los cerros lanzó su cuerda de luz y sonido, bordeando los oscuros techos campesinos. El Aguilucho se aferró a ella y continuó su vuelo. La confusión del viento y de las alas enemigas lo turbó y lo retuvo como un anillo metálico a la mediocridad de la tierra. Y entonces el Aguilucho, el bandido que huye, llovió su sangre triste por todos los ámbitos de la llanura. Sus ojeras rojas se rompieron como hierbas, o mejor, tocaron como una guitarra muerta al pie de cada pedrusco de la sierra. Y hubo fiestas en los árboles menores, las capillas conservadoras de tencas, diucas y zorzales cantaron por millonésima vez su miel de tontera y estupidez. Y por último, a modo de moraleja, el Aguilucho es colgado en lugar de un espantajo que no surtía efecto, para bien de los sembradores y mal de las otras aves que arrancan despavoridas del viejo matón del aire, creyéndole vivo y fuerte, dándole oportunidad de ganar batallas cuando está muerto, como ya lo habían hecho antes, hace muchos años, ciertos moros con un tal señor llamado El Cid.

El Aguilucho de tan real y hondo no es símbolo, sino el saltador chileno en carne, hueso y plumas.

* * *

Una expresión artística renovada y de un tiempo nuevo aflora en América paulatinamente. Se trata de una evolución firme y racional, con estructura y organismo que alcanzará su término por las mismas condiciones que rigen su proceso. No creo que bruscamente de una literatura más antigua se llegue a una literatura más nueva. De una antigua a una nueva y de ésta a una más nueva, eso sí. La revolución, en el fondo no es sino una evolución llevada a su desarrollo máximo y absoluto, una manera de obtener la totalidad de nuestro deseo directa y violentamente, sin aparente transición, porque las mismas cosas naturales precisan de esta clase de cambio y de progreso. Tampoco la idea nuestra encierra el interés mezquino e imbécil de forjar literaturas nacionalistas en el sentido patriotero y reaccionario de la palabra. Con el arte no caben barreras artificiales, marcas fronterizas que muy bien pueden servir para limitar el pastoreo de un ganado, pero no para limitar la manifestación espiritual del artista. Pero, cuando hay una realidad, un medio ambiente y una psicología especiales y autóctonas que exigen su propia expresión en el arte, es una carencia de criterio e inteligencia absolutas hundirlas y estrangularlas pretestando un falso y sentimental universalismo, más ilusionado y viejo y antirreal que las mismas ficciones tradicionales de que abominamos. La tendencia nueva que agita eon cu ciclón recién nacido laxs tierras de América debe hallar su situación particular y propia en el dominio del arte. La palpitación de las masas, con su obscuro murmullo de drama y venganza, con su ojo abierto hacia tiempos futuros y cosas que ignoraba y que ahora la deslumbran, el alba en el campo, difícil y tortuosa entre tanta maraña de abuso y explotación, la ciudad, las nuevas generaciones, los nuevos conflictos, un fondo gigantesco y amplio desplazándose inevitablemente hasta cualquier literatura.

En Chile el realismo, la novela, recién puede comenzar su

ascensión definitiva, a pesar de todos los obstáculos y frenos con que pretendan sofocarla. Una labor heroica y varonil de honradez y sinceridad se presenta a nuestros novelistas. Las condiciones de nuestra vida son tal como las vemos y así hemos de expresarlas sin rodeos ni mentiras. Hacer otra cosa significa huir del auténtico terreno del arte actual y perderse en la inuútil e insignificante maroma intelectualista.

A lo largo de todas nuestras reflexiones hemos mirado a Mariano Latorre en un sentido de gestación y arquitectura propia. A pesar de esto, existen sólidos elementos en él, fijos y definitivos que son el prelude de su creación futura. Su técnica de la novela, única entre nuestros escritores de escasa raigambre, su escondida capacidad lírica, raro subjetivismo en un hombre de estudio y trabajo paciente, y su preocupación por los temas y los personajes populares, por el campesino hoy en día y más tarde, quizás por el proletario, hacen de él un genuino novelista de hoy, lleno de actualidad, de interés y valor literario, muy próximo a toda esa falange de los escritores que buscan el impulso de las clases populares para predecir una época de mayor bienestar y de más sólida cultura.—FERNANCO ALEGRÍA.

«INDECISIÓN Y DESENGAÑO DE LA JUVENTUD», por *Domingo Melfi D.*, Santiago, Chile.

El autor de este reducido y enjundioso volumen, en el cual se plantea «el proceso de las generaciones jóvenes de Chile», ya ha acreditado sus excelentes dotes de publicista con varios libros de ensayos, entre los cuales se cuenta, bajo el título «Pacífico-Atlántico», una visión espiritual y plástica de Chile, Argentina y Uruguay, realizada con lucidez, hondura y originalidad innegables.

Aborda ahora un tema sociológico sugestivo y cautivante, cuya generalización, con levísimas variantes, se podría aplicar a todos y a cada uno de los países de América.

Nosotros ya habíamos percibido el inmediato y acuciante problema, más que de indecisión y desengaño de la juventud, de indiferencia y de algo equivalente al nihilismo ruso, que podríamos traducir en «nadismo», en baldío, en estado espiritual árido, soso e infecundo.

Se nos ha aparecido como una necesidad, como una angustiosa y dolorosa necesidad, dar el previsor grito de alerta, anunciando que está a punto de morir el fuego sagrado, la llama—que anhelamos sempiterna—de la libertad y la admonitiva e inflexible voz de la conciencia.

Una inhibición, que posiblemente nace del cansancio, del escepticismo—no queremos creer que de la impotencia—nos tiene con los brazos cruzados frente a la catástrofe y lo peor es que ignorantes de su trascendencia, incapaces de apreciar la magnitud de lo que el logrerismo, la politiquería y el servilismo, intentan arrebatarnos.

Siempre hemos mirado hacia Chile, como hacia un pueblo en desarrollo de madurez—camino de mayoría de edad que prueban acabadamente sus letras—siendo para nosotros su historial atormentado, sus luchas cruentas, sus transiciones caóticas, como una señal de vigilia trágica, como un augurio de parto doloroso, capaz del alumbramiento de un orden y un nivel superiores.

Prueba de esa madurez es este estudio, es este impulso de detenerse en la marcha y meditar sobre el sendero recorrido, sobre el presente trabajoso y sobre la fatiga del futuro, sobre la perspectiva, que debe ser siempre, optimista del porvenir.

Nosotros aun no hemos tenido la suerte de ver aparecer el discriminador de este revuelto hervor de pasiones, de ambiciosos, de ideales enanos y de aventajadas figuras, que tienen que decapitarse en honor a la mediocridad de los fines a los cuales están supeditados los partidos de cintillo, que continuamos padeciendo.

Poco o nada se ha hecho en el sentido del estudio de nuestro medio político y lo que ha surgido, como consecuencia de los

últimos acontecimientos, está demasiado supeditado a una apasionada visión unilateral. El enemigo, el adversario, polariza de manera demasiado absorbente la invectiva o la merecida condenación, malogrando la visión de conjunto.

Tal vez se salve airosamente de esa apreciación, el estudio impecable e implacable de la psicología de nuestras muchedumbres campesinas y de las génesis de caudillismo gaucho y las revoluciones criollas, en el libro valiente y sincero de Emilio Frugoni *La revolución del machete*.

Pero, en general, no es la protestaviril—perfectamente admisible desde el punto de vista humano—la posición más adecuada para el examen claro y sereno de los factores que conspiran contra la elevación y la dignificación de nuestro medio cívico.

No significa tampoco que sea del apoliticismo, sino de la activa militancia, de donde deba surgir esa voz enérgica y clarificadora, severa y justa, que diga la única verdad, por arriba de los odios y de los despechos, pero también por sobre el envanecimiento, la soberbia y la petulancia de los encumbrados, que estallan de vanidad e identifican el bien del pueblo en sus satisfacciones personales.

Porque del apoliticismo no se podrá esperar nunca nada; pues esa cómoda posición no significa otra cosa que una triste inferioridad de ser insensible a la vida o un cobarde individualismo, alrededor del cual merodean la egolatría y el narcicismo.

Un apartamiento de la lucha para agudizar la visión, una equidistancia para la imparcial precisión del juicio, son recomendables para quienes como Domingo Melfi, van a bajar a la arena a decir su palabra de claridad y de decisión, pero luego, posiblemente, ya en el ardiente campo de la lucha, será imprescindible anunciarle a los hombres el lado de la aurora, el flanco por el cual el obscuro cuerpo dolorido del mundo va sangrar la luz!

Chile, a deducir del análisis de nuestro ensayista, ha atravesado por procesos familiares a nuestro medio ambiente. En-

riquecimiento de algunas clases, pauperismo agudo de las otras, enconadas luchas sensualistas por el poder, representación parlamentaria privilegiada del latifundista, del ganadero, de las clases, pudientes o de sus incondicionales alquilones, y fabricación en serie, por parte de la Universidad, de profesionales que, del precioso instrumento de la cultura, no hacían si no una vulgar herramienta para ganar dinero.

La demagogía se encendía por un lado y la burocracia inflaba una elefantíasis progresiva, que agobiaba a la nación. Ignoramos si el deporte, desvirtuado de su noble y saludable finalidad de fortalecer y embellecer la raza, degeneró—como sucede entre nosotros—en feria de vanidades y de lucro y hasta en instrumento politiquero, transformando un magnífico monumento elevado al vigor físico, en un «fumadero de opio», tan funesto, como ese otro circo de las carreras de caballos, donde la enfermedad endémica padecida por ambas tierras, arrastraba la consecuencia de la colocación del guarismo voto en el empleo público, que aseguraba la continuidad de las castas políticas.

Como pudiera expresarse aquí, alguien dijo allá, sarcásticamente:

—En la puerta del Palacio de Gobierno, se puede colocar un letrero con esta inscripción: «Se ofrecen empleos».

Luego ese veneno y ese marasmo, ese cansancio y esa fiebre de la postguerra, vinieron como a cobrarse el interés del enriquecimiento imprevisto de las clases dirigentes; un resplandor mesiánico iluminó a unos y el veneno letal para las democracias, del morbo fascista, se infiltró en el espíritu de otros. Pero todo vago, atenuado, sin devorante pasión, como decotinado, para que no hiriese demasiado en lo vivo a una generación de decadencia.

En tanto, Chile, como marcando esa evolución que yo intento descubrir, despertó en un momento en la voz profética y acusadora de un maestro, de Alejandro Venegas, que clamó en

un libro heroico, con el título lapidario de «Sinceridad», su pasión de patriota y su acusación de apóstol y de moralista!

Chile perdió la oportunidad de reconcentrarse y superarse, porque no oyó esa voz. Nosotros que estudiamos la obra de Melfi, puesto los ojos y el alma en nuestra tierra, pensamos: ¿Poseerán alma y sensibilidad nuestras generaciones para acoger y responder a un reclamo semejante? ¿Nos habrá llegado la hora de obedecer la voz que ordena el «levántate y anda?».

El autor, en esta obra tan densa, que lo hace incursionar en las disciplinas del Arte, analiza la creación novelística americana para, sacando consecuencias sobre el general fracaso de los héroes generosos e idealistas, temer que la vida puede bien—en amarga paradoja—reproducir esa derrota... Pero reacciona para afirmar que espera del pensamiento, del estudio, de la investigación de las nuevas juventudes, un florecimiento de idealismo y de sueño, un poner más alto la mira, como para tener esperanza y confianza en el futuro de América!

Es acertada la observación de que en la novela americana, como quizá en la literatura mundial (él hace excepción de la sajona) los soñadores, los guías, caen, como se pierde en la pampa ilímite, la aventajada figura de don Segundo Sombra, adquiriendo en ese tramonto su mayor grandeza!

Pero todo eso es quizá posible, porque esas figuras son individuales.

Aun triunfando no revestirían importancia mayor, pues el triunfo de un hombre es siempre secundario. Lo grandioso es el triunfo de una idea. Los panegiristas de los ídolos de barro, los serviles turiferarios de los dictadores y tiranuelos, no saben eso. Lo grande es lo plural, lo colectivo, lo humano, la Humanidad!

De ello, de una gran masa, de una gran avalancha, de una muchedumbre, en que se puede esperar la renovación.

Ella vendrá.

Los que estudian, los que poniendo de relieve los vicios de

presente, dan por descontado la posibilidad de superarlos, lo anuncian.

Como los otros maestros que antes orientaron o contribuyeron a perfeccionar a Chile, Alejandro Venegas y sus pocos, pero buenos discípulos, continuarán clamando su mensaje augural.

Como aquélla—y esperamos que levantando eco en toda América—resuena esta voz de faro, de flecha y de estrella, de Domingo Melfi!

Que no caiga en desierto.

Que la multipliquen los ecos de nuestro fervor, de nuestra esperanza y de nuestro entusiasmo!

(Trasmitido por radio «Internacional C. X. 10 de Montevideo», 1935.—MONTIEL BALLESTEROS.

LEJANÍAS EN EL DESIERTO, por *Estela Miranda*. Imp. Nascimento. Santiago.

Una luz suave, penumbrosa, vaga como el canto de un pájaro en la hora del atardecer, a través de los versos que Estela Miranda ha reunido en este volumen. No hay en ellos, júbilo, ni cantos apasionados, que traduzcan ansiedades quemantes que se exterioricen en gritos agudos y lacerados. Son más bien armonías recónditas, voces melodiosas ensordinadas de melancolía evocadora. Brotan de la sensibilidad: suavemente, dulcemente, como si la poetisa viviera en un estado permanente de recogimiento ajeno a la realidad de la vida.

Y es que Estela Miranda, por una serie de circunstancias dolorosas ha hecho una intensa vida interior. La alegría de su juventud se vió tronchada muy pronto por algunos males físicos que la obligaron a substraerse de cuanto es amable, en esos días en que el alma siente rebullir adentro, coma pájaros locos, el llamado jocundo y esperanzado del mañana prometedor. Para ella, debido a su precaria salud, ese camino fué esquivo, incier-

to, ensombrecido por la inquietud constante de no saber si ese vaso frágil en que se asilaban sus sueños sería capaz de resistir los rudos zarpazos con que la existencia la ponía a prueba.

Todo este dolor, toda esta lucha fué formando el rico venero que guarda su espíritu. Los sufrimientos los transformó en armonías, y el pasado fué entonces en ella, como un dulce remanso de transparencias en donde vió dibujarse una realidad hecha de leves sombras nostálgicas en donde palpitaban sus anhelos, como los latidos de un instrumento musical. Y entonces con palabras diáfanas y sencillas, empapadas en verdadera y limpia emoción, deja correr como un hilo de agua clara, sus anhelos, en que se advierte a la vez una resignada comprensión de la vida:

Cómo espero el afecto de una alma comprensiva,
que uniendo su dulzura con mi desolación,
quiera serme baluarte, frente a mi propia vida
y perdonar lo áspero que guarda el corazón.

El temperamento poético de Estela Miranda se caracteriza por la delicada suavidad de su expresión. Su tristeza jamás toca las lindes de amargura ni del escepticismo. Por el contrario, mientras más se afina su instrumento poético su canto gana en hondura y en matices emocionales. Huye entonces de lo esencialmente humano y hace que su espíritu vuele a través del espacio y se encante con el milagro permanente de la naturaleza. La voz del viento, el oro del otoño, la belleza eterna de los cielos y la fresca claridad del agua que burbujea bajo el follaje, tiene armoniosos latidos en su sensibilidad. Una especie de dulce voluptuosidad inunda su espíritu. Se diría que hay en ella el deseo de aspirar aromas desconocidas, visiones imaginadas en horas de pensativa quietud. Dejar que el alma se vaya a vagabundear en visionarias errancias, bajo la luz de otros cielos, sin buscar nada en el pasado, ni pedirle nada al mañana,

Llegar hasta los pueblos lejanos y apartados, visitando otros mundos, conociendo a gentes, fondeando en cada puerto, sin detenerme nunca a mirar el pasado, llena de paz el alma y esperándolo todo del porvenir incierto.

Este primer libro de Estela Miranda, es una hermosa manifestación de las ricas facultades poéticas que atesora su alma. Poseedora de una fina sensibilidad, y de una sólida cultura, que amplía los horizontes de su inspiración, tiene por delante un bello camino por recorrer. Su libro es el primer latido de un alma juvenil que habrá de florecer y definirse en obras futuras, en forma espléndida. La lectura de sus versos nos deja una agradable impresión de dulce tristeza contenida. Su canto ha de alzarse muy pronto con vuelo más alto y seguramente más fervoroso y apasionado.

Creemos estar en lo cierto al augurarle un puesto señalado en la lírica chilena, pues su libro es la anunciación de concepciones más ricas en vibraciones interiores, en elocuencia poética e inspiración expresiva. Ella misma lo está deseando en esta bella y delicada estrofa:

Quisiera ir a ti, rica en dones del alma
con las manos oscuras bendecidas de sol,
tener la transparencia delicada del agua
y dejarla en tu vida como ofrenda de amor.

Una bella ansiedad que Estela Miranda habrá de alcanzar plenamente.—LUIS DURAND.

Notas del mes

MANIFESTACION A HERNANDEZ CATA

Alfonso Hernández Catá, que se encuentra en Chile en el carácter de Ministro de Cuba, ha sido cordialmente recibido por los escritores chilenos. Hernández Catá es el mismo, un hombre cordial. El quiere convivir con los escritores, conocerlos de cerca, realizar la vida de la camaradería. Es probable que esto no se encuentre señalado en el protocolo oficial por el cual deben moverse y actuar los diplomáticos. Pero Hernández Catá es además de escritor, un diplomático. Con lo cual queremos decir, que tan bien y tan perfectamente sabrá cumplir sus deberes de diplomático, como ha sabido realizar las nobles empresas de la amistad y de la convivencia intelectual.

La Sociedad de Escritores como culminación de los festejos en su honor le ofreció últimamente un almuerzo que se vió concurridísimo, y durante el cual se exteriorizaron los afectos que ha sabido conquistarse apenas llegado, el autor de *Mitología de Martí*. En el desarrollo de la manifestación el presidente de la Sociedad señor Montenegro dió a conocer el veredicto del jurado designado para otorgar el premio del concurso de novelas establecido por la Editorial Nascimento, jurado que estuvo compuesto por el propio señor Montenegro, por el secretario de la institución, don Alberto Romero y por la directora señorita Marta Brunet. Abierto el sobre, correspondió el premio al escritor peruano residente en Chile don Ciro Alegría, El título de la obra

premiada es «Serpiente de Oro». Ofrecida la palabra al propietario de la Editorial Nascimento, don Carlos George Nascimento, dijo que solamente a él le correspondía hablar en sus resultados económicos y procedió a entregar el cheque por tres mil pesos, que correspondía a la cuantía del premio ofrecido a don *Ciro Alegría*, presente en la reunión. En seguida, la concurrencia de pie procedió a beber una copa por el autor agraciado y por la confraternidad intelectual hispanoamericana.

El presidente de la Sociedad, señor Montenegro, ofreció la manifestación, haciendo presente con cuanto cariño se había recibido en Chile al más alto representante de la tierra de Martí. Habló a continuación el festejado quien exaltó la misión que debe cumplir el escritor en la hora presente y cómo los escritores de los países de habla española constituyen una hermandad espiritual. Hizo presente, en seguida, que ningún símbolo más alto de la confraternidad americana podía compararse a José Martí, y que esperaba que en su aniversario se inaugurara en Chile el busto de tan eminente americano.

Hablaron a continuación el escritor boliviano Diómedes de Pereyra; Berta Singerman, quien declamó unos versos originales del festejado; don Luis Alberto Sánchez, conocido escritor peruano, que dió algunos antecedentes del escritor premiado; Augusto d'Halmar, José María Souvirón; el escritor argentino Enrique Espinoza y don *Ciro Alegría*.

Asistieron: Alfonso Hernández Catá, señora Inzúa de Hernández Catá, José Hernández Catá Insúa, Ernesto Montenegro, Juvenal Hernández, Amanda Labarca, Luis Orrego Luco, Samuel A. Lillo, Berta Singerman, Domingo Melfi, Carlos George Nascimento, Augusto Céspedes, César Cordovez, Sady Zañartu, Enrique Vergara Robles, Fausto Soto, Carlos Préndez Saldías, Armando Arriaza, Guillermo M. Bañados, Alberto Romero, María Cristina Madrid, *Ciro Alegría*, Luis Meléndez O., Héctor Fuenzalida, Ismael Edwards Matte, Victoria Barrios, *Januario Espinosa*, Milena de Marín, Diómedes de Pereyra.

Marcelle de Pereyra, José María Souvirón, Jerónimo Lagos Lisboa, Amado del Valle, Mariano Picón Salas, Raquel Tapia Caballero, Carlos George Márquez, Gustavo Sotolongo, Ascensio Díaz A., Ricardo Ahumada Maturana, Norberto Pinilla, María Tagle, José S. Gallay, Rubén Stoleck, Filomena Cervantes de Mujica, Arturo Orama, Jenaro Prieto, Gustavo Loyola Acuña, Luis Alberto Sánchez, Cleophas Torras, David Perry Barnes, María Cristina Menares, Jenaro Maldonado, N. Chávez O., Ana G. de Asenjo, Augusto Millán Iriarte, Enrique Espinoza, José Santos González Vera, Fernando Santiván, Heliana de Santiván, Lautaro García, Ramón Valenzuela, Benigno de Pereyra, Mariano Latorre, Ricardo A. Latcham, José Torres Morales, Manuel Torres, Augusto d'Halmar, doctor Luis Calvo.

Excusaron su inasistencia los Excmos. Embajadores de España y México, el Alcalde de Santiago don Absalón Valencia, la señora Ester Huneeus de Claro (Marcela Paz), Magdalena Petit, Emilio Rodríguez Mendoza, Alfredo González Prada, Armando Donoso, Eugenio Orrego Vicuña, Carlos Acuña, Luis Durand, Tomás Gatica Martínez y Carlos Casassus.

Telegráficamente adhirieron el Cónsul de España en Valparaíso don Luis Beltrán y la señorita Leticia Rénetto.

Los métodos de la historia

El señor Francisco Antonio Encina ha publicado en este mes un libro de carácter polémico. En él revisa la obra de los historiadores chilenos y condena los métodos de la historia seguidos hasta aquí por los investigadores chilenos. El libro ha sido recibido con críticas desde el instante de su aparición. El análisis de Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna, Lastarria, está hecho por el señor Encina en forma severa. Parece un acusador de los historiadores. Sobre quien más fuertemente carga la mano el señor Encina es sobre don Diego Barros Arana. Sin desconocer la obra formidable del autor de la Historia General de Chile,

condena su frialdad, su método de investigar, su escasa sensibilidad artística, su carencia total de intuición. No tan duro en el juicio se muestra con don Crescente Errázuriz, cuyo método es igual al de Barros Arana. El historiador para él más digno de elogios es Sotomayor Valdés.

Indudablemente, el señor Encina, ha dicho en su libro, acerca del método de los historiadores chilenos, muchas cosas que ya habían sido anotadas por otros escritores, aunque no con tanta amplitud y razonamiento. El libro va a ocasionar juicios muy ásperos contra el señor Encina—ya se han escrito varios—y seguramente dará oportunidad para que se susciten algunas polémicas de interés. En todo caso, el señor Encina ha escrito un libro de fuerte sabor polémico, franco, lleno de novedad en la apreciación de algunos de los historiadores chilenos del siglo XIX.

Un libro de Diego Muñoz

Creemos que los lectores de *Atenea* recordarán aquel cuento *Niña de Color* que publicamos hace algún tiempo. Aquel cuento liviano, lleno de aire, de color, de alegría desenfadada, de agilidad y con una atmósfera tropical caliente y fina a un tiempo. Aquel cuento tuvo fortuna. Fué saludado como una manifestación muy nueva y curiosa del arte nacional. De otros países hasta donde nuestra revista llega regularmente, muchos escritores nos preguntaron quien era el autor, quien era Diego Muñoz y qué libros había publicado. Este cuento *Niña de Color* ha sido incluido en el volumen que acaba de publicar Diego Muñoz con el título *Malditas Cosas*.

Antes había escrito *La Avalancha*. Fué el primer testimonio de su arte muy personal de narrar. *La Avalancha* era la revolución callejera del 26 de Julio. Pero sin declamación; sin parti pris alguno. Diego Muñoz contaba la vida de esos días en la calle agitada y tumultuosa. El dato directo, objetivo: el movimiento de los grupos, la ironía que todo eso comporta, el ir y venir

de las voces y de los sentimientos, los cuadros vibrantes, ciertos tipos. Era algo más alto que la crónica descarnada y con un toque leve, pero intenso por el cual se revelaba ya el artista. Después una novela *De repente*, que los críticos recibieron muy bien y de la que dijeron que tenía vagos parecidos con ciertas novelas rusas. Ahora su libro de cuentos.

En Diego Muñoz, hombre joven, la narración tiene todo el encanto de un juego. Parece como si tirara al aire, con gracia, con lijereza, unas palabras y unas emociones frescas, ágiles, para recogerlas luego sin descomponerlas, sumándolas a un motivo central en que el drama apenas está insinuado. Como no cabe en estas notas el acento crítico, hemos querido únicamente señalar la aparición del libro.

Libros recibidos

GASTÓN FIGUEIRA.—*Mi descumbramiento del Amazonas*.—
Edit. Cabaut. Buenos Aires, 1935.

EDGARDO UBALDO GENTA.—*El Cazador furtivo. (Poemas)*.—
Montevideo, 1935.

JOSÉ F. ZEPEDA. *Poesías*.—Talleres tipográficos nacionales
Tegucigalpa. Honduras, 1935.

LUISA LUISI.—*Polvo de días*.—Montevideo, 1935.

OSCAR CERRUTO. *Aluvión de fuego*.—Editorial Ercilla.
Santiago de Chile, 1935.

DIEGO MUÑOZ.—*Malditas cosas*.—Editorial Nascimento.
Santiago de Chile, 1935.

